
Rosario
Izquierdo
Pasión
Nails
Alianza voces

Rosario Izquierdo

Pasión Nails

Alianza editorial

Índice

This is my letter to the World
That never wrote to Me.

Emily Dickinson



Para José Manuel, compañero de vida.

Primera cita

En la mañana de viernes, el salón de manicura luce como un pastel de fresa a los pies de los bloques. Es de los pocos negocios que sobreviven en los comerciales, como llaman en el barrio a estos locales bajos. Solo quedan una tienda minúscula, abarrotada de comestibles y bebidas, y un bar en la parte posterior, frecuentado por hombres. La fachada rosa fucsia, recién pintada y flanqueada por dos naranjos amargos, parece desafiar el abandono del resto de locales, plantando cara a la crisis y resaltando alegremente, a ras del suelo, entre torres de pisos de doce alturas que van del verde grisáceo al amarillo claro. Colores desvaídos de protección oficial.

Junto a la puerta abierta de par en par hay dos mujeres jóvenes fumando. Sus sombras se proyectan sobre los bajos del cartel que ocupa gran parte de la fachada. Las dos manos de ese cartel, extendidas al cielo sus uñas gigantescas labradas con pedrería, superan la altura de las chicas. Por encima de sus cabezas, justo donde terminan las uñas imposibles, se lee en grandes letras fucsia: PASIÓN NAILS. El humo del tabaco se eleva todavía más allá, hacia el rótulo que se extiende de lado a lado de la parte superior y donde se repite el mismo nombre, bajo letras gigantescas que especifican SALÓN DE BELLEZA, en negro. Algunos corazones suspendidos, de diversos tamaños y grados de color malva, rosados, flotan por la atmósfera de la cartelería.

Las chicas terminan de fumar, lanzan con fuerza las colillas hacia el aparcamiento de coches, entre el salón de belleza y el kiosco de chucherías, y vuelven al salón por la puerta que sigue abierta de par en par, invitando a adentrarse.

Pasión, rosa, negro, fucsia y pedrería brillante, uñas, amor, *nails,* belleza. Quién querría resistirse a tanta promesa tóxica. Desde la media distancia no se percibe el toque amoniacal de

la pasión: esos naranjos sobrecargados de azahar son bombas aromáticas de racimo que expanden su aroma del suelo al cielo y de dentro afuera, colándose por las ventanas abiertas de los pisos, subiendo de las narices a los cerebros con un golpe seco. Al acercarse, justo delante de la puerta, se aprecia otro efluvio que va ganando la batalla al de los naranjos en flor.

Dentro del salón de manicura, más amplio de lo que parecía desde la calle, predomina la luz fluorescente. El azahar pierde aquí toda su influencia. Bajo la única ventana, grande, situada a la derecha, se extiende un sofá negro de escay. Una adolescente de rabillo en el ojo, melena espesa y pestañas telescópicas está sentada en él, sin despegar la vista de su teléfono móvil salvo para mirar de vez en cuando dentro del cochecito de bebé, que a veces mueve con la mano que no sujeta el teléfono. Otras dos esperan de pie, hablando entre ellas. A la izquierda, dos muchachas con batas rosas atienden a sus clientas. Se afanan con las uñas mientras sujetan con delicadeza las manos de las otras, apoyadas en unas almohadillas de plástico celeste para ofrecer desde allí sus dedos convenientemente estirados, sin excesiva rigidez ni excesiva laxitud. Más allá hay dos sillones para la pedicura, con taburetes pequeños de plástico morado a sus pies. Resuena el reguetón de una cadena de radio en el local. Por todas partes, estanterías repletas de botes de colores, salpicadas de cartelitos escritos a mano que anuncian los productos en oferta de la semana. *Despacito. Quiero desnudarte a besos despacito. Firmo en las paredes de tu laberinto. Y hacer de tu cuerpo todo un manuscrito.* Al fondo, mirando de frente a la puerta, una mujer con mechas rubias y uniforme rosa, detrás de un mostrador, le cobra a una clienta. Doy los buenos días, un poco insegura, balbuciente. No es hasta que ella me mira y responde al saludo cuando las demás parecen reparar en mí y se hace un silencio corto. Me dirijo al mostrador y digo mi nombre, que ella comprueba anotado en su libreta. Ah, usted es la nueva que habló conmigo por teléfono el otro día. Ya le dije que no damos masajes: manicura a secas, como le dije. El tono que ha empleado al dirigirse a mí oscila entre el intento de simpatía

ante una clienta nueva y la ligera hostilidad al decir «ya le dije». Me esfuerzo por retirar la mirada de sus uñas hipnóticas, necesariamente postizas, pienso al observar cómo salen disparadas mucho más allá de las yemas de los dedos, extendiendo sobre cualquier cosa que tocan sus dibujos de fantasía, festival de colores pastel que resplandece bajo la luz fluorescente. Sí, me lo dijo, no hay problema, le respondo.

Cuando me advirtió por teléfono de que no daban masajes en las manos, deduje que en el resto de salones de uñas se suelen dar masajes en las manos. Salvo aquí, en Pasión Nails. Pregunté el precio. Diez euros. Asumible, pensé, ahora que estoy dejando de fumar. Cambiar de hábito tóxico podría venirme bien.

Ha llegado usted media hora antes, todavía va a tener que esperar un rato. Y señala el sofá de escay por si me quiero sentar allí, mirando de reojo mis vaqueros desgastados que tienen más de diez años, las zapatillas deportivas muy usadas, la camiseta gris y la riñonera de tela que me pareció lo más discreto para entrar en el barrio sin bolso. Esperaré mi turno sentada en el sofá, dudando si podré conseguir, con la misma naturalidad que ellas, facilitar el lijado, pintado y sellado de mis primeras uñas rabiosamente artificiales. Siento ya el cosquilleo de lo desconocido. Las clientas están hablando de una boda que se celebra al día siguiente. Dentro de un rato va a venir la Vanessa, la novia, a ponerse las uñas de no sé qué con pedrería dorada. Me cuesta retener de golpe tanta técnica desconocida. Por el aire, cargado de vapores disolventes, flotan familias de palabras que alternan entre los entresijos de esa boda y la actividad que se despliega aquí. ¿Ves? Le da su honra a su padre, le da su honra a su madre, la Vanessa sí que lo ha hecho bien, no como la Tamara, que no le guardó el luto a su abuela y se casó con una prisa que no era normal. Uñas… Cutículas… Gel… Pedrería… Ya se podéis imaginar por qué tenía la Tamara tanta prisa, y si no lo sabéis os lo digo yo: para joder. ¡Y encima con la poca vergüenza de usar un traje de novia, con la abuela que se acababa de morir no hacía ni tres meses! Esmalte permanente… Porcelana… Pellejitos… Se han olvidado de mí en cuanto me he sentado y he cogido del

revistero de mimbre un ejemplar del *¡Hola!* para hacer como que leo, disimulando la enorme curiosidad que me despierta el salón de manicura, por donde querría vagar, ir y venir mirando de cerca a las mujeres y conversando con ellas de forma natural, como quien no quiere la cosa. ¡Seis meses de luto le guardé yo a mi abuela! Y luego sí, luego ya me puse mi traje de novia y le di la honra a mi padre con toda la tranquilidad del mundo, dice la mujer de mediana edad a quien le están haciendo la manicura, visiblemente enfadada. Tiene una mano metida en un secador de uñas de diseño futurista que hay sobre la mesa, mientras la otra sigue extendida, dejándose hacer. ¡Como tiene que ser!, afirma la del mostrador, que parece ser la dueña del negocio. Al principio imaginé que se trataba de una cooperativa de mujeres, pero su autoridad parece desmentirlo. Es la jefa, sin duda.

En mi vida había visto secadores de uñas, ni me había planteado que existieran. Parecen pequeñas naves espaciales dispuestas a emitir su luz led para que lo que sea que hayan echado sobre las uñas quede bien fijado, recocido y sellado. Luego pude yo disfrutar mi noche de bodas como Dios manda, pero la Tamara... La chica sentada a mi lado no participa en la conversación ni ha respondido a mi débil saludo, afanándose con sus largas uñas desconchadas en hacerse selfis, escoger luego el mejor para enviarlo a alguna parte y atender la actividad de su teléfono móvil, que no para de emitir señales sonoras de las diversas aplicaciones, mientras imprime un vaivén desganado al cochecito, del que de vez en cuando salen murmullos de bebé.

¡Ella sabrá, coño, dejad en paz a la Tamara! ¡Fue con diecisiete, ni pronto ni tarde!, grita una de las estilistas mientras el secador galáctico termina de hacer su trabajo en la mano de su clienta, quien mira con satisfacción en la otra mano el nuevo dibujo de fantasías rojizas y verdes. ¡Pues que hubiera esperado dos meses más y todos tan contentos!, responde la otra mujer, enardecida.

Quisiera verlo todo más de cerca, levantarme, preguntar, pero supongo que no es el momento. Frénate, frénate, intenta ser natural, no se puede llegar y querer saberlo todo, y menos

cuando no parece que vengas dispuesta a que estas mujeres sepan mucho de ti. Fue con diecisiete, han dicho… Ir al matrimonio como a un lugar, llegar pronto o tarde a ese lugar que ya no deberá abandonarse nunca.

Tú también fuiste temprano y ahí sigues, atrincherada. Respira aquí profundo los efluvios proletarios de la belleza de bote y observa cómo desde las páginas lujosas del *¡Hola!* las familias de la nobleza europea exponen ante ti sus mundos coloridos, adonde no llegan noticias de sitios como este. Llevas días trotando como una desequilibrada por los barrios de la ciudad, buscando qué. Ni tú misma lo sabes. Así lo diría tu abuela, trotar, trotar, andar con una rapidez que no lleva a ningún sitio y sin embargo está animada por la energía incontenible que imprime el desempleo no deseado cuando tienes poco dinero, capaz de hacerte deambular, desorientada, entre bloques de pisos de barrios incógnitos. Todo por no estar en casa ocupada en labores domésticas y en una domesticada búsqueda de empleo por internet, que es lo que tendrías que estar haciendo sin descanso, por no seguir pensando en bucle cosas que ni te atreves a convocar aquí con el pensamiento, por alejarte de un marido y de una hija adolescente que en los días peores te parecen extraños con quienes no recuerdas ya por qué convives. Te da miedo eso, ¿verdad? Mirarlos y no saber qué haces allí. Sin darte cuenta dejas de escucharlas, intentando recordar cómo surgió la idea de estar aquí hoy. ¿Era lunes o martes de hace dos semanas el día que te viste adentrándote y caminando deprisa por estas calles? Empujada por algunos meses en desempleo, hastiada del trabajo doméstico y de no ver salidas, tras ese tiempo haciendo envíos masivos a diversas entidades, cartas de presentación, currículums y proyectos varios que ni siquiera eran respondidos con un sencillo acuse de recibo. Metida en el mismo saco que toda la gente desempleada del país y por tanto casi acostumbrada ya a esos malos tratos institucionales o empresariales de los que, en vuestra ceguera nerviosa e inmediata, culpáis a la crisis. La crisis tiene la culpa de todo, así lo indica el discurso oficial, como si fuera un ente

caprichoso que aparece por sorpresa, como si no hubiera responsables con nombres y apellidos, psicópatas financieros, instituciones y corporaciones que se escriben con mayúsculas. En eso piensas mientras vas trotando. La idea te imprime velocidad. Se trata de la crisis, una mala madre que en realidad siempre ha estado ahí —¿o acaso recuerdas tu vida sin crisis? —, pero que, por tratarse de la más reciente, golpea las memorias débiles y parece como si fuera la primera vez que viene a traicionar tantas expectativas. Después de educaros en la idea de que trabajar os permitiría conseguir una vida digna, las sucesivas crisis os habían vapuleado hasta quitaros el trabajo y las certezas y ahora, tras esta última —la penúltima, habría que decir de todas—, os dejan abandonadas a vuestra suerte.

Aquel día: desayunar apenas nada y salir a la calle con una camiseta, unas mallas viejas, zapatillas deportivas más viejas todavía, con la goma exterior de una suela medio despegada, y con ese atuendo favorable a la autocompasión ponerte a andar muy rápido, sin darte cuenta de que se te escapaban lágrimas que habrías de terminar limpiando con la misma camiseta, porque no tenías ni un maldito pañuelo que llevarte a los mocos. Caminar, caminar sin haber elegido conscientemente un itinerario y más tarde, a través de las gafas de sol empañadas, verte aquí, en este barrio descolorido y descubrir justo entonces, esa mañana, el pastel de fresa.

No estaba abierto, pero te embelesó. Desde la acera de enfrente, su visión fue un deslumbramiento capaz de cortar en seco el ataque de llanto, como una niña mimosa a la que ofrecen chucherías en medio de una rabieta injustificada. Junto a las uñas gigantescas e intimidantes del cartel, estaban los horarios —jueves y viernes desde la mañana, el resto de los días por la tarde— y un teléfono móvil al que llamar para pedir cita.

Las clientas han mirado antes tus canas cada vez más abundantes con la misma cara que pones tú al mirar a tu familia en los días peores, la de estar pensando: Y ésta de dónde sale… ¿Nos conocemos de algo?

Era uno de esos días, cada vez más frecuentes, en que no le encuentras sentido a la vida que llevas, te dan ganas de marcharte lejos y, sin saber por qué, terminas escapando a un sitio como éste. Nunca se te ha ocurrido cambiar el curso natural del color de tus cabellos, y esta será la primera vez que cambies el color de tus uñas, siempre desnudas, cortas. Como si el salón de belleza de un barrio periférico fuera la lejanía más contundente posible. Si no te tiñes el pelo qué haces en Pasión Nails. ¿Es una muestra de escapismo cobarde tu presencia aquí? Tal vez esa paradoja estética sea la que ha hecho que te miren con desconcierto las mujeres, incapaces de clasificarte, como si tus canas y tu ropa muy usada te hicieran parecer sospechosa de algo, como si pensaran qué viene a buscar aquí esta perroflauta.

Callarse, que viene por ahí la madre de la Vanessa, dice una que había salido a fumar a la calle, y se apacigua la conversación.

Te gustaría saber el nombre exacto de las sustancias que lleva el aire que ahora respiras. No estás segura de querer someter a ellas tus manos, que siguen pasando páginas del *¡Hola!* poco antes de perder su virginidad y entrar en el círculo temporal al que la manicura permanente las compromete. Las dos chicas que atienden a la clientela apenas paran salvo para contestar al teléfono o salir a la puerta, turnándose, a fumar. Casi un mes te ha dicho tu hija que suele durar la coraza de color sobre las uñas. Y luego no te la puedes quitar en casa, añadió, tal vez intentando disuadirte y después de haber asegurado, como le pediste, que todavía no comentaría esto con su padre ni con su hermano. Secretismos absurdos que estás alegremente dispuesta a olvidar cuando te toca el turno. Ocupas la silla todavía caliente, dispuesta a extender tus dedos imitando la indolencia de las otras y atenta a la cuestión inmediata que te plantea la estilista: si quieres las uñas permanentes o de gel, acrílicas o de porcelana, con dibujo o sin dibujo, con o sin pedrería. Ante la cara que pongo de no tener ni idea, la chica pasa a explicarme las diferentes técnicas, sugiere sin mucha convicción que también puede hacerme una manicura

francesa, como la que ella tiene, y me enseña sus uñas pintadas de un rosa natural y rematadas por una línea blanca. Pienso que no están mal pero, ya que me he atrevido a venir, quisiera algo un poco rompedor. Hazme las más sencillas, largas no las quiero, sino así, cortas, con algún color y ya está. Entonces, lo que quiere usted son las permanentes… Vale.

Sí. Háblame de tú.

Eliges al final un rosa chicle y, al imaginarte con uñas gigantescas y empedradas de brillos como las del cartel de la fachada, empiezas a fantasear y aceleradamente olvidas el olor a cocina de tu casa, inmersa en este universo paralelo, dentro del líquido amniótico amoniacal que te aleja de la costumbre y te mantiene suspendida en el corazón mismo del pastel de fresa.

Autoficción

Diecisiete, diecisiete. No era un barrio sino un pueblo, y eran otras las familias de palabras que empezaban a dar vueltas todo el rato en mi cabeza, desentendida aún de cualquier pintura que pudiera extenderse sobre el cuerpo. Uñas, labios, tetas y cabellos, libres de cualquier elemento corrector, avanzaban por la calle en libertad mientras el sistema educativo y los impulsos adolescentes me empujaban a tomar decisiones, qué carrera elegir, a quién ofrecer el cuerpo libre entonces de tóxicos, a qué universidad dentro de un año. La memoria va dando tumbos mientras me interno otra vez por las calles en cuadrícula. Ya ha caído el azahar de todos los naranjos y por la familia se ha ido extendiendo como noticia sorprendente mi decisión de seguir acudiendo a este salón de manicura.

Para qué quieres meterte otra vez en los barrios si no es por trabajo, dice mi marido. ¿En serio hace falta correr ese riesgo, mamá?, dicen mis hijos, a quienes no les agrada que me meta en esos barrios ni siquiera por trabajo. Y yo todavía sin saber bien cuándo ni dónde comienzan y terminan los trabajos.

Qué rara me has salido, dice mi madre, y con la edad vas a más.

Apenas me cuestiono la necesidad de acudir a mi cita. Tengo ya las uñas desconchadas, proyección perfecta del desconchado interior que me hacen sentir el paro, la maternidad y el matrimonio de larga duración, tres bombas de relojería cuando se dan juntas. La obsolescencia de las uñas permanentes está bien programada, duran algo menos de un ciclo lunar, casi como mis pasadas menstruaciones siempre exactas, regulares.

He dejado atrás sin miedo la autovía grande y entro al barrio por la calle del kiosco de chucherías. Montoncitos de cáscaras de pipas a los pies del banco que hay al lado. En vez de niñas veo a hombres jóvenes que esperan allí su turno para comprar, a media mañana. No tienen pinta de querer bolsas de gusanitos, nubes de colores ni regaliz. De las ventanas abiertas bajan olores tempraneros de guisos y potajes. Se trata de un kiosco envuelto en emanaciones de hachís que se elevan junto al humo de los guisos, por encima de los bloques, al cielo soleado y limpio de la mañana de mayo. Es normal que mi madre no pueda comprenderlo, pienso con todo el peso de la famosa normalidad encima de mi cabeza, insoportable. A mis criaturas tampoco les gusta que venga sola. Te llevo yo en el coche a eso de las uñas y cuando termines voy a recogerte, me dijo ayer Mario, mi hijo, que vino a comer a casa después de más de un mes sin vernos. Cuando me negué, añadiendo que prefería venir andando, me miró con extrañeza, como si de verdad me estuviera volviendo loca y él me viera desde lejos, igual que me había mirado aquella vez después de ver un documental donde hablaban de la menopausia y del cáncer de mama. Fue un antes y un después, aquel documental. Cada vez que me hacen una mamografía y da negativo se alegra demasiado, con una alegría que indica preocupaciones ocultas que nunca manifiesta en alta voz. Cada vez que me ve malhumorada, triste o decaída, les dice a los demás: no os preocupéis, es la menopausia. O me lo dice a mí. No te preocupes, mamá, eso es la menopausia, me dijo ayer cuando entró y me vio en la cocina friendo pescado y llorando, pero salió disparado de allí, por si acaso mi respuesta introducía alguna complejidad más incómoda que la simpleza de la menopausia. Sus diagnósticos son tranquilizadores, sobre todo para él.

Ser madre temprana y después menopáusica temprana para que ahora tu acelerada vida haya devenido en pura menopausia, en explicaciones tranquilizadoras para los demás. A lo mejor por eso estoy entrando como una fugitiva en el territorio donde la juventud y la vejez alcanzan significados

nuevos. Avanzo junto a los soportales de los bloques abriéndome camino, entre asfalto seco y coches tuneados, hacia el lago de acetona. Yo también vengo a tunearme un poco, pienso alegremente mientras los tíos que hay fumando al lado del kiosco me miran como a una desconocida fuera de lugar. Estudiar era toda la honra que esperaba mi familia de mí. Los trajes de novia y las noches de bodas nos eran tan ajenos, a mis diecisiete años, como estas aceras por las que caminan mujeres de pelo largo, suelto o recogido en moños y coletas, mujeres con bolsas de plástico donde llevan la compra escasa del día, que a veces se paran para hablar entre ellas o se sientan en sillas como si trasladaran sus saloncitos a la calle, escapando de toda privacidad. Mujer de pelo corto, igual a tortillera. Era lo que decían las mujeres gitanas con las que años más tarde, después de la universidad, la maternidad y la crianza, trabajé en barrios parecidos a este, donde la ciudad adquiere volúmenes e identidades que toman cuerpo entre las geometrías de los bloques. Creo que fue a los dieciocho cuando decidí cortarme el pelo, y desde entonces no lo he dejado crecer mucho más allá de los hombros.

El otro día me miraron las uñas en casa con ojos muy abiertos y leves sonrisas de extrañeza, observándome como si esta vez la desconocida fuera yo. Había salido del salón modificada, como si el rosa chicle añadido a mis uñas hubiera sido capaz de limpiarme algo interior, aclarar zonas oscuras. Creo que incluso empecé a dormir mejor gracias a mi novísima manicura permanente. Honras que entregar a los padres. Luto que guardar por las abuelas. Terminaron conmigo antes de que llegara Vanessa, la futura novia. Salí de allí con ganas de haberla conocido, memorizando los nombres de las trabajadoras de Pasión Nails mientras el barrio se cerraba a mis espaldas e iba quedando cada vez más lejos, delimitado por la autovía que lo mantenía sellado en su lugar, como el color rosa chicle del nuevo catálogo de primavera-verano había quedado sellado y bien sellado a mis uñas. Conso, Hortensia y Fani. La Fani me había tuneado mientras a nuestro lado la Conso restauraba con precisión las uñas

descascarilladas de la chica del teléfono móvil y el carrito de bebé. Casi podían verse los efluvios dirigiéndose hacia el carrito como si fuera el humo espeso de una hoguera callejera, adormeciendo al niño o a la niña que respiraba dentro.

Hortensia, que parecía ser la mayor de todas, unos treinta y cinco años quizá, y por lo que había oído tenía una hija, dos hijos y una nieta, me había cobrado detrás del mostrador los diez euros previamente acordados por teléfono, a los que añadí uno más que fue metido con alegría en una hucha fucsia con forma de cerdita, mientras ella me dirigía la sonrisa primera y me apuntaba la cita para hoy. Salí zarandeada por las emanaciones virulentas y por el nuevo contacto con mujeres diferentes a mí, después de un tiempo trabajando con mujeres parecidas, fuera del hogar mitad prisión y mitad refugio que habíamos levantado a lo largo de décadas en distintas ciudades, casas, pisos, este último todavía pendiente de un hilo hipotecario. Salí intuyendo ya que escribiría sobre aquello.

Segunda cita, pues. Espero mi turno sentada en el sofá, dispuesta a sumergirme esta vez en la revista *Pronto,* la más leída y comprada en Pasión Nails. Los *¡Hola!* son muy caros y se los llevan, le oí decir a Hortensia el primer día, y mi cabeza comenzó a fantasear con el tráfico de revistas del corazón lujosas superpuesto a los otros tráficos del barrio. Dos chicas que aparentan unos veinte años se mueven por el salón acompañadas de sus bebés. Una de ellas, Yola, ha venido con su madre y con su hijo Jonatan, de unos tres años. La madre parece su hermana mayor, se llama Puri y quiere hacerse la manicura por primera vez, porque dice que le mira las uñas a su hija y le da envidia. Todas se ríen. En la mesa de al lado toma asiento la otra joven, vestida con pantalón y chaqueta de chándal abierta, que deja ver el top mínimo plateado y el *piercing* también plateado del ombligo. Se llama Yasmina. Ojos extrañamente azules en su piel morena. Suelta la mano de una niña de piel clara y ojos negros que podría ser su hermana pero es su hija. ¡Yaiza, te vas a la puerta a jugar con el Jonatan o te sientas ahí en un taburete, pero calladita te quiero ver!, le grita a la niña, y después habla con la Conso bajando la voz. Qué

pesada se ha puesto hoy, chiquilla: quería dejarla con mi suegra pero me la he tenido que traer porque se le metió en la cabeza que quería ver cómo me hacéis las uñas de porcelana.

Yola, Yasmina, Yaiza… Conforme las escuchaba hablar, la y griega se asentaba en mi imaginación como elemento exótico del barrio. A ver qué me hacéis a mí, dice la madre de Yola mientras Fani le va cortando los pellejitos de las cutículas con su herramienta de cortar pellejitos de cutículas. Debo de ser la única menopaúsica en el salón de belleza, rebosante de hormonas femeninas. No traigo ningún plan, sigue diciendo. Ahora algo sencillito, pero para verano vuelvo y me hacéis ya otra cosa con más colores, como los de la Yola en Navidad, que le quedó muy bien.

Más tarde Fani me aplicará sustancias contundentes que borrarán el rosa chicle de la vez anterior, ya descascarillado. Cuando llega mi turno me siento frente a ella, olvidando sin esfuerzo las separaciones sentimentales de toreros y cantantes de las que acaba de informarme la revista *Pronto.* Relajo mis muñecas, le ofrezco mis dedos regordetes y ella pregunta si me ha gustado el color que me puso el otro día. Recuerdo las miradas familiares clavadas en mis uñas. Pero hoy quiero otro más rompedor, le digo, dispuesta a desafiar futuras miradas con algo provocativo que introduzca un mayor desconcierto en la monotonía, y ella se anima, ofreciéndome el muestrario de filas de uñitas de colores tamaño natural, sujetas por una argolla. Mire, estos que acaban de llegar son muy monos y se llevan mucho.

Se refiere a colores muy veraniegos: naranja, amarillo fuerte, verde bético. ¿Por qué no? Después de todo estamos a finales de mayo y mi marido ha encontrado trabajo en una empresa de sonido antes de su cercana jubilación, después de unos años oscilando entre trabajos muy precarios y desempleo. Además, el sábado pasado salió una reseña de mi única novela en *Babelia,* el famoso suplemento cultural. Decido celebrarlo por todo lo alto con un baño furioso de color, eligiendo sin miedo el azul eléctrico que ella me ha sugerido apasionadamente, porque dice que le pega para mí.

Subyugada por esa asociación insólita que me une al color

azul eléctrico, me dejo hacer. Límame más las uñas, le digo a Fani, sin miedo, las quiero cortas, como las traje el primer día. Ella, visiblemente satisfecha con mi elección azul, me mira cuando meto confiada la mano izquierda en un cacharro redondo y cerrado de plástico negro, que tiene un orificio para cada dedo y contiene un líquido que se va calentando hasta que sus vapores ardientes reblandezcan el rosa chicle con sustancias tan agresivas que serían capaces de borrar incluso mi huella dactilar. Entonces lanza en voz baja una pregunta: ¿cómo se enteró usted de este sitio? El primer día no conseguí que me tutearan. Cómo me enteré de este sitio. Pregunta perfectamente lógica, que supongo se hicieron todas cuando llegué el primer día. Le pido que me hable de tú. Bueno, pues eso, que cómo te enteraste. Paseando por aquí, contesto desenfadada, recordando mi paseo crispado y furibundo en la mañana de aquel lunes o martes. Fani se ríe. ¿Y se viene usted a pasear por aquí sin conocer a nadie del barrio? Claro, por qué no, yo paseo por muchos sitios, y éste es un sitio como otro cualquiera para pasear. Ella me mira con ojos muy abiertos, como si fuera la primera vez que repara en mí. Hombre, un sitio como otro cualquiera para pasear... ¡Eso no se lo cree mucha gente!, exclama cuando ya siento sobre la superficie de mis uñas los efluvios fortísimos, que conseguirán borrar los restos de rosa chicle y las capas transparentes que pusieron antes, dejando el campo libre al flamante azul eléctrico con el que voy a salir disparada del barrio.

Ayer recibí el email de una ONG diciendo que ya habían cubierto el puesto para el que me había presentado, pero que mi currículum les había interesado y me tendrían en cuenta para futuras ocasiones. En vez de llorar, casi me alegré, no por la débil promesa de trabajo en un futuro incierto, sino por el hecho de que hubieran respondido a la carta de presentación, con currículum adjunto, que les había enviado por email dos semanas antes. Se trataba de una oferta para cubrir un puesto de socióloga e investigar en el área de empleo con mujeres y jóvenes, en un barrio parecido a este. La respuesta negativa seguía siendo demoledora pero era, al menos, una respuesta después de tantos currículums lanzados y perdidos en el vacío

cibernético. Me hubiera gustado mucho conseguir ese trabajo para el que tenía experiencia, después de este último tiempo trabajando en asuntos más estadísticos y rutinarios, alejados de la investigación. Siempre a salto de mata.

A mi edad ya no voy a conseguir nada en condiciones. ¡Que estoy en los cincuenta, joder!, le dije a mi marido, al que a veces llamo Job, como lo llamaban al principio mi abuela y mi madre —el santo Job, decían, sin añadir más—, y él me abrazó fuerte, con ese cariño sincero que a veces no soporto pero ayer agradecí, repitiendo eso de que soy casi una niña todavía, que no estuviera triste porque seguro que encontraría trabajo, y recordándome la reseña del sábado en *Babelia,* para rematar el panorama optimista que pretendía ofrecerme. Y a mí qué me importa la reseña de *Babelia,* yo lo que quiero es una nómina, seguir activa y cotizando, susurré, esta vez sin soltarme de su abrazo como suelo hacer siempre que me dice que soy casi una niña. ¡Que no te importa, dices! Claro que te importa y lo sabes, todos lo sabemos, a todos nos importa, afirmó él, acariciando mi cabeza de niña menopáusica, fatigosamente convencido siempre de mi supuesta juventud, por ser quince años mayor que yo.

Pasión Nails. Santo Job. En mi casa no había cultura bíblica, y yo tenía apenas veinte años cuando me casé por lo civil. Así que durante un tiempo creí que Job era un tipo de la Biblia que simbolizaba la paciencia infinita, y que ellas utilizaban ese nombre llevadas por su convicción de que los hombres suelen ser pacientes con sus mujeres y él tendría que serlo mucho conmigo, teniendo en cuenta mis rarezas, lo difícil de aguantar que yo era, como decían. Mi flamante marido, ateo anticlerical, conocía sin embargo muy bien la Biblia, pero no me explicaba nada sobre Job: se limitaba a reírse y a decir que, si yo quería saber, leyera esos pasajes furiosos sobre el poder de Dios en el ejemplar que teníamos en casa de cuando él era un niño que estudiaba con curas. Al principio no hice intentos por abrirla, hasta que un día decidí asomarme al Antiguo Testamento y leer el libro de Job. Era algo más que paciencia lo que se planteaba allí. Job, el varón recto y justo, asediado por desgracias que Dios le había enviado por medio de Satán,

solamente por su capricho divino de ponerlo a prueba, venía a decirle a Dios algo así como: ¿qué he hecho yo para merecer esto? Tenía Job tres amigos, bastante cabrones en realidad, que, al ir a consolarlo, venían a decirle: algo malo habrás hecho, pues Dios no envía desgracias a los justos. Ese fue mi primer resumen bíblico, apresurado.

Planteaba ese libro la razón del sufrimiento de los justos en esta vida terrenal, y la demostración de que no hay conexión necesaria entre pecado y sufrimiento. Quién era yo, entonces, a ojos de mi abuela y de mi madre: ¿ese dios cabrón y antojadizo que enviaba, sin venir a cuento, desgracias inmerecidas al inocente? ¿Era yo para ellas la desgracia misma que dios enviaba a Job? ¿O tal vez era la mujer del propio Job, que había llegado a desearle la muerte cuando empezó a irle mal en la vida?

Siempre que busco un *job* le quito lo de *santo* y lo llamo *Job,* con acento inglés. A veces quiero a Job. Ahora lo que más quiero es un buen *job.* Pensar en todo eso mientras me hacen la manicura y al volver a casa sacar de nuevo la Biblia y regresar al libro de Job. Escribir mientras me hacen la manicura, rodeada por estas mujeres, ocupada en observarlas y organizarlas narrativamente. La voz omnisciente que había barajado para contar se me va quedando corta y puede que alcance, una vez que hayan sucedido más cosas en torno a este salón y me ponga a escribir mientras la familia duerme, el estatus de voz narradora protagonista. Entonces, desde ese lugar, escribir la vida. ¿Qué vida? ¿La mía? Mi vida junto a este Job zarandeado por crisis de los siglos XX y XXI que arrojan a capricho desempleo y otros infortunios sobre las vidas de los justos. El dios de la Biblia como un omnipotente mercado de trabajo y Job como un parado de larga duración que a pesar de los pesares nunca pierde del todo la paciencia ni maldice demasiado. Y entre ambos yo, colérica, impaciente como la esposa de Job cuando empezó a llegar menos dinero a casa y el hombre enfermaba y sufría en silencio…

> Díjole entonces su mujer: «¿Aún sigues aferrado a tu integridad? ¡Maldice a Dios y muérete!».

No sé bien en qué clase de escritura estoy a punto de enredarme pero noto su inminencia. Todavía estoy en las nieblas que la anticipan. Comenzaron el día en que descubrí el salón de manicura. Cuando llegue la hora de contarlo no sé qué estaré dispuesta a dejar que se vea de mí. Es pronto para saberlo. Nunca me he hecho estas preguntas pero esta vez me las hago. No ante la pantalla blanca del ordenador o el papel vacío de los cuadernos, sino aquí, en Pasión Nails, papel que espera su turno, pantalla rosa fucsia dispuesta a ser cubierta urgentemente con letras negras como las de los carteles de la puerta, escenario perfecto para mi próxima autoficción. Porque de eso me había enterado hacía unos pocos días por la crítica en *Babelia:* de que yo estaba haciendo autoficción. ¡Una primera novela y ya en *Babelia!* Nada menos, nada menos, repitieron unas y otros. Mi madre incluso recibió llamadas de teléfono de familiares que vivían lejos y me llamó asombrada, como cayendo en la cuenta de que tal vez no había sido del todo inútil la dichosa manía de escribir que tengo desde niña, esa rareza nunca justificada y que ahora el acontecimiento de *Babelia* parecía sancionar, a tenor del pequeño revuelo que se había formado en la familia y alrededores. No era la primera reseña de la novela, ni siquiera la que más me gustaba, pero era la de *Babelia,* y por lo visto a todo el mundo se le caía la baba con esa especie de Biblia cultural. ¿Es que conoces al crítico?, me había preguntado, con un poco de mala baba, una supuesta amiga, escritora con obra publicada a la que nunca habían reseñado allí. Pregunta inconveniente si se tenían en cuenta las coordenadas sociales y espaciales de mi vida periférica, ajena a críticos y círculos babélicos.

Pero cómo iba yo a conocer al crítico. Podía tratarse de que el crítico hubiera hecho su trabajo, hubiera leído la novela y decidido reseñarla, porque, al parecer, le había gustado. ¿O acaso era imposible que los asuntos de lo que llaman mundillo literario sucedieran con esa sencillez?

También parece imposible que yo haya vuelto esta mañana al salón de uñas y me mueva, insegura todavía, entre el sofá de escay y las mesas de manicura, repartido el pensamiento entre mi escasa experiencia en el mundillo literario, mi desempleo

sin solución aparente y el ancho mundo de las uñas de colores.

Barrio

¿A qué cantidad de sustancias tóxicas es capaz de exponerse una mujer por propia voluntad y sin queja alguna buscando la belleza? Siempre me lo he preguntado en mis escasas visitas a las peluquerías, al observar cómo los tintes van calando duramente el cuero cabelludo de las otras mientras yo me limito a dejarme lavar y cortar el pelo. Momentos de extrañeza en los que no imaginé mi futura exposición voluntaria a líquidos agresivos en las manos.

Después de cruzar la vía del tren por el puente subterráneo, acabo de atravesar el parque verde que hay antes de la autovía. Me encamino al barrio dejando atrás el olor de hierba recién cortada, respiro con lentitud, pienso en palabras capaces de esquivar el concepto de normalidad, mientras se pone en verde el semáforo lento de la autovía y salvo estas fronteras que me separan de ellas con la contundencia de una esnifada voluntaria de acetona. Durante el paseo doy vueltas a la idea de que tal vez no sea solamente nuestra educación, ni las pautas diferentes en la educación de las hijas, lo que más nos separa. También lo es nuestra mayor o menor disposición a exponernos al efluvio de estas sustancias, percibidas por ellas y, a este paso, por mí, con la resignación que impone la costumbre. Me pregunto si es una forma confusa de rebeldía ante el mundo. Cómo voy a saberlo. Todavía, en mi tercera cita, y por mucho que haya intentado aguzar mi capacidad de observación, apenas puedo saber algo cierto de ellas. Sigo sin fumar, y a veces estoy de los nervios. En el último ciclo lunar azul eléctrico muchas miradas se han fijado en mis uñas descaradamente, y se han hecho diversos comentarios: ¡qué monas! ¡Qué atrevida te veo! ¡Qué juvenil! ¿Y eso? Cajeras de supermercado, vecinas, la frutera, el carnicero, algunas

compañeras de trabajos anteriores con quienes he quedado para tomar café, parejas amigas que vienen a una barbacoa en casa de la que todo el mundo sale tambaleante, con destellos azul eléctrico en las miradas, a altas horas de la noche.

Y mi hija, que abrió mucho los ojos al ver mis uñas azules diciendo solamente, con una expresión reconcentrada e inexpresiva: ¡mamá, por favor!, antes de irse a la calle sin hacer más comentarios y sin dejarme saber si aquel *mamáporfavor* contenía matices censores o favorables al azul eléctrico.

A raíz de la reseña de *Babelia,* un periódico local, semanal y gratuito reparó en mi novela, la periodista contactó conmigo y, sin haber leído el libro, me entrevistó. Ha sido la novedad más llamativa de mi época azul. Vinieron a casa para fotografiarme y decidí darlo todo por el bien del libro. Adopté pose de escritora, el óvalo facial apoyado en las dos manos que, ocultando mi papada, estiraban los dedos a lo largo de mi rostro sonriente, mostrando al mundo mis uñas azul eléctrico en alegre contraste con mis crecientes canas. Publicaron la entrevista con foto en la última página del periódico. Ellas lo han visto: se nota en sus miradas cuando entro en Pasión Nails. Miro de reojo la mesa baja y veo allí dos o tres ejemplares desordenados del periódico gratuito, junto al *Pronto.* Pienso en la jerarquía que adopta la prensa escrita en Pasión Nails.

Fani está contando que quiere irse a Chipiona con su novio a mediados de agosto, cuando cierren durante quince días el salón de uñas. Aquí todas la acribillan con bromas y comentarios retorcidos porque no se ha casado todavía, y ella dice que ya sabe que va tarde, pero que no se quiere encadenar tan joven porque antes piensa disfrutar de la vida, y ya habrá tiempo para bodas. Tiene veinticuatro años. Toda esta información me quedó clara el primer día. Contrastaba con el embarazo incipiente de Conso (estoy de cinco meses, aclaró), de quien pronto supe que tenía veintiún años, y con la familia extensa de Hortensia, quien al parecer no fue tarde al matrimonio sino en un buen momento, según ellas: a los dieciséis. A mí me parecen muy tempranos, mucho, esos

matrimonios. Creo que debería decirlo. ¡La que quiera uñas nuevas para el verano que vaya pidiendo cita, porque el 15 de agosto cogemos la puerta y no nos veis el pelo hasta septiembre!, repite Fani. Pero no digo nada, amilanada por un entorno donde no sé desenvolverme con naturalidad. Juanita, la clienta a quien está atendiendo, rememora la playa como algo placentero y muy lejano. Ha ido unas pocas veces en su vida, con esas dos muchachas que trabajaban aquí con las asociaciones de mujeres y las llevaban de excursión. Desde que la Laura y la Isabel se quedaron en paro no he vuelto a pisar la playa, dice, y mueve su culo inmenso, recolocándolo sobre la silla mientras Fani le pinta cada uña de un color diferente. Voy a darte tonos pastel, Juanita, que han llegado en el catálogo nuevo y están muy de moda. A Juanita le dan igual los tonos: lo que quiere es no ir con las uñas a medio pintar, le gusta ir arreglada, no como van otras, dice. Su cuerpo desmesurado quiere acabados perfectos, las manos inmóviles se dejan hacer. Todo aquí es desmesura. La vida se sumerge en un mar pegajoso de disolventes y esmaltes que siempre acaban de llegar. Todo pretende y debe parecer nuevo: ante mí los flamantes catálogos de colores se muestran como una huida hacia delante, capaz de volver viejo y desechable todo aquello que pueda doler.

Hay una niña correteando por el local, que podría ser hija de Juanita, pero es su nieta. La madre está haciendo ahora un curso de estética de esos del ayuntamiento y me la deja toda la mañana, dice la abuela, orgullosa, pero se porta muy bien, no da ruido ninguno mi niña.

Me toca después de ella, que le enseña las uñas a su nieta, paga y se marcha con la niña de la mano. Fani me comunica entonces la noticia. Te hemos visto en el periódico, ¿verdad? Todas me miran y asienten. Que por lo visto eres escritora, ¿no? Sí, bueno, pero he publicado poco, ¿eh?, la novela, algunos cuentos, cosas pequeñas.

Creo que me he puesto roja ante la indiferencia de sus caras, ni serias ni sonrientes, ni fu ni fa. Acabo de desvelarme en Pasión Nails. Me sorprende que después de todo no haya sido tan difícil reconocer en voz alta ante otras, por primera vez en

mi vida, que soy escritora, identidad que, a pesar de haber escrito siempre, no siento como propia, tal vez por la publicación de la primera novela a edad tardía o por saber que nunca voy a vivir de esto. Ah, como me dijiste el otro día que estabas en paro…, dice Fani. Porque es la verdad, respondo. He trabajado para dos ayuntamientos seguidos pero se me acabó el último contrato. Como te dije, estoy buscando trabajo. Y termino mirándolas a todas y lanzando un mensaje contundente: ¡No os vayáis a creer que ser escritora me da de comer!

Ser escritora. Ser capaz de decirlo. Sentir la efervescencia de quien acaba de realizar una conquista, como quien llega a un lugar largamente buscado con ganas de hacerlo suyo, habitarlo para siempre, y sin embargo es incapaz todavía de quitarse el peso de no pertenecer a ese lugar. Reconocerme aquí como escritora, en voz alta, ante estas mujeres que no leen mucho más allá de los titulares y los pies de foto de las revistas del corazón. Dar el paso primero, todavía tambaleante, hacia una identidad huidiza que me es imprescindible para seguir escribiendo.

Pero… ¿sales en la tele?, insiste Conso, mientras su joven clienta me mira fijamente esperando mi respuesta, con los dedos de la mano derecha metidos en los orificios de plástico negro y la lija de Conso deslizándose sobre la superficie de las uñas de la otra mano para retirar del todo las capas anteriores, ya ablandadas. Se hace un silencio. Todas me miran.

No, qué va, en la tele nunca he salido, respondo perpleja, pues hasta el momento ni me había planteado esa posibilidad.

¿Ni siquiera en Canal Sur?, pregunta decepcionada Hortensia, que en ese momento le está haciendo los pies a Yola, clasificando implícitamente a Canal Sur como lo mínimo a lo que puede aspirar alguien que quiera o merezca salir en la televisión. Niego con la cabeza. Pero ¿ni una sola vez?

¡Nunca!, exclamo con cierta brusquedad, entre el fastidio y el temor a decepcionarlas. Podría decir ahora que mi primer libro ha salido en *Babelia,* pero sería ridículo, aquí *Babelia* es nada, su posible influencia cultural queda en las lindes del barrio, y dentro es machacada por la del *Pronto* y el *¡Hola!,*

mercancía preciosa. El prestigio del nombre de ese suplemento cultural se disolvería en los efluvios químicos de este mundo paralelo. Mientras tanto, el fastidio y el aburrimiento parecen haberse abierto camino entre ellas, que me miran ahora decepcionadas, como a una escritora de baja estofa, por no haber salido en la tele ni una puñetera vez. No está mal. Se ha roto un hielo duro al decir en voz alta que soy escritora, dejando que sepan esto de mí para corroborar, con cierto alivio, que no les interesa si no hay tele de por medio. Fani es la única que no se deja llevar por el desaliento y asegura con firmeza, como para consolarme del desinterés de las otras, que quedaban de lujo las uñas azules en la foto del periódico.

Al intentar imaginar a cualquiera de ellas tomándose la molestia de leer la entrevista que salía bajo las uñas azules, me viene a la cabeza un texto de Ursula K. Le Guin que leí anoche en internet sobre la novela, la ficción, como bolsa que recoge lo vivido antes que como conflicto del héroe. La novela como relato anti-heroico, relato de vida, proceso continuado. El pensamiento llega para hacerme compañía y se va acomodando en mi cabeza, viene para quedarse, acompaña la chispa primera que convoca a ir llenando la bolsa con cuidado. Me hace sentir la calidez que trae lo que se ha presentido cuando se nombra por primera vez. La única heroicidad que puede interesarme sería sembrar el mundo de relatos anti-heroicos, lo más opuestos posible al novelón del afamado escritor que estoy intentando digerir sin suerte. No entrar en las trampas de la literatura que parece empeñada en complacer, creando conflictos artificiosos con la única intención de resolverlos. Desobedecer esa dinámica manida como desobedezco los espacios que tengo asignados. Y cuando me encamine sola al barrio y cruce el puente sobre la autovía, con la claridad que el paseo mismo me pone en los ojos, volver a rechazar esa clase de mansedumbre que solo puede dejar tras de sí una escritura atenazada, arteriosclerótica. Una vez y otra vez, en ese caminar por encima del puente, sentiré cómo se rompen y crujen bajo mis pasos los mandatos, el de quedarme al cobijo del mundo que me conoce, el de no cruzar fronteras, el de intentar contar algo que alguien deba resolver, levantar

una intriga insustancial, seguir los derroteros de un relato ya sabido incluso antes de iniciarse, el tedio sin final que niega la vía del conocimiento. Saber antes de escribir, cuando lo que prefiero es lo contrario, escribir para saber, volver a transitar el camino tortuoso, asomarme al abismo de una novela-bolsa en la que ir arrojando todo lo que suceda y me suceda en torno a Pasión Nails. Por qué no. Pero una bolsa endeble, que pueda romperse, Ursula, que a ser posible se desfonde al final, de tanto peso. Podría contener los aprendizajes que se van adquiriendo al escribirla junto a la vastedad de lo que se ignora y todavía no está escrito, la ancha experiencia invisible que nadie va a pedirnos en ninguna entrevista de trabajo, toda esa densidad de la vida que el escritor tramposo desecharía como inútil. Y yo, que llegué a admirar sus malabarismos huecos, sus juegos con el estilo, la altanería que él, como tantos otros, es incapaz de dejar atrás, toda esa mochila con la que avanza penosamente, libro tras libro, hasta caérseme ya, de puro aburrimiento, por los márgenes de la página maltratada, elijo sin embargo esta manera opuesta de mostrar mundos. Se extienden más allá de la ventana con todos sus conflictos dentro mientras yo los observo desde un espacio anónimo donde estoy sola, adonde nadie mira. Es la manera elegida de mostrar el conflicto del mundo.

Para esta vez había pedido una cita más larga, porque quería hacerme también los pies. Además, había visto que Hortensia depilaba las cejas, y me dije que ya iba siendo hora de un buen depilado de cejas, el segundo o tercero de mi vida, calculé al momento. Casi dos horas se han llevado conmigo. Veintidós euros por todo. Les doy dos euros más, les deseo que tengan unas buenas vacaciones, porque no paran, y salgo del local dispuesta a que mis pies sin durezas, impecables, relajados, me conduzcan hacia calles más céntricas. Voy flotando suspendida por encima del asfalto mientras deseo para ellas cielos y aires despejados que borren la huella del aire envenenado del salón; oxigenación y yodo contra la huella volátil de la acetona. Nos veremos en septiembre. Hortensia me da la cita que, antes de salir, apunto en la agenda de mi teléfono. Ahora parezco más

otra que las veces anteriores, estoy más en consonancia con el barrio que abandono no sin antes comprar cinco bolsas de pipas en el kiosco, sintiéndome desmesurada y tuneada como los coches que a gran velocidad derrapan por entre los soportales de los bloques. Una inyección de vida en movimiento soy. He elegido un amarillo contundente para manos y pies, que contrastará con el bronceado que voy a empezar a adquirir nadando desesperada en mi piscina comunitaria, leyendo novelas célebres bajo las sombrillas de esparto, tras haber navegado por *Infrajobs* y otras páginas infames durante toda la mañana, mientras cocino comidas económicas y nutritivas para la familia y quien se apunte, después de haber enviado otro currículum, o algún nuevo proyecto que pueden robarme en cualquier institución deshumanizada para con las menopaúsicas en desempleo. Recuerdo versos de Wisława Szymborska en su poema titulado «Para escribir un currículum»:

> Independientemente de la longitud de la vida, el currículum debe ser corto…
>
> Hay que cambiar paisajes por direcciones, y vacilantes recuerdos por fechas inmóviles… Es más importante quién te conoce que a quién conoces tú… Escribe como si nunca hubieras hablado contigo mismo y te evitaras de lejos.

Alejada de mí misma y evitándome de lejos, había leído esos días en internet textos más prosaicos sobre el cuidado de las uñas: me informaban de que las uñas pierden oxigenación al estar constantemente cubiertas, dañando la queratina e impidiendo la regeneración celular.

Amarillo pollito, ha dicho Fani. Amarillo desquiciado, he pensado yo.

Cuando me vean mi hijo, mi hija y el santo Job, van a flipar más de lo que yo flipé con la reseña de *Babelia.*

Centro

El primer hombre al que vi entrar en el salón de belleza llegó sobre la una del mediodía y se acercó a nuestra mesa sin vacilar, buscando a Fani, que charlaba conmigo mientras me arreglaba las cutículas antes de comenzar a pintarme las uñas de amarillo, borrado ya el azul eléctrico. En cuanto lo vio entrar frenó en seco el trabajo, tiró sin querer con el codo dos botecitos de pintaúñas que había sobre la mesa y empezó a pedirme disculpas, lo siento, lo siento mucho, en el mismo momento en que él saludaba al grito entusiasta y genérico de: ¡Mujeres! ¡Qué pasa, mujeres!

Ya está aquí el Alberto, dijo Hortensia, y en su tono de hartazgo advertí que Alberto tenía la costumbre de visitar Pasión Nails sin haber sido invitado. Fani soltó mis manos y se giró, con la cara súbitamente roja y sudorosa como un tomate de verano con sal. ¿Otra vez, Alberto? ¿Yo qué te tengo dicho? ¿No te acuerdas de lo que hablamos el otro día? Adiviné en su actitud esa mezcla de aguante y desesperación que provoca una larga situación insostenible cuyas riendas somos incapaces de tomar ni de soltar del todo. Alberto venía sudoroso y flaco, los ojos claros y encendidos, camiseta sucia y un desvencijado pantalón de chándal. Todo él destilaba vapores etílicos que se mezclaban con los amoniacales, logrando una sinfonía de olores penetrantes de la que daban ganas de escapar a toda prisa. Con la cara roja, hinchada, intentó desde atrás un abrazo pegajoso a Fani, quien seguía sentada, mientras decía: ¡Hermana, hermanita, qué guapa mi hermanita!, apoyando su cabeza en el hombro de Fani mientras ella se zafaba de ese abrazo y me dirigía una mirada polisémica que contenía cansancio, ira, pena e incluso culpa. Perdona, lo siento, espera un momento por favor que solucione esto, dijo después de desprenderse de los brazos de Alberto alrededor de su cuello y

levantarse. Bruscamente se dio la vuelta, lo cogió por el brazo y se lo llevó a la puerta de la calle. Desde mi silla pude escuchar lo que allí le decía. ¿Dónde te has metido? ¿Te ha visto mamá? ¡Llevamos dos días sin saber de ti!

Alberto, que había dejado una nube de alcohol y sudor rancio flotando en el local, intentaba hilvanar respuestas inconexas que desde dentro no podíamos entender bien. Solamente acertábamos a captar frases sueltas… La madre que me parió… Que estoy bien, hermanita, ¿no me ves?... ¡Dinero!… Un poco de dinero, coñooo…

Conso y Hortensia me miran comprendiendo mi cara de sorpresa ante lo que acaba de suceder y no parece asombrar a ninguna otra. Es el hermano de la Fani, me aclara Hortensia. Sí, hija, sí, aquí cada una tiene su cruz, dice Conso tomándose un respiro mientras se toca la barriga de cinco meses y mira hacia la puerta. ¡Dinero!, se oye gritar otra vez a Alberto, y me levanto de la mesa cuando veo que está cogiendo a Fani por el brazo y zarandeándola, justo a la vez que Hortensia llama a alguien desde su teléfono móvil. ¡No, déjalo!, exclama Conso dirigiéndose a mí. Es mejor que no hagas nada, a la Fani no le gustaría. Fani entra en el local y le grita al hermano que la espere en la puerta, que no se le ocurra entrar porque como entre va a salir perdiendo. Alberto se apoya en el quicio y empieza a entonar la canción *Como el agua* de Camarón de la Isla, con palmas a compás, mientras ella se dirige a la trastienda, vuelve con un monedero en la mano y, ya en la puerta, saca unas monedas ante las protestas en alta voz de Hortensia: ¡Ya está bien de dar aquí el numerito, Alberto! ¡Como vuelvas, voy a avisar a mi marido y a mi yerno otra vez! ¿Te enteras? Alberto nos mira a todas con los ojos enrojecidos, se pasa una mano por el pelo grasiento y se aleja farfullando algo así como iros todas a la mierda…, putas…, hermanita, tú que eres tan lista y sabes tanto de todo.

La cara de Fani ha palidecido cuando consigue entrar y mirarme. Lo siento, lo siento mucho, repite avergonzada. ¡Ya está bien, Fani, tú no tienes la culpa de nada, mira que siempre andamos echándonos las culpas de los demás!, grita una de las clientas. Es mi hermano, sigue explicando ella sin retirar su

mirada de mí, es que… Está mal, ¿sabes? Intenta reprimir el llanto mientras me coge una mano para continuar con su trabajo. La retiro y pongo mis dos manos encima de las suyas. No hay prisa, Fani, cálmate, tómate un descanso, si quieres salir te acompaño a la puerta y luego seguimos, ¿vale? Ella mira a Hortensia y asiente, lleva a la trastienda el monedero que había soltado sobre la mesa y regresa con un paquete de pañuelos de papel, otro de tabaco y un mechero. Salimos. Ya no hay rastro de Alberto en la calle. Ahora con los tres euros que le he dado se va al kiosco y a lo mejor se compra un brik de vino barato, y todavía le quedan dos euros para más tarde, vete a saber en qué los gastará luego, que yo no sé ese hígado cómo resiste, dice Fani mientras enciende un cigarrillo y yo contengo una punzada de deseo por fumar. Lo siento mucho, Fani. Conozco más de una situación parecida a la tuya.

No nos deja vivir, no nos deja vivir, está amargando a mi madre el cabrón.

Ya… Sé que no es un consuelo, pero mucha gente tiene problemas así, ¿sabes?, han aumentado con la crisis, no sé si tu hermano trabajaba antes… Y entonces ella me resume entre hipidos la historia de Alberto desde que se quedó en paro, cuando la construcción se vino abajo y empezó a beber más, su mujer lo dejó y tuvo que volver a vivir con su madre. Una situación idéntica a las de muchos hombres dedicados a la construcción que yo había encontrado en mis trabajos periféricos.

Él no es malo, tiene buen fondo, de verdad, aunque a veces vive más en la calle que dentro y no sabemos qué es peor, no sabemos qué es peor. Fani tira la colilla al aparcamiento de coches. Creo que con tanto alcohol se le está yendo la olla, porque se pone agresivo, que él nunca ha sido agresivo, y se mete en unos líos el hijoputa que… Hasta el coño estoy ya, hasta el mismísimo coño.

Me acerco a ella. Recibe mi abrazo espontáneo terminando de llorar sobre mi hombro. Está bien, venga –le hablo con una seguridad que a mí misma me asombra, como gajes de algún oficio olvidado—, tú tienes tu trabajo y tu novio, te vas a ir a la playa y estás tirando del carro como puedes, ¡eres una

luchadora! Parece que mis palabras impensadas, espontáneas, consiguen calmarla. Solo entonces, y tras hacer varias respiraciones conscientes de aire puro, accedo a entrar de nuevo, las dos ocupamos nuestros asientos y ella retoma el trabajo con la meticulosidad acostumbrada. Me siento satisfecha de haber elegido el amarillo pollito, por dar esa alegría trivial a la joven a quien acabo de investir como mi estilista de cabecera.

A la semana siguiente me encontré con Fani en el centro de la ciudad, sin su bata rosa, con el pelo suelto, paseando su esbeltez de top negro, vaqueros ajustados y sandalias de tacón junto a la cola de gente variopinta que esperaba su turno, desde primeras horas de la mañana, para pedir una vivienda de protección oficial, en la oficina provisional que habían habilitado desde Urbanismo para la recogida de solicitudes. Ella ya salía. Yo venía de entregar mi currículum junto a una instancia solicitando trabajo en el ayuntamiento. Fuera de contexto, Fani tenía la hermosura de una planta que sobrevive con éxito en un medio distinto del habitual, flor de cactus estallando en el invierno o abeto resistiendo en la canícula. Sentí un calor reconfortante e inesperado al saludarla con dos besos, y propuse que nos fuéramos a desayunar. No hizo falta insistir, las dos teníamos hambre y ganas de pasar un rato juntas.

Elegimos la terraza de una cafetería cercana a las oficinas donde acabamos de hacer nuestros papeleos respectivos. A las mesas llega un frescor de jazmines y césped del jardín cercano, recién regado por los operarios municipales. Zumo de naranja, café con leche y tostadas con jamón, aceite y tomate acompañan el encuentro fortuito. La conversación fluye entre nosotras como si nos conociéramos de tiempo atrás. Mientras bebo lentamente el zumo de naranja, le cuento que fui madre a los veinte años y añado mi urgencia por encontrar un trabajo en condiciones. Ella prueba la tostada. La dejo hacer preguntas esperando mi turno, por no acribillarla con toda la fuerza de mi curiosidad. Responderé a la suya explicando, con más detalles de los que contaría en el salón de belleza, que estoy

casada, tengo un hijo de treinta que vive fuera de casa desde los veinticuatro y una hija de casi dieciocho que sigue con nosotros. Veo que continúa interesada en el hecho de que yo escriba. Quiere saber de qué va la novela por la que me hicieron aquella entrevista en el periódico local. Guardo silencio, incapaz de romper la pereza de contarle mi novela. La primera vez que te vimos cruzar la puerta nos dimos cuenta de que no eras como nosotras, dice. Ni mejor ni peor, que es lo que yo digo siempre. Distinta y ya está, como le dije luego a la Hortensia. Ella te miraba al principio como diciendo y esta de qué va, pero le gustó el euro que nos diste para el bote. Con ese euro te la ganaste, vamos, porque allí las clientas no son mucho de propinas.

Fani habla con el cuerpo, rubricando cada afirmación con movimientos más suaves o más bruscos de los brazos, el torso, los hombros, la cabeza.

Después vino lo del periódico, y ahí ya… ¡Escritora, nada menos! ¿Cómo no ibas a ser distinta? Cuando dijiste que no habías salido nunca en la tele, las demás perdieron interés. Pero yo no. Eras mi clienta, me caías bien, yo iba a convertirme en tu consejera de estilo y manicura. Continúa explicando cuánto le gusta conocer gente distinta, porque sale poco del barrio y solo trata con gente de allí, aunque en los cursos de estética ha hecho amigas de otras zonas, y algunos fines de semana viene a tomar una copa al centro con ellas, unas veces con novio y otras sin él. Es que en el barrio siempre es más de lo mismo, dice. Pero vamos, nosotras tampoco somos todas iguales, ¿eh? Por supuesto que no, pienso yo. Ni en el barrio ni fuera somos todas iguales. Pero no digo nada.

Yo no me veo como la Conso, que se ha casado a los diecinueve y ya lleva en marcha la primera barriga, y digo la primera porque vendrán más, seguro, que ella dice que va a esperar pero te digo yo que de aquí a dos años vemos a la Conso con otro bombo en marcha. Un dedo índice de Fani señala al cielo. De aquí a dos años, ha dicho… Doy otro bocado a la tostada de jamón preguntándome si seré capaz de persistir dos años más asistiendo a Pasión Nails y comprobar *in situ* esta profecía, probando todos los colores estrafalarios que

teñirán mis jornadas, mientras me mantengo leal a las uñas permanentes y la familia de Conso va aumentando ante nuestros ojos. Me desvío de ese tema y pregunto a Fani cuál es su nombre auténtico, y ella comienza a contar una historia muy capaz de agitarme las neuronas y de abrir nuevos meandros en mi escritura. Fani viene de Estefanía, su madre les puso los nombres como a los hijos de la Kelly, la princesa de Mónaco que había sido actriz de cine, esa tan guapa a la que tanto se parecía de joven, porque su madre es rubia natural, añade con orgullo. Tendrías que ver las fotos de ella con dieciocho años… Por eso la mayor se llama Carolina —la Caro— y el segundo se llama Alberto. ¡Además, es que encima nacimos en el mismo orden que ellos! Con la velocidad que lleva su discurso atropellado, apenas tengo tiempo para asimilar tanta información decisiva. Me confirma también que Hortensia es la dueña del negocio, que el local es de su propiedad, comprado, no alquilado, y a ella y a Conso las tiene contratadas, cotizando. Es la jefa, sí, y además es seca —dice Fani sonriendo—, ya te habrás dado cuenta de que no tiene esa amabilidad falsa que hay que tener con las clientas, ni falta que le hace porque clientas le sobran, y yo la admiro por saber hacer las cosas bien y estar ganando un dineral con el salón, que no damos abasto. Explica que el marido de Hortensia, el Juanlu, también está parado ahora mismo, pero la ayuda con el crío de diez años que tienen y con la nieta, hija de la mayor, que trabaja en un almacén de aceitunas, en un polígono de las afueras.

El Juanlu está haciendo ahora mismito un curso de fontanería. Es buen tío, y más le vale, porque a la Hortensia no le tose ni Dios.

Terminados los zumos, las dos intentamos beber café a la vez y casi nos quemamos, soltando las tazas.

Qué bien huelen los jazmines, me encantan, digo, antes de lanzar una pregunta sin pensarla dos veces. ¿Y tu hermano Alberto cómo anda?

La mirada de Fani echa chispas que se reflejan en las tazas de loza blanca, haciéndome sentir una duda repentina sobre si mi pregunta ha sido inadecuada. Pronto veo que no.

Cualquiera necesita hablar de vez en cuando de un hermano con problemas. Cualquiera necesita, en algún momento, hablar de la familia con una persona ajena a la familia. De ahí su confesión mientras el café se va templando, el relato nervioso que me contó en la puerta el otro día y que ahora, mejor organizado y con detalles, escucho llevándome a la boca la taza de café negro, con mis uñas amarillas.

Qué monas te quedan, dice Fani, abriendo un paréntesis que dulcifica la dureza del relato. Puedo situarme sin esfuerzo en lo que me cuenta, en sus escenas domésticas y familiares. Me las imagino sin dificultad. La madre sufridora, pero también despótica y tirana, que la retiene viviendo con ella para llevar mejor entre ambas los desmanes del hijo predilecto. Esa Grace Kelly de barrio, de belleza quizás ajada como sus sueños de juventud, proyectando un autoritarismo cruel sobre las hijas, de puertas para adentro. Antes Fani ha dicho que la madre debe de tener mi edad. ¿Cuántos años tienes tú, Pepa? Ahora está diciendo que su madre siempre ha sido una fuerza de la naturaleza, porque tiene un genio que la mantiene viva. Aunque a veces lo dirija contra mí, yo admiro su genio. Y luego, ojito con mi madre cuando se arregla, ¿eh? Que mi madre se da dos brochazos y se pone una falda estrecha con tacones y te lo digo de verdad, Pepa: mi madre sabe pisar la calle y todavía revoluciona a más de uno.

En lo que cuenta, Fani deja entrever lo fatigoso que le resulta soportar la predilección de su madre por ese Alberto desbocado, del que ella misma tiene que defenderla tantas veces. Y por eso, porque está hasta el mismísimo coño, dice, ha venido hoy a pedir una vivienda de protección oficial, para irse de su casa en cuanto pueda, a vivir con José, su novio. Pero ya ves, somos el ciento y la madre solicitando una vivienda de esas, más de 2000 familias para cuántas, ¿350 viviendas? Eso ponía en el periódico donde saliste tú. Si me la dan y tengo que casarme pues me caso, ¿me entiendes? Yo sé bien dónde vivo y con qué gente vivo, para qué voy a darle más disgustos a mi madre, ella se merece algo que celebrar, ¿no? Pues me casaré y punto.

Su relato sobre la madre es extremo, desconoce medianías, no acierto a comprender si la admira o la rechaza: igual la llama tirana que pedazo de mujer, y desea por igual escapar de ella que casarse solamente por darle a su madre la alegría merecida de una boda. O es que te crees que no sé cuánto cotillean a mis espaldas cuando me voy sola con él a pasar unos días por ahí... Sí, el José es del barrio también, pero no es como casi todos los de allí. Él ha visto también cómo su padre y su hermano mayor se quedaban en el paro después de haberlo ganado bien, en paro y sin un título, que es lo mismo que le pasó a mi hermano: en paro y sin salida.

Acaba de decir esa frase que en cierto modo empareja mi situación existencial con la de Alberto y queda retumbando en mi cabeza, en paro y sin salida, en paro y sin salida. Mucha crisis y todo lo que tú quieras, sigue diciendo Fani, pero nadie nos ha explicado bien la crisis esta, solo sabemos que han pasado de estar construyendo como locos a no construir más, y a ver cómo se come eso. ¿Es que ya no hacen falta más casas, o qué? Continúo desayunando con tranquilidad mientras ella lanza sus preguntas retóricas. Claro, mi novio es muy listo y además ha tenido la suerte de que el padre y la madre lo animaron para que estudiara, que eso allí pasa poco, ¿eh? No le he contado a Fani todavía que he trabajado en barrios como el suyo. Quisieron darle algo más, no iba a estar todo el día en el andamio sin casi saber leer, como están casi todos, no.

Se queda en silencio y mueve la cabeza, rumiando ese no. Yo tampoco hablo. Me mira dándose golpecitos con el dedo índice en la sien. Mi novio tiene dos dedos de frente, le dio la alegría a sus padres y estudió, nunca se ha quedado perdiendo el tiempo por la calle con las litronas y los porros, no, él terminó con buena nota el bachillerato y luego se metió en un ciclo superior. Ya te digo: diferente a los demás.

Pienso en los hombres jóvenes que a todas horas ocupan la calle y revolotean en torno al kiosco, arreglan las motos en las aceras o hacen el caballito con ellas por las calles, desde las doce de la mañana bebiendo de sus litronas en cualquier banco, o en tubos de cerveza que les sirven en los bares.

¡Enseguida me iba yo a juntar con uno de esos vagos que

están todo el día en la calle, que no valen para nada!, concluye Fani sin dejar de ejecutar ante mí su danza hipnótica, moviendo melena y brazos.

Ya he observado que, como es habitual, tampoco en su barrio hay oficinas bancarias ni farmacias, pero no faltan bares. Mastico con lentitud la tostada de aceite, tomate y jamón, ordenando en mi memoria lo aprendido. José y ella tienen la misma edad y están juntos desde los dieciséis, pero ella dejó antes los estudios y se dedicó a la estética, que empezó a tener mucha salida. Ahora los dos están trabajando y ganan dinero. Técnico en Prevención de Riesgos Laborales, dice Fani con orgullo antes de apurar el café y de guardar silencio, satisfecha con la trayectoria formativa y laboral del novio.

Y ella qué, me pregunto en voz baja. Como sigue sin hablar, me lanzo en alta voz, escudada en la confianza que estamos consiguiendo sin esfuerzo.

Y tú entonces qué, ¿no quisiste seguir estudiando?

Me mira con cara de pensar que no tengo mucha idea de cómo funcionan allí las cosas. Verás, es que esto no es cuestión de querer o no querer, allí para que estudies te tienen que empujar, pero a lo que más nos empujan a nosotras es a casarnos o, con suerte, a trabajar. Yo soy muy activa y nunca paro quieta. Mira, mi padre al final cayó enfermo y se murió pronto, no llegó a los sesenta ni de lejos, le quedó a mi madre una pensión muy baja y había que llevar dinero a casa. Remata la frase dando un bocado contundente a la tostada y tomando otro trago de café. Mi padre era gitano, mi madre no. Yo soy entreverá y mi novio también, a veces decimos que es casualidad, pero a lo mejor no lo es, porque nuestras madres vienen de otros barrios, sabes, mi madre, aunque se haya acostumbrado a esta mentalidad, venía de un barrio mejor y quería ser maestra. Tengo que hacer esfuerzos para no sacar el bolígrafo y la libreta que llevo en el bolso e ir tomando notas. Lo que pasa es que se enamoró porque mi padre era un tío que merecía la pena, me entiendes, aunque luego terminase mal porque también se quedó en paro y bebía, en plan pacífico pero bebía, aunque menos que el Alberto. O grabarla en el

móvil, con tal de no perder lo que me cuenta. Buen padre ha sido, nos quería a los tres y sobre todo a ella la quería con locura, hasta el final… Claro, como el de Mónaco, pienso, y me imagino al padre con la cara y el tipo de Rainiero de Mónaco, un Rainiero imposible, más bien agitanado, que quiere a su mujer hasta el final. Yo quiero ahora que Fani olvide la tristeza. ¡Entreverá!, digo sonriendo. Qué palabra… Sí, dice ella moviendo la cabeza y pasándose a un lado del cuello toda la melena castaña con reflejos rubios naturales, que queda sobre el top, tapando un pecho. Entreverá, sí, tengo esa mezcla, medio paya medio gitana.

Qué guapa, Fani, pareces otra con la melena suelta y sin la bata de trabajo, ¡tienes tipazo! Ella se yergue en la silla. Porque me cuido, dice, mirándose el pecho y alisándose el top negro con las dos manos. A mí no me vas a ver con un bombo y luego cargada de niños y echando culo y barriga antes de los treinta, como la mitad de mis clientas. Que casi todas, ya las has visto, son jóvenes, preciosas, muchas siguen teniendo tipazo después del primer parto, pero como venga pronto otro embarazo se van echando a perder, y las guapuras y los tipazos se van al carajo en cuestión de semanas. Ahora, te digo una cosa: dices tú que yo no tengo aquí puesta la bata y parezco otra, ¿no? ¡Claro, es normal, ya solo me faltaba venir al centro con la bata puesta! Nos reímos juntas al imaginar esa situación. Pero vamos, ¡tú tampoco estás vestida ahora como vas vestida allí! Me mira de arriba abajo, muy capaz de recoger de un vistazo el clasismo indeseado de mi ropa. Me gusta tu bolso, dice, acaso por suavizar opiniones más contundentes que deben de rondarle ahora por la cabeza.

Tiene razón, eso es incontestable, yo tampoco voy vestida igual, esta indumentaria de ir a entregar currículums o a trabajar, ropa de andar por el centro, dice de mí todo aquello que no aparento en el barrio, impostora no sé bien si aquí o allí.

Te veo mucho más compuesta aquí, con esa chaqueta de verano, ese vestido y esas sandalias de tacón bajo. Fani mira mis prendas de una en una, como si estas fueran capaces de responder a sus sospechas silenciosas. Mira qué monas se ven

las uñas de los pies con el amarillo pollito que te puse. Muevo coquetamente las uñas amarillas de los pies, en contraste con el cuero oscuro de las sandalias, mientras recuerdo con cierta vergüenza mi ropa de entrar y salir del barrio, brújula de tela usada con la que intento orientarme en los márgenes de la ciudad. Ella continúa observando estas otras telas, distintas de las que uso para mostrarme en Pasión Nails. Pepa, yo creo que en Pasión Nails todas tenéis un sitio donde poneros guapas y charlar con las otras y animaros un poco. La chaqueta de lino, el vestido de viscosa, el pañuelo de seda. Porque a ti, por mucho que sonrías aquí y allí, se te nota que estás desanimada también, dice señalándome con el dedo índice. Qué seguridad la suya. ¿Acaso me creía que iba a llevar yo en todo la voz cantante, que iba a ser la única que sabría interpretar a su interlocutora? Si he llegado a tener alguna duda, ahora me está haciendo ver que la observada, la escudriñada, también puedo ser yo. Y por eso me gusta mi trabajo, dice, por haceros un poco más felices a todas, pero también te digo que no me quiero ver toda la vida haciendo manicuras, vamos. Que no soy yo la única con poder para intervenir. Que ella también interviene. No digo nada, la miro, asiento con la cabeza dejándome incluir en esa segunda persona del plural, haceros un poco más felices a todas, y al escucharla siento que Pasión Nails expande sus efluvios de belleza desde las uñas hasta el corazón.

Pero no creas que soy una impostora o que lo hago por engañar a nadie, ¿sabes?, le respondo por fin mientras ella centra su atención en mis labios pintados. Con aquella otra ropa también soy yo, es más: creo que soy más yo con aquella que con esta, ¿me entiendes?, pregunto, apropiándome de su muletilla.

¡Ay, hablas como una escritora, pero claro que te entiendo!

Aflora entonces mi deformación profesional y pregunto abiertamente, recuperando mis manías técnicas, si está dispuesta a estudiar otra cosa, porque es muy joven y podría hacerlo. Fani no responde ni me mira, dirige la cabeza hacia abajo, como buscando la forma de decir algo que le viene rondando, con los ojos fijos en la manicura francesa de sus

dedos, que reposan en los muslos, sobre los vaqueros ceñidos. Yo… verás… Quería pedirte algo, pero allí es difícil, no veo el momento y no quiero que las demás se enteren de todo. Acojo sus silencios como treguas para pensar en lo que ha dicho y respirar. A mí me gusta tener mi vida privada y allí no es fácil, sabes, pero es que no me hace falta saberlo todo de todas, que bastante me cuentan ya, ni que ellas sepan todo de mí.

El camarero se acerca y pregunta si puede retirar el servicio. Le pido que traiga dos vasos grandes de agua. Fani enciende un cigarrillo. Dime, venga, habla, a ver en qué puedo ayudarte, si es que te puedo ayudar de verdad. Claro que puedes, dice. Es cuando me mira a los ojos y añade en voz baja: yo lo que quiero pedirte es…

Pero vuelve a callar y bebe agua del vaso que ha traído el camarero hasta que por fin se lanza, desechando la vergüenza.

Que me enseñes a leer, Pepa.

Que la enseñe a leer. Esto no me lo esperaba. Mi cuerpo se adelanta hacia la mesa y contengo la mano que querría tocarla, la dirijo al vaso de agua, doy un trago. He visto en una pared del local de Pasión Nails muchos diplomas con los nombres de las tres, que indican los cursos profesionales que han hecho y continúan haciendo. Yo los había señalado el otro día, al ir a pagar: vaya, tenéis un montón de diplomas. Hortensia me respondió que las tres se lo curraban para aprender bien su oficio y seguían formándose porque no dejan de aparecer técnicas nuevas para manos y pies, y hay que estar al día.

Desde el principio vi que Fani tenía algo diferente, sabía expresarse mejor que las otras dos, tan desenvuelta que no pude imaginarla analfabeta. Ya intuía que ninguna de ellas era de lectura diaria, pero no esperaba lo que me está contando ahora: lee lo justo y por los pelos, no es capaz de acabar nada, se obliga a leer los titulares y algunas noticias del periódico local y de las revistas del corazón, y eso sí lo comprende, pero necesita media hora para comprender una página de cualquier libro, dice, hasta de los libros infantiles que les regala a sus sobrinos, los dos hijos de la Caro, que ya leen mejor que ellas dos juntas. Su sobrino mayor, el Christian, de ocho años, que en la escuela es un crack, se rio el otro día cuando la oyó leer,

y a ella le dio mucha vergüenza. Dice que cuando se monta en el tren de cercanías para ir a algún curso, observa y admira mucho a la gente que viaja leyendo. Poder concentrarse allí, con tanto movimiento alrededor, ir pasando una página después de otra y otra y otra y entendiéndolo todo, ¡todo!

Habla Fani como si aquello fuera una heroicidad imposible para ella. No digo nada. La dejo continuar. A mí me encanta pensar que a lo mejor podría yo hacer eso algún día, Pepa, leer así, seguido, sabes, como si yo estuviera hablando sola con ese libro, porque ese libro me habla y yo sé escucharlo. Poder comprender las frases a la primera, yo qué sé, y también me gustaría, algún día… Otra vez calla y a mí me come la impaciencia por saber qué le gustaría también, pero permanezco pasiva, sin hablar.

Me gustaría a lo mejor, algún día, poder leerme yo sola, sin ayuda de nadie, esa novela que tú has escrito.

Desmesura

Me embelesa el contraste de mis uñas amarillas con las teclas negras del ordenador. La familia me mira como a una bicha rara. Las mujeres de Pasión Nails acompañan, sin saberlo, la evolución de las uñas en el teclado. Delante de la pantalla pienso en ellas. Delante de ellas pienso en los meandros de esta escritura urgente, que reclama una casa silenciosa. Delante de la familia perfecciono la habilidad de trasladarme a otro sitio mientras me hablan. Secretamente escribo aunque no escriba, por eso a veces los miro desde lejos o respondo bruscamente ante sus interrupciones, con la cabeza en otra parte.

He visto cosas que vosotras no creeríais, niñas de doce años introduciendo sus manos en secadores de uñas como naves espaciales de más allá de Orión. Se cuelan en mi mutismo con esa naturalidad que otra vez me divide la vida en dos mitades. Desmesura. Por las uñas lacadas entra y se escapa la vida. El amarillo imprime energía a una escritura que ahora, desde Pasión Nails, otra vez coge fuerza, descompone las horas en unidades de medida más largas o más cortas según mi caprichosa percepción del tiempo. Escribir para qué. Hace tiempo que no me lo pregunto, sencillamente lo hago, sigo escribiendo. El verano feroz llega en olas de fuego que me empujan al agua. Bajo cuando sé que hay poca gente en la piscina, a las tres o a las cuatro de la tarde, nado con lentitud, mis manos como remos amarillos se abren paso en el agua clorada mientras pienso en mi última visita a Pasión Nails.

La niña de doce años llegó de la mano de una abuela joven y obesa que dijo: la Gisela, que se ha empeñado en pintarse las uñas y con tal de no oírla más, con lo machacona que es... Pero porque la madre la ha dejado, que yo por mí no la traería tan pronto. La niña, erguida, balanceaba su coleta y se sentaba

frente a Conso con total convencimiento. No le vayáis a hacer nada muy escandaloso, ¿eh? Que sean cortas y de un solo color, ordenó la abuela, quien lucía largas uñas de gel rojo pasión rematadas con una piedra brillante cada una. Pero Gisela venía dispuesta a negociar eso y explicó que su madre le había dicho que escogiera los colores que quisiera, menos rojos y negros. Al final acordaron que podrían ser de colores diferentes siempre que fueran muy cortitas. La niña eligió naranjas, amarillos claros y dorados, y extendió sus manos como si no fuera la primera vez, con gestos mil veces observados en su madre y su abuela, mientras canturreaba la canción de Rosalía que sonaba en la radio. *Malamente, tra tra…* ¡Mira qué buen gusto tiene la Gisela!, rio Conso con los botes elegidos puestos ya sobre la mesa, y comenzó a lijar delicadamente las uñas de la niña. Tendrá muy buen gusto, pero verás cuando el padre se dé cuenta, porque mi nuera me ha dicho que no le diga nada a mi hijo todavía, y yo no digo nada, pero a mi Adrián lo conozco mejor que nadie y ya verás la que lía cuando la vea.

No voy a perder ni un minuto en volver a pensarte… Toma que toma… Malamente… seguían cantando Gisela y Rosalía.

Y qué va a hacer tu Adrián, ¡ni que fuera la primera niña del barrio que viene a hacerse las uñas!, exclamó Hortensia desde el mostrador. ¿Lo ves, abuela?, decía Gisela con los ojos muy abiertos, escudada en la defensa de Hortensia, siempre dispuesta a captar nuevas clientas sin reparar en su edad. Mientras tanto yo aspiraba los vapores venenosos que llegaban al escay, imaginando un mundo de niñas con manicuras perfectas y eligiendo en silencio posibles voces narrativas para contarlo, como quien escribe en una especie de clandestinidad. Quién no se ha pintado las uñas de niña, también yo alguna vez, y jugando con mi hija se las he pintado a ella. Utilizar los esmaltes de la madre como un juego que dura unas horas o unos pocos días. Pero esto era otro asunto, tan duro y volátil como la acetona, cuyos porqués se me escapaban. Tendría que entrar la escritura en esos porqués, encadenar en palabras esos hilos volátiles que se perdían en el aire ante nuestras narices pasmadas. Tendría que esforzarse la escritura por desvelar el

sentido de empezar a los doce años este ciclo cerrado en el que es fácil entrar pero del que sería más difícil salir, pues ninguna de estas mujeres parece dispuesta a volver a las manos desnudas y naturales después de haberse visto con esas extensiones que alargan sus dedos y dejan agresivas estelas de colores allá por donde se mueven. Qué clase de poder conferirá eso. Tenía que escribir para averiguarlo, pensar en ello, hacer preguntas cuando me atreviera a hacerlas. Sentada frente a ellas me venía a la cabeza, además de los peligros tóxicos, la sexualización de las niñas, cada vez menos oculta, más agresiva y visible en todas partes. *Malamente, mu mal mu mal mu mal,* cantaba Gisela casi bailando en la silla pero con las manos debidamente extendidas, cada dedo en su lugar. Volví a mirar de reojo las uñas de su abuela, que no perdía detalle del proceso de manicura de la nieta. Siempre me he preguntado cómo podrán hacer las tareas domésticas o cualquier otra tarea con esas garras afiladas. Se lo comenté a Fani cuando me aplicaba más tarde el amarillo pollito que vendría a teñir mis días veraniegos. Ella, con su manicura francesa de uñas no muy largas, cuadraditas, diferente a las otras, discreta como la melena larga que lleva bien cepillada y recogida en una coleta tirante cuando está trabajando.

Uy, no sabes tú lo bien que se manejan las clientas con las uñas, con decirte que el otro día una de ellas enfoscó una pared sin que se le saltara ni un cachito de esmalte… ¡Todavía no me explico cómo pudo hacer eso! ¿Enfoscar una pared con esas uñas imposibles? Aquello me hizo reír y Fani se rio conmigo. ¿Te imaginas? Ja,ja,ja… ¿Pero cómo lo hizo? ¡No me lo puedo ni imaginar! Como tampoco me imaginaba el sencillo hecho de cambiar pañales y lavar a sus bebés armadas de esas uñas kilométricas, tareas mil veces realizadas por mí, en mis años de madre de bebés, con mis uñas desnudas y cortas de toda la vida.

He decidido ya que daré clases a Fani, pero no se lo he dicho a nadie todavía. Antes que nada debo asimilarlo y preparar la logística. Tendrá que ser en mi salón, pues no dispongo de despacho, escritorio ni nada que se le parezca. Tendré que avisar para que nadie entre allí cuando esté a solas

con Fani, reservar previamente el aislamiento que reservo también para escribir cuando el resto de la familia no duerme. Lograr verme allí con ella como en una prolongación natural e intimista del otro salón bullicioso, poblado a todas horas de mujeres.

Al mirarme las uñas ahora, mi hija sigue alternando entre una desconfianza imprecisa y el creciente desconcierto ante los colores elegidos. Creo que el amarillo pollito desquiciado ha sido demasiado para ella. Repitió al verlas: ¡mamá, por favor! Y, aunque esta vez tampoco añadió más información, su sorpresa fue expresiva: tuvo que hacer esfuerzos para no reírse. De mí, del amarillo, vete a saber de qué.

Si quieres algún día puedes acompañarme a Pasión Nails, le ofrecí la otra tarde con inseguridad cuando en su habitación se pintaba a sí misma las uñas de color blanco. Después me pregunté por qué lo hice. Recordé cuando de niña iba con su padre para recogerme a la salida del trabajo y veía a las mujeres gitanas del polígono. Yo solía llegar y salir en autobús de ese barrio de entonces, pero a veces le pedía a Job que fuera a recogerme en coche por la tarde, a la hora en que finalizaban los talleres con las mujeres, y que trajese a la niña. Cuando ellas estaban guardando sus lápices en los estuches que habíamos conseguido con el escaso presupuesto de aquel proyecto de alfabetización, la niña entraba y era recibida con alborozo, seis o siete años tendría entonces y era rubia como las candelas, decía siempre Dolores, la que más fiesta le hacía. Y se llama Candela, mira qué casualidad, le decía yo a Dolores, ensimismada en esa imagen metafórica de pelo ardiente que no tuvimos en cuenta al elegir el nombre de la niña.

¡Ay, qué rubita la Candeli!

Candela, el primer día, puso cara de sorpresa ante aquellas mujeres que vestían prendas de invierno combinadas con otras de verano, calzaban zapatillas de andar por casa, no tenían lavabos ni duchas, hablaban raro y le enseñaban los dibujos y las palabras escritas que acababan de hacer. Era su primer contacto con mujeres que estaban aprendiendo a escribir, algo nunca visto por ella antes. Yo estaba convencida de que esos encuentros serían más provechosos para la niña que toda la

agenda de posibles actividades extraescolares con las que ni su padre ni yo quisimos atosigarla, como tampoco habíamos atosigado a su hermano, doce años antes. Tanto a Job como a mí nos parecía bueno aquel conocimiento que no le ofrecería ninguna escuela.

La primera vez, en el coche, quise romper con algún comentario el silencio incómodo en que regresábamos a casa. Por eso dije: ¿has visto, Candela? Son como niñas de tu edad, con sus estuches y cuadernos nuevos, las cartillas de escritura y los lápices. Creo que acompañé aquello con una sonrisa que sentí completamente fuera de lugar cuando ella, seria, me respondió: no, mamá, no son como niñas, son mujeres pobres que no saben leer ni escribir. Su respuesta me hizo enmudecer y se me quedó grabada. Tal vez haya sido también el resorte que me ha hecho invitarla a una próxima inmersión periférica.

Esos trabajos regresan, agregando a mis nuevas incursiones aquellas escenas que continúan frescas en mi memoria, otra vez novata en barrios duros pero ahora sin libros de referencia, dejándome llevar por mis evoluciones de clienta que acude para ser tuneada. Advierto que el asfalto aún guarda huellas débiles de la bibliografía que usé para investigar sobre el empleo en las mujeres de barrios o de asentamientos chabolistas cercanos. Buscábamos conocer los principales obstáculos que encontraban para conseguir un trabajo digno. *La ecología del desarrollo humano,* de Urie Bronfenbrenner —al que para mis adentros comencé a llamar, familiarmente, Uri—, era un referente teórico para diseñar programas y realizar proyectos con población en riesgo de exclusión social. Desarrollo personal, microsistema, mesosistema, exosistema, macrosistema. Cada vida quedaba recogida en un gráfico de círculos concéntricos, imágenes sencillas que pretendían captar la complejidad de relaciones que nos conforman. Los entornos, los ambientes ecológicos. Tenía bien asimilada esa teoría, igual de útil para explicar el crecimiento de una niña como las vicisitudes de una mujer de mediana edad que está aprendiendo a escribir y a conocer a otras diferentes. Aquel libro recogía cómo los grupos sociales influyen en las personas

y estas, a su vez, pueden influir en los grupos. Las redes personales que se tejen dentro y entre los sistemas tienen poder suficiente para aumentar o restringir las oportunidades individuales. Algunas mujeres eran la imagen viva no ya del riesgo sino de la pura y dura exclusión social, el resultado de hasta qué punto podían hacer aguas esos sistemas nunca cerrados del todo, permeables, entre los que crece y se desarrolla cualquier ser humano. Los teníamos en cuenta para diseñar proyectos que aumentaran sus posibilidades de inclusión, trabajo y crecimiento personal. Debíamos fomentar el asociacionismo entre mujeres, hacer que se conocieran y congeniaran en un mismo espacio las que sufrían diferentes grados de exclusión con otras que no estaban excluidas. Fue una de las conclusiones de aquel trabajo, que no para de dar vueltas en mi cabeza y se va asentando en la escritura presentida cuando observo en el salón de manicura las evoluciones de estas madres jóvenes que piensan en la honra, los patrones estéticos que las gobiernan, la iniciación de las niñas a un universo de belleza asfixiante.

> Ninguna sociedad puede mantenerse durante mucho tiempo si sus miembros no han adquirido las sensibilidades, las motivaciones y las habilidades necesarias para ayudar y cuidar a otros seres humanos.

Amor, cuidados, personas que se conocen y entran a compartir espacios, vida. Al alimentar esos breves encuentros entre mi familia y las mujeres analfabetas de las chabolas yo intentaba romper las líneas continuas de los gráficos, hacerlas permeables ayudando a tejer nuevos lazos y redes de apoyo capaces de traspasar toda frontera posible, de hacer caer los muros de silencio que nos separaban. Provocar cambios en ellas pero también en mi familia, en mí. Se trataba de que el conocimiento que estaba entrando en mi vida también entrase en las suyas con naturalidad. Lo de llevar a la familia no era algo que hicieran mis compañeras. Todavía era impensable vencer los muros físicos, acudir yo a sus casas o ellas a la mía. Tabúes metodológicos que nunca me había sido posible sortear. Ahora sí puedo permitirme el lujo: estoy en posición

de abrir mi casa a Fani. Ella me lo ha pedido y yo, clienta desempleada, me lo puedo permitir. A las mujeres del polígono parecía agradarles la ligereza de esos encuentros casuales. ¿Hoy no trae tu *marío* a la niña?, me preguntaban a veces. No acompañé aquello con discursitos teóricos ante ellas ni ante mi familia. En vez de explicar la teoría ecológica que estábamos manejando, elegí la sencillez de los hechos. Os presento a mi marido y a mi hija… Me gustaba pensar que aquellos encuentros se abrirían camino en la memoria de esas mujeres, traerían cercanías nuevas, podrían provocar cambios. Sí, yo también soy madre y aunque lleve el pelo corto soy heterosexual, pero tampoco pasaría nada si me gustaran más las mujeres que los hombres. A ver si os vais quitando de una puñetera vez esas ideas raras de la cabeza. Lo que se piensa y no se dice. Lo que no se dice pero se demuestra.

El círculo central y más pequeño, microsistema, es la familia, núcleo de fuego, magma original que aparece ante mí como en una olla a presión donde se cuecen a altas temperaturas los mismos conflictos que tienen lugar fuera, en el resto de los sistemas. El hogar, como la novela-bolsa, contiene todo aquello que se mueve en su exterior, demasiados asuntos en un espacio exiguo sometido a presiones que hacen que colisionemos contra sus paredes una y otra vez, como garbanzos dentro de una olla. Ahora en casa, otra vez esposa y madre a tiempo completo, estaban ellas conmigo mientras en apariencia yo seguía siendo una sola mujer con su actividad de siempre, sin que mi hija ni mi marido fueran capaces de reparar en todas las mujeres que habían empezado a acompañarme a todas horas, llevándome al hogar el salón de manicura, el barrio entero a la casa, los esmaltes de colores a la escritura hirviente e invisible que comenzaba a llenarme los días.

Un bebé necesita que al menos una persona esté loca por él, se leía en el libro de Uri. Sabíamos que las mujeres de las chabolas no habían tenido a nadie tan pendiente de ellas en la infancia, no habían recibido ese amor que hace que alguien esté loca o loco por un bebé. Sin que les hubieran dado eso tenían, en realidad, muy poco que ofrecer a sus propios bebés,

pues ni siquiera vivían en casas con techos y suelos. Debía de ser dolorosa esa intemperie, y sin embargo ellas no perdían la alegría. Mujeres carentes de toda clase de abrigo desde su nacimiento. Había piezas que no encajaban bien en mi cabeza, pues todavía creía que un programa social podría hacer milagros sin que los sistemas de aquel gráfico cambiaran, sin que todo el sistema saltara en pedazos e hiciera aguas de una vez.

Ahora que he comenzado a fijarme por vez primera en las uñas de las otras, las de fuera del barrio, a veces establezco correlatos entre los tipos de manicura y la clase social, la edad y hasta el nivel de estudios. Cuanto menor ese nivel, más largas las uñas y más deslumbrantes los colores fijados permanentemente durante poco menos de un ciclo lunar, esos plazos que las hacen acudir cada mes a Pasión Nails para afilar sus garras ante el mundo. Uñas desmesuradas frente a las uñas discretas o desnudas de mujeres parecidas a mí antes de que Pasión Nails entrase en mi vida, oscilante de nuevo entre un antes y un después, mecida por el brusco vaivén de los extremos, intentando guardar el equilibrio para no salir despedida más allá de los márgenes. Por todas partes han proliferado en estos años salones de uñas ante los que he pasado sin reparar en ellos. Ahora me fijo más en los del centro. Por sus precios, supongo que se detienen más en esos masajes que a las clientas de Pasión Nails nos son negados. Tengo compañeras de trabajos anteriores que se hacen manicuras francesas como la de Fani, se dan colores discretos en manos y pies o sencillamente no llevan nada, como yo antes de todo. Mis canas han seguido creciendo a su ritmo. Son tal vez las más radicales que se ven en el salón de uñas y en las entrevistas de trabajo de técnicas de mi edad, casi todas ellas teñidas discretamente, clientas habituales de las peluquerías, diferencias epidérmicas entre mujeres que respiramos, cuidamos y sostenemos, dentro y fuera del barrio, pesados cielos que amenazan con caer cualquier día sobre nuestras cabezas teñidas o sin teñir.

Después de cinco años trabajando en el polígono, empezaron a menguar los presupuestos del Fondo Social Europeo para los «territorios» o las «zonas con necesidades de transformación social». Así las llamábamos, como si sus habitantes fueran indígenas o salvajes en el primer caso, o bien clientes de los servicios sociales a tiempo completo, en el segundo. «Clientes». Así dictaron desde la Unión Europea que había que llamar a las mujeres y hombres que acudían en busca de ayuda a los dispositivos de empleo y formación. Al poco de terminar los cursos con las mujeres chabolistas, el ayuntamiento publicó mi estudio sobre la investigación realizada con ellas y con otras mujeres de los barrios adyacentes, y no hubo más contratos para mí en aquella ONG.

Me fui conociendo los mandatos que regían en la zona, la manera en que tenía lugar el sometimiento a esos mandatos, la realidad de las jóvenes embarazadas, quienes iban demasiado pronto a la maternidad sin que eso implicara ir al matrimonio, tantas de ellas abandonadas por los novios cuando avanzaban los embarazos. Salí de allí cuestionando el argot técnico. Por qué hablar, después de todo, de familias desestructuradas, cuando en realidad se trataba de que allí, en ese universo de redes homogéneas, demasiado cerradas, las familias se estructuraban así, en torno a convivencias muy estrechas y abandonos de toda clase, con padres y maridos cumpliendo condena en prisión, bebiendo o bien trabajando duramente. Padres y abuelos jóvenes cuyas familias pocas veces respondían a los patrones que parecían regir en el mundo que había fuera, donde vivíamos nosotras, las orientadoras laborales, las educadoras de calle, las trabajadoras sociales, las sociólogas.

Por eso creo conocer las convivencias desestructuradas de las clientas de Pasión Nails. Imagino los hacinamientos: pisos rebosantes de gente donde los novios se llevan a vivir a las novias cuando quedan embarazadas, ignorando o cumpliendo los ritos matrimoniales que haya que cumplir, donde cohabitan varias generaciones, y las abuelas con hijos todavía menores dan cobijo a la nuera y a la nieta o al nieto que acaban de llegar. Mucho me habían hablado en las reuniones grupales del

rito del pañuelo, pero a veces había que saltarse ese rito y ni siquiera llegaban al matrimonio, antes se escapaban, se unían sin rito alguno, por haberse ya acostado y por el hilo incierto de los hijos en camino, maternidades espontáneas, nunca planificadas. Todavía no se había impuesto la moda de las uñas afiladas que ahora vienen a desgarrar ante mis ojos los velos opacos que ocultan estos mundos paralelos, mientras sigo avanzando por la vida con las canas al aire pero dejo que penetren sustancias por otras partes del cuerpo, las yemas de los dedos, la uña viva que absorbe. Y para colmo le planteo a mi hija, sin pensarlo dos veces, si le apetece acompañarme al barrio en una próxima cita, acaso por meterla de nuevo en estos mundos lejanos de los que apenas nos separan ahora una vía de tren y un parque, por acercarla a esas chicas a las que ella y sus amigas despectivamente llaman *canis,* las que no estudiarán más allá de la ESO, si es que llegan, las que pronto serán madres y piensan todavía en honras que entregar a sus familias.

No es lo mismo esta vez. Ella ya no es una niña ni yo una socióloga que investiga a las otras. Soy una clienta. En ocasiones me gustaría intervenir, pero no puedo. En ocasiones me gustaría opinar, pero no opino. Intervenir, mediar, ese lenguaje técnico que rechazo porque quiénes somos para intervenir desde nuestros puestos técnicos en otras vidas, a qué altura creemos estar situadas para llamarlo así, qué habría hecho yo si una desconocida hubiera querido intervenir en cualquier aspecto de mi vida, el de adolescente sin corsés, el de licenciada universitaria que abandona sus expectativas laborales para dar la teta a demanda y ser madre y escritora caótica a tiempo completo, el de mujer profesional con un pie siempre fuera de ese mercado de trabajo al que ha llegado tarde, un pie atado a la pata de la cama mientras por temporadas pretende intervenir en las vidas de otras.

Ahora, con la inseguridad que me provoca el alejamiento del campo laboral causado por el paro, ni siquiera me atrevo a una intervención leve, a intentar, conversando, que una niña y su abuela se planteen que es demasiado pronto para entrar en una espiral estética cuya toxicidad podría dañar sus manos

infantiles, encadenándola. Me sienta mal estar atenazada de este modo. He leído acerca de terribles alergias. Qué hago entonces planteando a mi hija que me acompañe. Dejé caer la propuesta insegura, sin entusiasmo alguno. Tal vez fueron esa falta de entusiasmo y esas dudas que atisba en mí las que la llevaron, en su ejercicio natural de llevarme la contraria, a decir que sí, que me acompañaría la próxima vez a Pasión Nails.

Mientras tanto, cargando con la duda de si habrá sido acertada esa propuesta, recorro al trote calles centrales y periféricas con los labios pintados, la cabeza libre de tinturas y las uñas cubiertas de laca azul eléctrico o amarillo pollito, otra vez alejándome de lo que secretamente se espera de mí, entregada a la intemperie, vagabunda en la ciudad.

Interdependencia

El verano amarillo interminable, el verano estancado, empantanado, las uñas tecleando a contraluz, abriéndose camino o naufragando en aguas detenidas, jabonosas: suelos, cubiertos, cristales, vasos, platos que quiebran su coraza lacada en el intento, cediendo a las inercias del desorden corriente, la *caló* arrasadora del verano sin escape posible, las noches de verano, sus lunas amarillas a juego con mis dedos. La vida rodeada de testigos. Siempre hay alguien que observa desde cerca lo que haces, que acecha y pone a prueba tus nervios sin pretenderlo.

Ha terminado un ciclo, me he cortado las uñas, sus mitades se miran y no se reconocen, media uña nueva, desnuda, coronada por otra todavía de amarillo pollito desquiciado, sin disolución doméstica posible. ¿Qué estás leyendo? A veces una pregunta como esta, enunciada sin malicia por cualquier familiar cuando tengo un libro en las manos, es capaz de sacarme de quicio.

El otro día me arranqué sin darme cuenta la laca amarilla que quedaba en el pulgar de la mano derecha mientras discutía con el santo Job. Ni me acuerdo ya de por qué discutíamos. Me di cuenta más tarde, cuando observé los restos como de pegamento seco que quedaron adheridos a la uña y pronto se irían desgastando bajo las aguas cotidianas. Discusiones de pareja de larga duración sin solución doméstica posible. A lo mejor necesitas un hombre más joven, recuerdo que me dijo, con tranquilidad irritante, para finalizar esa discusión. Y no era la primera vez que lo decía. Un amante joven, venga, te animo a que lo hagas. A ver si así dejas de estar histérica, dijo Job, rematando con esa frase grave la bronca insustancial.

El santo Job dándome su permiso para tener nada menos que un amante, nada menos que más joven. No me quedó claro

si más joven que él o más joven también que yo. El paciente varón, el justo tratado de manera injusta, lejos de vislumbrar mi necesidad sencilla de soledad y silencio sugiere otro hombre, y con él serían dos los hombres en mi vida, pues no parece dispuesto a ser sustituido sino a conservar su estatus mientras otro se suma a contrariar mi sosiego. Qué necesidad tiene de estropearlo todo dándome permiso para tener un amante. Lo que me faltaba. Qué le lleva a pensar que necesito eso y también, sobre todo, por qué necesitaría yo su permiso para hacerlo. ¿No ve que con propuestas como esa se cae del pedestal donde a veces lo tengo subido por ser un varón casi despojado de egocentrismo, un raro ejemplar heterosexual? A veces me dan ganas de hablar con estilo bíblico. Ni amantes ni esposos quiero. Esposarme a nadie quiero. Suficiente con estar esposada al santo Job,

> el hombre, nacido de mujer, corto de días y harto de inquietudes…

Y no es el primero que lo propone. Ya lo ha hecho alguna amiga, alguna prima, alguna hermana, a media voz, en conversaciones nocturnas durante crisis de pareja que, como las otras, son cíclicas. Un tío más joven y que a lo mejor escriba, como tú… Eso dicen. Solo faltaba que además el amante hipotético escribiera, como si con lo mío no tuviera yo bastante, pienso mientras las miro a ellas o a Job con absoluto y sincero desconcierto. El que me provoca imaginarme con un hombre que escriba, envanecido si es que triunfa o sujeto a crisis de escritor amargado si naufraga en el intento, o ambas cosas a la vez, un escritor ciclotímico de ego desmesurado que completaría todas esas ficciones amorosas que no me pertenecen. Si alguien me pidiera opinión, elegiría mejor a un obrero del metal sin retorcimientos, honesto, sencillo. Lo que ya tengo. Músicos aficionados, técnicos de sonido, obreros del metal. Me pregunto por qué nadie es capaz de imaginarme sin un hombre cerca, cuando lo único que quiero es estar sola, introducir quietud en mi verano de colores desquiciados. Anhelo una independencia como la del hijo primogénito que a veces nos visita, el emancipado, el independiente, como dice la

gente que nos rodea. Asumida y celebrada ya aquella declaración de autosuficiencia, superados los síndromes de nidos medio vacíos que anuncia a bombo y platillo toda esa psicología barata de usar y tirar que nos acosa sin solución, es ahora cuando me reconozco más interdependiente que nunca. Avanzo con brazadas lentas en el agua, los ojos casi cerrados. ¿Buscar soledad es lo mismo que aspirar a la emancipación total? ¿Querría de verdad estar sola mucho tiempo? Las fantasías jóvenes de autosuficiencia tardan en caer y deshacerse a nuestros pies. Nos damos cuenta tarde de que han ido cayendo con cada paso dado hacia el deseo cerril de independencia. De qué se trata entonces, ¿de tener una nómina? Porque para emprender negocios parece que no valgo. Intento no pensar mientras nado torpemente en la piscina comunitaria, concentrada en acompasar el movimiento de brazos y piernas que dejan, a su paso, ondas amarillas. En el mar de dudas cloradas se me aparece el fantasma del individualismo como la pintura de uñas permanente: una cáscara dura que por fuerza, con el uso, se acabará agrietando. Como si tuviera necesidad de definirme, de etiquetarme. Uñas lacadas, laceradas. Cuántas veces yo misma he explicado ante un grupo de mujeres que lo más importante es conseguir independencia. La independencia económica como arma defensiva. Me pregunto por qué no celebrar también las buenas dependencias, esa clase de lazos que acrecientan nuestra fuerza individual y traen calor al frío del aislamiento.

El mismo día de la visita indeseada de Alberto a Pasión Nails, llegaron otros dos hombres poco después de irse él. El más joven, que aparentaba poco más de veinte años y vestía gorra, chándal flamante y zapatillas Nike, venía empujando un carrito con bebé dentro. El otro rondaría los cuarenta y calzaba zapatillas oscuras de la misma marca, vestía vaqueros y camiseta y venía con su hijo de la mano, un niño de unos diez años que portaba una *tablet* y era el tío carnal, como supe muy pronto, de la bebé que, protegida por su escolta de cuidadores, también calzaba diminutas zapatillas Nike, agitaba los brazos y nos miraba a todas con sus ojos oscuros, de pestañas espesas.

El marido y el yerno de Hortensia saludaron con prisa y preguntaron: ¿dónde está?

Ya se ha ido, contestó Fani con cierto fastidio y sin mirarlos, quizá porque no quería tener que explicar de nuevo, ahora que ya había llorado sobre mi hombro en la puerta y su ánimo se había calmado. Yo estaba con la mano derecha recién terminada y metida en el secador galáctico, que emitía su luz led sobre el esmalte amarillo mientras ella se afanaba en terminar de pintarme las uñas de la mano izquierda. Los hombres se acercaron a Hortensia y estuvieron hablando en voz baja con ella, mientras las clientas que esperaban se acercaban al carrito y hacían comentarios festivos sobre lo linda y lo gordita que estaba la nieta de Hortensia. Hay que ver cómo crecen…, me la como…, qué hermosura…

Las nietas son tormentas de verano, había dicho la mujer que llevó a la suya para que viera cómo le hacían la manicura. Tormentas de verano. Anoté mentalmente esa metáfora. Imaginé sus cuarenta veranos en el asfalto recalentado, donde lo mejor que podía pasar era la lluvia, una tormenta feroz que rasgase la calima que aplastaba los bloques polvorientos de protección oficial, los tendederos repletos de ropa bajo las ventanas exteriores.

Nada, ya está, ya pasó, se oyó decir a Hortensia en voz alta, intentando proteger a su empleada. El marido le pidió que le dijera al Alberto de su parte que no viniera más por aquí. Que mira que no le hemos dado una paliza todavía, pero se la está buscando y tú lo sabes, Fani. ¿Pero es que te crees que no se lo he dicho ya, Juanlu?, respondió Fani con un genio impensado, a la defensiva, como si le estuviera hablando al propio Alberto y sin soltar mi mano, donde estaba terminando de rellenar de amarillo la uña del dedo meñique.

Fani y yo nos habíamos dado en la cafetería del centro nuestros números de teléfono, y para comprobarlos cruzamos allí mismo, antes de levantarnos de la mesa, dos mensajes de WhatsApp. Mi foto de perfil era la portada de mi novela. La suya, ella y su novio dándose un morreo. En Pasión Nails me llamaban la Pepi desde el primer día. Puede que eso reforzara

la sensación confusa de estar en un lugar ya conocido, pues también mi madre me llama Pepi. Menos Fani, que me llama desde el principio sin el diminutivo, como yo me presenté. Pepa. Puse yo el primer mensaje: *Hola, Fani. Soy Pepa y ya tengo tu número. ¿De verdad quieres aprender a leer mejor? Porque leer ya sabes. ¿Lo sabes?* Añadí emoticonos de carita sonriente, una margarita, libros y un corazón violeta. Aquello la hizo reír. Era su turno ahora. *Ola k ase Pepa si haber si tu puedes enseñarme a leer en condisione,* escribió con gesto reconcentrado. Parecía una llamada de socorro. Lo leí en mi pantalla, nos miramos, casi sonreímos. Comprendí la angustia que le producía su analfabetismo funcional. Vergüenza, había dicho ella, explicando que a su novio le manda casi siempre mensajes de audio porque es más cómodo, pero también para disimular lo mal que escribe. Así que mucho audio y mucho emoticono y con eso voy tirando sin que los que escriben bien se den mucha cuenta, ¿me entiendes? De sobra sé que escribir mal es poco sexi, Pepa, dijo Fani, y yo supe que iba a saltarme una vez más todo aquello que había aprendido acerca de no mezclarnos ni incluir en nuestras vidas a las personas con quienes trabajamos. En el barrio era una clienta más de Pasión Nails, nunca una trabajadora. La identidad como una uña descascarillada. Cuántas veces me había quedado con ganas de poder ir más allá con algunas mujeres, intentando encuentros fuera de aquellos espacios profesionales a los que nos restringíamos. Ya lo hice cuando Job y Candela iban a recogerme al local de la ONG, llevando a mi familia al *territorio*. Por qué frenarme ahora que solo soy una clienta más.

Fani había dicho, en el desayuno compartido, que la primera vez que me vio le recordé a la mujer que daba clases a personas adultas en un local del ayuntamiento cercano al barrio. No es que me pareciera físicamente a esa mujer, sino que para Fani teníamos un aire parecido. Eso dijo, un aire, y con aire no podía saberse bien a qué se refería, pues ni ella misma, dijo, sabría explicarlo. Una afinidad inconcreta que ella detectaba entre la profesora de la escuela de personas adultas y yo. Ese aire que vio Fani no tenía mucho que ver con lo externo: era el aire denso del trabajo social que parece rodear

a quienes nos dedicamos a trabajar con personas, aire fangoso o purificador, estancado o dinámico, del que entramos y salimos unas veces confortadas, otras hundidas, siempre modificadas. Ella llevaba tiempo queriendo asistir a esa escuela pero las clases eran por la tarde y no podía compatibilizar aquello con su horario laboral. Refugiarme en mi condición de clienta, romper desde esa identidad dudosa los límites que nos constriñen en la idea de no necesitar a nadie más, sin saber dar la vuelta a las verdades manidas, llegando tarde a comprender que apenas somos nada sin las otras, como si llevara tiempo, años, vencer la ceguera y las inercias de esa independencia que no parece conducirnos a lugares que merezcan la pena. Le dije a Fani que, ahora que estaba en paro, podría darle una clase semanal en mi casa, por la mañana, si le parecía bien. Su alegría fue inmediata, los ojos muy abiertos. Le vendría bien los lunes a las once, dijo sin dudar, como si ya lo tuviera calculado. Cuando nos despedimos, me abrazó y me pidió que no contara nada de esto a las otras. Regresé a casa empujada por un temblor fácil de reconocer porque ya me había agitado antes, no una vez sino muchas, en aquel otro mundo de mujer que trabajaba con otras, al que hago lo posible por regresar.

Aquella misma tarde llamé a mi amiga Marisa, una de las pedagogas de la ONG del primer barrio, que seguía trabajando allí. Tenía que hablar con ella, dije sin añadir detalles. Llevamos tiempo sin vernos, ya nos toca. Estaba de vacaciones, la invité a casa a cenar y quedamos para la noche siguiente. Job estaba trabajando fuera y tardaría unos días en volver. Me esmeré toda la tarde en cocinar para la cena una ensalada de chocos asados, picadillo de huevas y aliño de gambas, porque ella no come carne. Dejé todo en recipientes de cristal cerrados dentro del frigorífico, donde también metí a enfriar algunos botellines de cerveza y una botella de vino blanco. Cenaríamos arriba, en la azotea. A las ocho de la tarde comencé la ascensión para preparar la mesa con un mantel de flores, subir copas para el vino, vasos para el agua, regar las macetas y refrescar el suelo de barro del tejado de la casa. Olor húmedo de jazmines, platos de loza negra, bolsas de hielo, nevera de playa. Recojo la manguera, miro cómo se escurre el agua por el

sumidero, enseñar a leer a Fani, el suelo de barro como un espejo poroso que se bebe la última luz del día. Meter en casa a Fani. Considerarme ahora responsable y a la vez dependiente de Fani, con temor a defraudarla o a frivolizar su rémora. Iba organizando esa cena de manera automática, subía y bajaba escaleras sin dejar de pensar en cómo contar a mi amiga que iba a dar clases en casa a la estilista joven que trabaja en un salón periférico de manicura del que soy clienta fiel. Ya en la ducha, antes de que Marisa llegue, intento que el agua me borre la inquietud. Qué pensará… Creo que comprenderá estas derivas mías durante el año largo que llevamos sin vernos, ella está al corriente de mis últimos lances laborales, sabe de mi suspensión en el desempleo. Clienta del pastel de fresa adonde acudo tras cada ciclo lunar para lacarme las uñas con esmalte permanente, mira cómo las tengo, he entrado en este círculo acercándome por voluntad propia a la idea periférica de belleza y me dejo llevar ciegamente por los consejos de mi estilista, a quien quiero ayudar a leer mejor. Cómo hacerlo, a lo mejor puedes aconsejarme bibliografía, darme algún manual que ayude a transmitir algún conocimiento a mi flamante alumna saltándome los métodos comunes, el *mimamámemima,* los cuadernos Rubio, no sé si podré. Había pensado en ofrecerle poesía, ¿sabes? Hacerla leer en voz alta fragmentos del *Poema del cante jondo* y del *Romancero gitano,* el Lorca más popular. No, todavía no he planeado estrategias concretas, tengo miedo a fracasar en el intento, necesito tu ayuda, tu consejo, Marisa.

Mejor no planificar, dejar que la noche de verano avance con calma mientras vamos probando la cena y el vino y charlamos de otras cosas.

Marisa llega cuando está anocheciendo. Suena abajo, como un eco, el timbre de la puerta.

¿Y esas uñas?, es lo primero que dice al verme.

Lectoescritura

Avanzaba el verano y yo empezaba a odiar el amarillo que estaba obligada a ver cada vez que movía las manos o los pies. Mi hija se tomó en serio la sugerencia de acompañarme al barrio, e insistía en hacerse la pedicura con esmalte permanente. Las manos le daban un poco igual, decía, de eso ya se encargaba ella. Pero ahora, en verano, los pies… No estaría mal, mamá, me gustaría.

La primera semana de agosto llamé a Pasión Nails para intentar adelantar mi cita de septiembre, aún sabiendo que el día 15 se iban de vacaciones y ahora tenían sobrecarga. Tuve suerte: acababan de avisar dos clientas de que iban a faltar a su cita para el día siguiente a primera hora de la tarde, y Hortensia decidió meternos a nosotras. Creí notar una especie de sonrisa suya a través del teléfono, cuando supo que quería ir con mi hija. Yo me haría las manos y ella los pies. O, si había tiempo, las dos nos lo haríamos todo.

Llegamos al barrio caminando, siguiendo mi ruta habitual bajo la vía del tren, cruzando después calles normales y parque verde hasta terminar salvando la autovía. Entramos por la acera sembrada de cáscaras de pipas del kiosco, cerrado ahora. De las profundidades de la tierra sube un olor de asfalto hirviendo y neumático recalentado. Cuánto se agradecería una buena tormenta repentina, pienso sudorosa mientras señalo el local al que nos dirigimos, recordando la metáfora de las nietas como tormentas de verano, que no le cuento a Candela. Ella va escribiendo algo en su teléfono móvil, sin intención aparente de admirar el marco incomparable en el que acabamos de adentrarnos. Qué es lo mejor que puede pasar en un barrio sin piscina ni jardines en verano. La tormenta. Pero los únicos truenos aislados y furiosos que se oyen, no muy lejos, son los

tubos de escape sin silenciador como una música de fondo a cualquier hora, también en esta lorquiana, las cinco en punto de la tarde.

Allí es, le digo a mi hija, señalando la fachada rosa fucsia que relumbra bajo el sol. Candela mira hacia el pastel de fresa y avanza erguida, alineada conmigo, como si estuviera acostumbrada a frecuentar estas calles. La miro y estoy viéndola de una manera nueva, le han crecido los pechos, lleva un top sin sujetador con un pantalón vaquero cortado a la altura de las ingles, todo blanco, como sus sandalias planas. Sobre el blanco, la melena llega hasta el pantalón y proyecta reflejos rizados y rubios que son absorbidos por las paredes calientes de los bloques. No muy lejos, en la plaza desnuda de árboles que hay frente a la acera por donde caminamos, veo un grupo de chavales reunidos cerca de unos soportales, en torno a un coche tuneado con las puertas abiertas, envueltos en humo. Ellos también nos han visto y ahora nos miran, dueños de las aceras, como quien mira a alguien que ha entrado en casa ajena sin llamar. Nosotras, las intrusas. Y ellos. Nadie más por la calle en esta hora de siesta. Ahora, uno le grita algo a la niña y se lleva las manos a la entrepierna. ¡Rubia! ¡Mira! Otro comienza a silbar. Las voces se mezclan… Ven, que tengo aquí una cosa pa ti… Siembro mi cabeza de puntos suspensivos porque no quiero escuchar lo que le están gritando a mi hija. Viene un hartazgo de lejos para cansarme otra vez, como cuando era yo la que tenía diecisiete años. Como si algunas cosas no cambiaran. ¡Vente pacá, rubita!

Como si muchos hombres de toda época, edad y clase social llevaran incorporado un sensor para que ni de lejos una chica pudiera pasarles inadvertida, incapaces de guardar silencio. Soy yo la que siente ahora que alguien invade su casa. Una rabia me sube desde el estómago y comienza a entibiarme las cuerdas vocales. Es cuando, envalentonada, me paro a mirarlos ignorando sus aullidos, completamente decidida a contestar cualquier cosa a esos niñatos para sentir que la protejo, para tranquilizarme. Pero Candela, al verme parada sobre la acera hirviente, quitándome las gafas de sol, con la cara roja y la boca ya medio abierta dirigida hacia ellos, deja un momento el

teléfono, me coge del brazo y me hace avanzar más rápido. Sigue, sigue, mamá, no los mires, ni caso, dice, protegiéndome ella a mí. Comprendo que está más que acostumbrada a oír groserías, y es la primera vez que soy testigo. Ya he presenciado cómo muchos se la comen con los ojos cuando vamos juntas por la calle, casi siempre al pasar a su lado, más que en la media distancia. Me doy cuenta de que ella, a sus diecisiete, está habituada a eso, igual que tuve que estarlo yo a los míos. A pesar de todo digo, en contra de mis convicciones y sin dejar de caminar, guiado todavía mi brazo por su mano: no tendríamos que haber venido solas.

Job se había ofrecido a traernos en coche, pero me negué. Y ella, que en ningún momento ha perdido la serenidad, afirma con actitud pedagógica, como me habló a los seis años para negar que aquellas mujeres pobres fuesen como niñas: no es por ser de este barrio, mamá. Esto pasa en todas partes.

Tiene un conocimiento intuitivo, desde niña, de las mixturas sociales. Sabe de la imposibilidad de considerarlo todo en compartimentos estancos, pienso con una mezcla de nerviosismo y admiración cuando ya casi hemos alcanzado la puerta salvadora de Pasión Nails. La enseñanza que comenzó cuando la llevamos a conocer a las mujeres analfabetas que aprendían a leer y a escribir. No me da tiempo a profundizar en esta idea porque ya hemos pasado bajo la sombra protectora del naranjo más espeso, cruzamos ahora el umbral de la fachada fucsia y abrimos la puerta, entrando juntas al frescor interior de aire acondicionado que expande con energía las mil sustancias flotantes.

Las pocas mujeres que hay dentro nos miran, saludan, comentan.

Hola, qué pasa, Pepi.

¿Esta es tu hija?

¡Qué mona!

Rubia como las candelas.

Fani nos recibe con una gran sonrisa y una mirada cómplice que nadie más advierte. Sentarse ahí un ratito en el sofá, porque vendréis *acaloraítas perdías,* dice mientras lija las uñas

de Yasmina, que hoy viene sin su hija. Se ha quedado durmiendo la siesta con la abuela, responde cuando le pregunto por Yaiza. Cojo un *Pronto* de la mesa baja y me siento con Candela en el escay negro. Desde allí veo un camión aparcado en la acera de enfrente, que al entrar me había pasado inadvertido. En un rótulo encima de la cabina, se lee: Mi Yuri y mi Zulaima. Creo que es del marido de una de las clientas, que un día trajo a Yuri y a Zulaima con ella. A mi lado, ajena al magnetismo que las íes griegas y zetas parecen ejercer sobre ellas, Candela sigue alternando la mirada y la atención entre lo que sucede dentro del local y su teléfono móvil. Creo que le está contando a sus amigas dónde estamos, qué hemos venido a hacer y cómo es esto. Su capacidad de observación parece mermada por la prisa en comunicar a las otras aquello que mira y recibir respuestas inmediatas, gesticulando ante la pantalla del móvil. Fani y ella se conocieron en casa la otra mañana y se saludaron con ligereza y poca curiosidad, sin cruzar más palabras que las justas. Y qué esperaba yo. Ni siquiera recuerdo si esperaba algo de ese encuentro. Me limité a percibirlo con ligereza también, preocupada como estaba en procurar a Fani toda la confianza posible para nuestra primera sesión de lectoescritura, de la que las otras no deben saber.

Llegó a casa por primera vez el tercer lunes de julio por la mañana, conduciendo su propio coche, después de haberle enviado yo la localización, como Candela me había enseñado. Traía un cuaderno y un estuche pequeño con bolígrafos, todo recién comprado. Job le abrió la puerta, los presenté, se saludaron dándose la mano. También le presenté a Candela, que salía de la cocina. Enseguida le pedí a Fani que me acompañara al salón. Cerré la puerta para conseguir algo de intimidad entre nosotras. Cuánto libro, Pepa, ¿todo esto te has leído?, dijo Fani mirando alrededor, sin esperar respuesta. Me había comentado Marisa, en la cena, que no se le ocurría bibliografía que recomendarme para un caso como este, porque además la chica no era analfabeta total, así que yo tendría que ir improvisando, contarlo después por escrito y de

ese modo ir creando yo misma, espontáneamente, bibliografía sobre el tema. Lo lanzó medio en broma, pero lo recogí como una idea brillante. Dijo también que no estaba segura de cómo funcionaría eso de comenzar leyendo poemas, pero al menos podría servirme para romper el hielo y valorar la comprensión lectora de Fani. No tengas miedo, Pepa, que te veo como asustada, seguro que sale bien. Tampoco se trataba de que mi alumna lo comprendiera todo. Yo había fantaseado más bien con alcanzar poco a poco, a través de la poesía, un estado de flotación donde ella fuera dejándose llevar por las palabras sin pensar demasiado hasta, unas clases más tarde, sin darse cuenta, sentirse cómoda entre ellas. Comprender.

Elegí a Lorca. Había vuelto a releerlo espontáneamente desde el día en que desayuné con Fani. No sé por qué. Fue un fogonazo impensado. Porque apareció la música de Lorca en el umbral de esta idea. Porque este deseo de Fani, habitante del barrio ajado y árido, al pedirme que la enseñara a leer mejor, era como un patio fresco de verano con un pozo y un limonero en el centro, un patio lleno de macetas y de sombra, capaz de protegernos y absorber la aridez exterior del desierto que cada una de nosotras parecía estar atravesando. Y esos poemas estaban mirándonos de frente, desde el brocal del pozo, del patio, de la idea. Traían consigo imágenes y olores de mi adolescencia de pueblo a estas calles resecas en cuadrícula: el jardín de mi madre, la umbría, la hierbabuena, las estrellas de cristal de las noches verdes. Porque no quería ofrecer a mi alumna nimiedades ni simplezas ni cuadernos escolares que la infantilizaran.

Porque ella, que tantas veces habría paseado su melena castaña y su cuerpo de esbelta princesa monegasca salpicando de hormonas perfumadas aquellos soportales desabridos, y más de una vez habría tenido que poner a raya a todos los cafres que le gritaban lo que tenían pensado hacer con su culo y con sus tetas, se merecía esa sensibilidad luminosa que había regalado Lorca a

Las muchachas

de Andalucía la alta
y la baja.
Las niñas de España,
de pie menudo
y temblorosas faldas,
que han llenado de luces
las encrucijadas.

En el salón de casa, aquella primera vez, vibró la voz de Fani leyendo poemas de Lorca a diferentes velocidades mientras algo verdadero se activaba entre nosotras. Antes de irse me contó que su madre sí que había leído bastante, que seguía teniendo libros en casa y sabía más que casi todas las mujeres del barrio. Contó que, cuando entraba la Keli en Pasión Nails, no era como las otras, se le notaba que ella había querido ser maestra, y a lo mejor por eso había educado a sus hijos de una forma diferente. Ni mejor ni peor sino con otro estilo, dijo.

¡La Keli! Pregunté si de verdad en el barrio la llamaban así. ¡Pues claro!, respondió Fani, sorprendida de que cualquiera pudiera albergar dudas sobre eso. La Caro, el Alberto y yo somos los hijos de la Keli. De toda la vida, vamos. ¡Normal!

Haciendo ahora como que leo el *Pronto,* aunque incapaz de concentrarme en los detalles de la vida de Bertín Osborne, miro a Fani, de espaldas a nosotras, terminando el trabajo con Yaiza. Recuerdo su voz insegura al leer los primeros poemas que aparecieron, pues le propuse que abriera el libro por donde quisiera y leyera algún poema desde el título hasta el final, y cómo ella lo hizo tropezando con las sílabas.

«Em pie zael llan to de la gui ta rra / se rompen las co pas en la mardu… ma… ma dru ga da…».

Bien, Fani. Ahora otra vez, repítelo del tirón, a ver qué pillas de cada poema, pero no hace falta que te pares mucho, ¿vale? Lo dejas flotar y sigues.

Le brillaban los ojos cuando reconocía los poemas que ya habían sido cantados y ella había oído mil veces. En cuanto reconocía la letra abría mucho los ojos, me miraba, hacía un

comentario entusiasta —¡coño, pero si esto me lo sé yo!— y empezaba desde el principio, avanzando con mayor seguridad.

La «Baladilla de los tres ríos» que habían adaptado los Pata Negra… Su hermana Caro y su hermano Alberto ponían el disco sin parar cuando ella era chica. Le mostré con intención el verde que te quiero verde del «Romance sonámbulo». ¡Esto lo cantaba el Manzanita! Mi padre moría con esta canción, le gustaba muchísimo, la tocaba a la guitarra.

Venga, rubita, la de los pies, que ya te toca. ¿Cómo te llamabas?

Candela, oigo decir a mi hija.

Se sienta Candela en una de las butacas y, siguiendo las indicaciones de Hortensia, deja a un lado las sandalias y mete los pies en el aparato de hidromasaje que esta le ha acercado, lleno de agua limpia que al activarse comienza a burbujear. Frente a ella, en el taburete violeta de baja altura, Hortensia toma asiento para enseñarle los colores del muestrario nuevo de este verano. Los que están más de moda, dice, pero vamos, que si quieres otros, tenemos más. Y comienza a explicarle lo que le va a hacer antes de pintarla. Candela parece menos decidida aquí de lo que ha estado antes en la calle, frente a los bárbaros. Dejo de mirarla y vuelvo al *Pronto,* al brillo de gomina que proyecta Bertín Osborne desde una fotografía realizada a media tarde, copa de vino dorado en la mano, mientras el sol se oculta más allá de la piscina de una villa marbellí. Primero te vas a quedar ahí un ratito con ese masaje de pies. Luego te quito las durezas y los pellejitos que te sobren, aunque a ti pocos pellejitos te van a sobrar todavía, y ya después pintamos del color que tú me digas.

Se me hace extraño oír a Hortensia hablar con tanta delicadeza. Candela hace alguna pregunta, no me quiero entrometer pero tampoco puedo ya volver a meter las narices en el *Pronto* como abstraída de todo lo demás, a la espera de que mi manicurista acabe con Yaiza. Manicurista. ¿Dónde leí ese término hace poco, intentando documentarme? Pero aquí no se usa. Ellas prefieren llamarse estilistas. Hoy están hablando con las clientas de la ola de calor que han anunciado

en la tele para la semana que viene. ¿Más calor, coño? Pues a ver dónde nos vamos a meter, dice la mujer a quien Conso está terminando ya de arreglar.

La otra mañana, en mi casa, mientras ella continuaba tropezando con las sílabas de Lorca, haciendo pausas para releer o pensar en lo que acababa de leer, yo comencé a fantasear sobre su madre, la Grace Kelly del barrio. Me entraron unas ganas enormes de conocerla y de seguir preguntando sobre ella. Tenía que contenerme. Demasiado estaba preguntando ya y todavía era pronto para tanta pregunta: hacía falta dejar que pasara el tiempo y hubiera más confianza entre nosotras. Confianza para qué. La confianza que yo quería con Fani en casa, pero sobre todo ahora, aquí, en este otro salón, entre el resto de mujeres de Pasión Nails, no era para dar opiniones directas sobre, por ejemplo, la manicura de las niñas. Me hacía falta sencillamente para comenzar a preguntar donde nadie está pidiendo mi opinión y en cambio soy yo la que quiere conocer, indagar en sus vidas, acercarme hasta saber todo lo posible de ellas.

Candela parece sentirse cómoda con el hidromasaje de los pies mientras elige para las uñas un color violeta claro, lavanda, con la aprobación de Hortensia, quien le pregunta si va a querer alguna piedrecita en las uñas, que ahora con las sandalias quedan muy monas. Candela me mira de reojo y rechaza la propuesta. Hortensia pide que le ponga el pie izquierdo sobre la toalla que tiene en el regazo, lo seca y comienza a usar las limas y tijeritas que tenía preparadas en el carro accesorio con ruedas, repleto de todos los productos necesarios. Cruzan solamente las palabras imprescindibles. Pellejitos… Limar… Colores permanentes… Mi hija sigue concentrada en su teléfono móvil, tal vez informando a las amigas de los últimos sucesos, el color lavanda elegido, las piedras preciosas rechazadas, su pie masajeado por el agua burbujeante y colocado ahora encima de una toalla, en el regazo de Hortensia.

Hace poco que me tocó mi turno. Fani ha borrado ya el amarillo de mi mano derecha y me indica que meta la

izquierda en los agujeros negros del recipiente de plástico por donde las yemas de los dedos descienden a su infierno químico particular, mientras ella despliega ante mí el muestrario con las últimas novedades.

He terminado muy cansada del amarillo, Fani, le digo sin prestar atención al muestrario. Yo creo que esta vez una cosa más discreta sería mejor. No sé, un rosa clarito, un color crema...

¿Un color crema?, dice ella subiendo primero y arrugando después sus cejas perfectamente depiladas, tras abrir mucho los ojos de rímel. ¡Un color crema! ¡Vamos, lo que te faltaba! Por un momento se detiene y me mira. Pepa: tú eres más atrevida de lo que te crees, que parece que no te enteras tú misma de lo rompedora que puedes ser… Mueve la cabeza y continúa con el lijado de las uñas desnudas. Porque, aunque no te des cuenta, tú estás creando estilo ya en tu mundo, que yo sé que allí nadie se pinta las uñas de estos colores que te estoy poniendo. ¿Y para qué te vas a dar ahora un color crema, tan triste, que cuando lo mires lo que va a hacer es darte pena de ti misma y que no se te quite esa cara de amargadilla que tienes algunas veces?

Me maravilla con qué facilidad es capaz de deslizarse de lo estético a lo psicológico y, una vez allí, con qué soltura desciende del diagnóstico positivo (rompedora, atrevida) hasta casi rozar el insulto (amargadilla, dice, ¡me ha llamado amargada!). La dejo continuar. Yo te veo mentalmente preparada para este del nuevo catálogo de verano, Pepa. Lo afirma convencida de su aplastante lógica mientras me señala un verde encendido, hierba, una especie de lo que en casa llamamos verde Betis, pero más fuerte. Yo, amilanada por su reacción enérgica ante mi sugerencia del color crema, y sin ganas de discutir, estoy dispuesta a seguir sus consejos de estilo, aunque todavía opongo algo de resistencia, por alargar un poco sus argumentos. ¡Color crema, dice! ¿En serio color crema, Pepa?

Lo cierto es que me gusta el color verde, y hasta contrasta bien con la piel bronceada, sin ser tan extremo como el amarillo pollito.

Le pido opinión a Candela, pero ella levanta la cabeza del móvil, se encoge de hombros y vuelve a la pantalla como si no quisiera tener nada que ver con mi nuevo despropósito. Asiento entonces, mirando a Fani, con un movimiento leve de cabeza. Ella estira su cuerpo sobre la silla, satisfecha como siempre que acato sus consejos. Tras haberme limado y sometido a los líquidos contundentes, ha quedado el campo libre para fijar una coraza verde sobre la uña viva. Una vez seco el esmalte, Fani me da un masaje por primera vez, sin avisar. Es leve, solamente abarca la última falange del dedo y se centra en la carne inmediata que rodea la uña, por donde va extendiendo con suavidad un aceite amarillento. El gesto no pasa inadvertido en el salón. Dos chicas de melenas negras, que han llegado hace poco y están esperando su turno, se dan cuenta y gritan desde el sofá: ¡a ella le estás dando un masaje! ¿Y a nosotras por qué no? Fani se muerde los labios aguantando la risa y me dirige una mirada cómplice. Se dan cuenta de todo, son más listas que el hambre, dice, bajando la voz. ¡Porque vosotras sois *mu* malas!, bromea, y todas comienzan a hablar, interrumpiéndose.

Después continúa diciéndome en tono confidencial, como quien activa un código secreto para comunicar algo que solo nosotras seremos capaces de comprender:

Verde que te quiero verde.

Impostura

A menudo salía de Pasión Nails valorando, mientras cruzaba el puente sobre la autovía, el conocimiento que estaba adquiriendo sobre usos y costumbres que en anteriores trabajos me habían pasado inadvertidos. Cuando se buscan solo testimonios sobre formación y empleo, tenemos acceso a una información diferente. Todo lo iba anotando en cuadernos usados y en mi ordenador doméstico, añadiéndolo a la bolsa, intentando algo quizás imposible, una escritura traslúcida donde se disolvieran las herencias literarias para conectarlas limpiamente con la vida. Siempre me atenazaba la sospecha de ser una impostora ante aquellas mujeres. Nunca amiga o compañera, pero tampoco del todo una clienta a secas, como tampoco antes una investigadora y nada más. Siempre se creaban lazos que iban llenando de peso esta bolsa mía en noches de insomnio, o después del sueño, desvelándome por la escritura antes de amanecer, encontrando motivos para seguir escribiendo. La vida con sus rarezas. En aquellos trabajos, por ejemplo, podría haberme llegado la noticia de que a una mujer del barrio la conocían como la Keli, pero seguramente me habría quedado sin saber el fascinante origen monegasco del sobrenombre, su trato con las hijas, su tozuda afección al hijo alcohólico, la muerte inesperada del Rainiero calé. Me habría quedado sin conocer mejor a Estefanía. Acudir solamente al *territorio* como trabajadora o como clienta. La imposibilidad de otros acercamientos. Intentar que esa impotencia empape la escritura transparente.

No sé si las llamadas ciencias sociales disponen de una metodología lo bastante fina y precisa como para recoger los usos y costumbres que ahora llegan a mí sin necesidad de haber elaborado un cuestionario previo, de validarlo, de preguntar siquiera. Solamente acudiendo, observando,

escuchando, siendo una más. Era importante, ya lo sabía, no faltar a las citas, crear una continuidad que pudiera reforzar lazos no impostados. Aunque se tratase de un lazo de clienta, debía partir de una curiosidad humilde. Nunca mirar desde un lugar más alto, no ir como una turista para observar rarezas. Un acercamiento impulsado por el respeto y la curiosidad podría desembocar en mares imprevisibles, fértiles. Esas rarezas llegan, de todos modos: se trata de la sorpresa continua que ofrece la periferia, cuando nos muestra con claridad los límites que solo al quebrantar vemos cuánto nos atan y condicionan. Se trata del espejo, de la rareza ajena que hace que despertemos y veamos lo normal como rareza propia.

Candela y yo habíamos descubierto aquella tarde costumbres insospechadas que me hicieron salir de allí tan encendida como mi nuevo color de uñas. En eso iba pensando cuando dejábamos ya el barrio en dirección al puente de la autovía. Ella, con las uñitas de los pies color lavanda. Yo con las uñas de las manos verdes. No hubo tiempo para que le hicieran las manos ni a mí los pies, ni siquiera para un triste depilado de cejas o bigote, porque empezaron a llegar clientas que requerían reparaciones urgentes para lo que quedaba de verano, antes de que sus estilistas se fueran a las playas.

Las calles, sumidas todavía a las seis y media en una pesada siesta de cemento hirviendo, nos despedían a su manera. Los tubos de escape sin silenciador, letanía gobernada por cafres que hostigan a las mujeres, se sumaban al rumor de aires acondicionados y goteantes funcionando sin tregua en viviendas en las que a duras penas entraría alguna nómina, insuficiente para tanta tropa. Ahora no estaban allí los jóvenes acosadores, pero su rastro sonoro permanecía chocando contra paredes de colores desvaídos y persianas bajadas. Imaginaba detrás de ellas a las niñas durmiendo la siesta con sus abuelas. Nietas y abuelas mostrándose, adormiladas en aquellas penumbras, sus manicuras perfectas de fantasía, capaces de hacer más llevadero el bochorno pesado que caía sobre nosotras.

¿Contenta?, le pregunto a Candela, aprovechando que lleva el móvil en el bolsillo del mini-pantalón blanco. Es uno de esos momentos en que debo ser cuidadosa y hablarle sin que note lo mucho que me importa saber su opinión y seguir en su compañía. Sí, han quedado monas, ¿no?, dice, parándose y moviendo los dedos dentro de las sandalias, sacando el teléfono del bolsillo para hacerles una foto y enviarla de inmediato al ciberespacio compartido con otras de su edad. Miro fijamente el final lavanda de sus dedos móviles y bronceados pensando en la mujer que se fue del salón al poco de llegar nosotras, cuando yo intentaba concentrarme en el veraneo de Bertín Osborne. Sí, te han quedado muy monas, y dice Fani que las de los pies duran más.

Seguimos paradas en medio de la acera desierta. Las dos nos habíamos mirado antes, en el salón, con silenciosa complicidad, después de que saliera aquella mujer. ¿Te has fijado bien en ella?, digo ahora, convencida de que Candela sabe perfectamente a quién me refiero, mientras recibe una lluvia de notificaciones rítmicas en el teléfono. Sí, mamá, dice, pero muévete, que en esta calle no hay ni una sombra y en plan... Nos vamos a derretir. Continuamos, pues, andando hacia los límites. Mientras yo analizo en silencio el nuevo uso y abuso adolescente de la expresión «en plan», Candela pone en el móvil *Aute Couture,* de Rosalía, *Esto está encendío, na na na na.* Las dos cantamos, cruzando el puente sobre la autovía. Me enseñó el vídeo en casa hace semanas, diciendo que había encontrado la nueva banda sonora de mi vida. Ni sé cuántas veces lo habré visto desde entonces. Rosalía llega, acompañada por otras que bailan, a un pueblo perdido en medio de ninguna parte, que bien podría ser el barrio del que ahora nos alejamos. Mujeres tendiendo ropa en los balcones, hombres en la calle. *Te conjuro y te dejao prendao… Encima de los techos vivo y no es pecao…* Melena morena al viento, las manos cubiertas por cadenas doradas que terminan en artefactos metálicos picudos y larguísimos que arañan el sopor de las calles polvorientas. *Su nombre en el cora ya no está clavao, manos en el aire si te lo han rasgao.* La gente acude y se va concentrando en torno a ellas, hipnotizada por su baile furioso. *Tacones, lunares para matar.*

Bájale. Los flecos las trenzas para matar. Bájale. Luego entran todas a un salón de uñas que bien pudiera ser una representación onírica del que acabamos de dejar atrás. *Eyeliner, leopardo para matar. Bájale. Madre mía, Rosalía, bájale.* Un salón barroco lleno de mujeres, color, movimiento. *Aute cuture, todo regalao, Uñas de Divine ya me las han copiao.* Más bien parece un lugar de entrenamiento para la autodefensa femenina. *Que te las clavo, niño, ten cuidao.* Uñas como garras. *A otros como tú ya los he dominao. Vas cargao de oro, espérame sentao.* Ya hemos cruzado el puente y vamos animadas con Rosalía sonando entre nosotras. *Esto está encendío, na na na na. Esto está encendío, na na na na.*

Hay una cafetería junto al parque verde que vamos a cruzar dentro de poco, antes de salvar, por debajo, la vía del tren y entrar al otro mundo. El nuestro. Tan contentas nos veo que le propongo a Candela tomar un heladito en la cafetería del parque, en realidad sin muchas esperanzas, suponiendo que tendrá ganas de llegar a casa y darse un baño en la piscina comunitaria con alguna de las amigas que vienen por la tarde. Pero dice que sí y eso me hace seguir, feliz aunque en silencio, dominando el entusiasmo.

Una chica sonriente, con uñas de color marrón salpicadas de piedrecitas doradas, atiende a las pocas personas que hay en la cafetería fronteriza. Vainilla y frambuesa para Candela. Chocolate negro para mí. Dos vasos grandes de agua. La artificial protección del aire acondicionado. ¿Y las mías, qué?, digo, señalando el contraste de mis uñas béticas con la bola de chocolate que hay en el extremo de mi cucurucho, y ella les hace una foto que sube a sus historias de Instagram mientras me dirige otra de sus sonrisas enigmáticas y sentencia: Éstas a lo mejor hasta le gustan a papá. Decido aprovechar su disposición al diálogo, sentadas a una mesa junto a los ventanales de la cafetería. Candela, esa mujer que llevaba un vestido de *print animal,* así se llama, ¿no?, tú que eres *influencer…* Uy, mira qué moderna, dice ella riéndose, pero no: es *animal print,* mamá, y me repite cantando a Rosalía: *Eyeliner, leopardo para matar. Bájale.* Nos reímos. Bueno pues eso, la que iba de leopardo para matar… Las dos nos hemos fijado en su

cintura, ¿verdad? Una cinturita imposible y luego una caderas de redondez perfecta, y ese culo. ¡Parecía Betty Boop!

Madre mía, Rosalía, bájale.

El culo solo no, también las tetas y los labios, mamá, dice Candela. A mí me ha recordado más a la Bratz, esa muñeca que los Reyes Magos no me trajeron dos años seguidos, y me creó traumita. Más traumita te habría creado si te la hubieran llegado a traer, respondo, y ella dice que en verdad no se esperaba que en el barrio se hiciera la gente operaciones de estética, que se lo ha estado contando a Elena y a Anabel mientras le hacían las uñas, porque ha flipado.

Sí, choca un poco porque creemos que solo se las hacen mujeres de clase alta, es verdad. Yo también flipé cuando me di cuenta. Me ha dicho Fani que ellas se suelen operar en Barcelona. Parecía tan cansada con esos taconazos de plataforma… ¿No te has fijado en que iba cansada, como si no pudiera enderezarse bien?

Candela dice que no se ha fijado en eso, y hace preguntas sobre lo de Barcelona.

Le hablo sobre la nueva moda que Fani acaba de contarme en voz baja, mientras extendía cuidadosamente el verde por mis uñas, de ir a Barcelona a operarse. Lo hacen las mujeres de aquí que tienen dinero.

Mucho dinero, ¿no?, pregunta Candela enarcando las cejas.

Claro, dinero que llega a veces en más cantidad, digo en voz baja, mirando a la chica del mostrador, que no despega la mirada de la pantalla de su teléfono.

Vale, tráfico de drogas, mamá, dilo claramente, todo el mundo lo sabe, y no me voy a asustar porque lo digas. ¡Candela, baja la voz! Bueno, no sé bien, tráficos diversos, droga, apuestas, compra-venta ilegal de viviendas, qué sé yo…

Y peleas de gallos y de perros, mamá, lo que más asco me da de todo lo que hacen ahí, porque con el maltrato animal sí que no puedo, ¿o es que eso no lo sabes?

A veces me hablan así, como si yo fuera cómplice de lo que pasa en los barrios, como si, por acercarme, de algún modo estuviera justificando todo el muestrario de prácticas inmorales o ilegales de los *territorios*.

Hace poco leí una entrevista donde una escritora famosa, a quien no he leído, reconocía con naturalidad haber pasado por el quirófano para hacerse ligeros retoques estéticos antes de la salida de su último libro, con idea de prepararse para la gira de promoción. Aquella confesión me desconcertó y me hizo percibir muy lejos mi mundo del suyo, tan lejos como debían de estarlo nuestras escrituras, universos paralelos que nunca podrían llegar a tocarse.

Sabíamos que el relleno de labios era más accesible, menos sorprendente por extendido ya a mujeres de toda clase. Me di cuenta hace pocos años, cuando empecé a encontrarme caras con ácido hialurónico en los transportes públicos. Observaba aquello con curiosidad, intentando comprender el porqué. Muchas reservarían dinero de sus limitados presupuestos e incluso pedirían créditos para chutarse ese ácido en los labios y los pómulos, bótox en el entrecejo. Te lo hacen ya en cualquier parte, me habían dicho algunas veces las compañeras de trabajo cuando hablábamos de eso.

Hasta la Flaca, una mujer indigente que iba a pedir dinero a Pasión Nails, tenía los labios rellenos. Coincidimos en todas mis visitas. No era capaz de imaginar cómo y cuándo la Flaca había decidido esa opción estética que a ellas no parecía llamarles la atención. Me limitaba a darle veinte o treinta céntimos y a escuchar su voz ronca de tabaco e intemperie resonando en el local. Tú eres nueva, tú no eres de por aquí, me dijo la primera vez, metiéndose en el bolsillo la moneda que acababa de darle y saliendo a la calle sin esperar respuesta. En las citas sucesivas se limitó a mirarme sin interés alguno y a extender con indiferencia la mano que recogía el dinero. Nunca daba las gracias. No sé por qué dejas entrar aquí a esa yonka asquerosa, Hortensia, decían las clientas más jóvenes. Hortensia no daba explicaciones: hacía gala de la autoridad que le daba ser la dueña del negocio y zanjaba el asunto con su habitual laconismo.

Viene y se va, no hace daño a nadie. Bastante sufre.

Sin necesidad de preguntar, yo sabía que la pareja más estable de la Flaca había muerto de sobredosis, que de lo que la Flaca tuvo alguna vez ya no quedaba nada, perdió el piso, le

retiraron a las hijas, dos niñas, su familia le dio la espalda porque no fue capaz de dejar los enganches. Ha sido una mujer de bandera, decían las clientas mayores, qué lástima verla ahí, en la carretera grande, a cualquier hora, parando a los coches y yéndose con cualquiera.

Ya le había hablado de la Flaca a Job conforme él se acostumbraba a las estelas que llenaban de color nuestras rutinas conyugales, rosa chicle, azul eléctrico, amarillo pollito. Parecía aceptar aquello como algo inevitable, pero estaba claro que no le atraía mucho mi nueva excentricidad, como nunca le había gustado mi cara maquillada. Él sabía que no me hacía la manicura por coquetería, para qué iba a querer yo a los cincuenta años colores locos en las uñas, aunque de mí tampoco a estas alturas le extrañara gran cosa. Se trataba de algo que ni yo misma podía explicar, la búsqueda de un conocimiento inconcreto que se me escapaba, volátil como la acetona y el formaldehído. Job, de todos modos, tampoco me pedía explicaciones. La sensación de echarlo de menos, ahora que trabajaba fuera, volvía a ser un combustible que alimentaba el motor para que la pareja no se volatilizara en el aire, siempre bajo la amenaza de las obsolescencias programadas, veloces, amenazando su larga duración, ese estirarse en el tiempo contra vientos y mareas. A veces imaginaba qué opinaría él si le dijera algún día, en serio, que pensaba rellenarme los labios. Tal vez abandonara su inclinación a no interferir en mis decisiones estéticas. Supongo que intentaría que no lo hiciera. Nuestro deseo sexual no depende de prótesis ni de rellenos, diría convencido, como si de verdad supiéramos de qué depende nuestro deseo sexual.

Mientras nos comemos los helados, Candela escucha atentamente la información renovada que Fani me ha dado hoy. Además de las tetas artificiales, ya popularizadas, acabo de saber que, de entre todas las posibles, se han impuesto dos operaciones en las clientas de Pasión Nails con más dinero: rellenarse el culo con prótesis y estrecharse la cintura prescindiendo de alguna costilla, todo en un mismo pack quirúrgico. Se van a Barcelona para hacérselo porque eso aquí

es demasiado moderno, explicó Fani, mientras yo pensaba en cirujanos desalmados.

Menos común y más peligroso que la gordura labial y pectoral parece el deseo de conseguir un culo de perfecta redondez con el objetivo principal de que los vestidos queden preciosos, información que me impactó, sobre todo cuando supe de los efectos secundarios que traía consigo. Fani tiene ya tres clientas, además de la estampada con *animal print* de hoy, que no pueden permanecer mucho tiempo sentadas sobre las prótesis de lo que quiera que les pongan en los culos, silicona o algo más fuerte, no lo sabemos. Tampoco pueden agacharse bien. La falta de costillas, unida al culo postizo, impide movimientos naturales de la columna vertebral, como permanecer sentadas mucho tiempo o agacharse a recoger algo del suelo.

No pueden, les cuesta mucho, yo las he visto, es alucinante, dijo Fani. Pero a los *maríos* les gusta que se lo hagan, porque luego bien que presumen de ellas en las bodas, las ferias y los cumpleaños. Se las llevan a Barcelona, allí se operan, se compran ropa y vuelven como nuevas. Yo solo podía mirarla sin decir nada, asimilando el nuevo caudal de información. Que sí, que estoy viendo la cara que pones y sé lo que opinas, Pepa, que yo tampoco me lo haría, vale, pero te digo una cosa: hay que reconocer que los vestidos les quedan preciosos, dijo Fani, justificando implícitamente esos usos y costumbres, y otra vez haciéndome sentir como si fuéramos habitantes de distintos planetas.

Al llegar a casa enciendo el aire acondicionado, abro el ordenador y estreno mis uñas verdes tecleando: operaciones de relleno de culo. Google corrige mi zafiedad ofreciendo entradas de clínicas donde hacen cirugía plástica de glúteos y aumento de glúteos. Abro algunas. Pienso en esas columnas vertebrales condenadas, en la mujer morena que hemos visto esta tarde en Pasión Nails, sus labios recauchutados, los pechos enormes, la cintura diminuta, los glúteos imposibles. Lo bien, eso sí, que le quedaba su vestido de *animal print*. Podría haber parecido una pantera llena de fuerza de no ser por el cansancio que

emanaba su cuerpo recompuesto, desestructurado, subida a esos zapatos de tacón con plataforma. Adónde la llevarían a las cinco y media de la tarde, quién estaría esperándola, en qué celebración iría a prolongar su continua molestia.

Una llamada de teléfono interrumpe mi búsqueda de retoques de glúteos. Es Mario, quiere saber si estoy bien, supo que tuve un poco de lumbalgia el otro día, no menciona la palabra menopausia aunque la siento girar en su cabeza. Llevábamos días sin hablar. Lo echo de menos. Dice que su trabajo de encargado en un bar de copas es cansado, pero que está pendiente de algo muy bueno, un proyecto teatral del que no me quiere hablar hasta que salga. Se ha vuelto cauto, desconfiado, se evaporó la ilusión insensata de los comienzos y ahora nunca se deja llevar por el entusiasmo hasta que el proyecto esté confirmado. Demasiados intentos fracasaron por motivos superficiales. Ahora gasta su dinero en cursos teatrales sobre Shakespeare y trabaja en cadenas de comida rápida, cajas de supermercados, barras de bares. Trabajos de actor.

Quiere venir esta semana a comer algún día. Pregunto qué le apetece. Me apetece un cocido aunque haga calor, mamá. Vale, pues lo hago con un gazpachito para equilibrar las temperaturas, respondo, añadiendo que va a flipar con mi nuevo color de uñas. Suelen gustarle estos atrevimientos, aunque me llame friki. En eso es menos misterioso que su hermana: noto de inmediato si lo aprueba o no. Nos despedimos pronto. Mario. Para qué cuestionarme el haber sido madre tan joven, como he hecho tantas veces. Por qué poner en duda esa energía primera. A veces admiro a Mario como la joven que era entonces. Su pronta madurez, la independencia a los veinticuatro. El vendaval que fueron los años de crianza en casa, que no quise perderme por un trabajo, por más dinero. Las veces que he lamentado hacerlo y las que lo celebro íntimamente.

Navegando por el inframundo del aumento de glúteos, recibo un aviso en mi correo electrónico. Es de la última entidad a la que envié sin demasiadas esperanzas una carta de presentación con mi currículum, en respuesta a una oferta que habían lanzado para cubrir un puesto de orientadora laboral,

en un barrio parecido al de Pasión Nails. No es exactamente lo mío, pero podría hacer ese trabajo con soltura porque he trabajado mucho con orientadoras laborales, las he entrevistado, conozco las normas y las formas de ese trabajo. Me informan de que el puesto ha sido ya cubierto. Me dan las gracias. De nada, digo en voz alta, antes de apagar el ordenador y subir a mi habitación pensando en ponerme el bikini negro de hace cuatro años, el más nuevo que tengo. En el piso de arriba no hay aire acondicionado. Atesoro unos pocos bikinis baratos que podrían considerarse los más catetos de sus respectivas temporadas. Hacer un cocido en pleno agosto, con más de cuarenta grados… Pero si él lo ha pedido yo lo haré, pienso programando lo que compraré mañana mientras me pongo el bañador. A lo mejor tendría que empezar a responder a ofertas de empleo que nada tengan que ver con mi experiencia. Cuando estrené este bikini me sentía delgada, liviana y juvenil dentro del agua. Mario me ha contado que su amigo Carlos, otro actor, trabaja en el departamento de pedidos de Amazon y gana casi dos mil euros. Un lugar donde trabaja gente de diferentes edades y razas. Sí, mamá, también mujeres de tu edad, dijo. Mujeres de mi edad. Aquella vez, flotando en el agua clorada con mi flamante bikini negro, una vecina de mi edad, cuarenta y seis entonces, a quien no veía desde el verano anterior, me saludó a voces desde su sombrilla, interrumpiendo mi espejismo de relax y delgadez. Agité un brazo y dije ¡hola! desde el agua, respondiendo de mala gana. Esperaba que me dejara en paz, pero ella se acercó al borde de la piscina, a mi altura, y me preguntó a voces: ¿todavía no te han hecho abuela? Mi espejismo cayó al fondo del agua como un cuerpo inerte mientras la gente esperaba mi respuesta desde las sombrillas. Dije que no y entonces ella me dijo que acababa de serlo, que tenía un nieto precioso. La felicité y luego me hundí en el agua clorada.

Carlos le ha contado a Mario que la última empleada de mi edad que entró había perdido diez kilos en dos meses, de tanto ir y venir cargando cajas. Por cierto, ¿podría venir Carlos también a comer cocido y gazpacho, y así nos lo presenta? Al parecer se están haciendo muy amigos. Me di cuenta de que

una piscina comunitaria no es el lugar perfecto para aislarme de la cruda realidad. Amigos especiales, imagino, pero no pregunto. Pues claro, que lo traiga. Perder diez kilos me vendría bien, lo veo claro cuando me estoy poniendo el bikini, con más lorzas al aire que el verano pasado. No me quitan el sueño, como para fijarme en eso estoy... Es que no me veo en Amazon, soy contraria a su política agresiva de ventas, le he dicho a Mario cuando ha vuelto a recordarme esa posibilidad. Y eso qué importa, mamá, ¡yo he currado en un McDonalds! No estamos como para ir de idealistas, ¿no? Eso qué importa, es verdad, pienso mientras me extiendo frente al espejo del baño cremas con protección solar en la cara y el cuerpo, antes de bajar al agua. Como si no hubiera trabajado ya en lugares cuyas políticas tampoco me gustaban. Como si pudiera permitirme el lujo de no trabajar en algo por principios morales. Me pongo una camiseta vieja y meto en la bolsa de tela plastificada un manual sobre evaluación de programas y proyectos sociales con perspectiva de género, para el curso online que estoy haciendo, junto con la última novela de un escritor celebrado por la crítica oficial, al que voy a conceder el beneficio de la duda hasta la página cincuenta. Bajo con toalla, gafas de sol y una silla plegable. En los jardines interiores de la urbanización se oyen voces infantiles y chapoteos. Hoy me he perdido la hora tranquila de la siesta, todo por adquirir este verde furioso de uñas que muestro al saludar al socorrista y entregarle mi carnet. Hace mucho calor. Me dirijo a la sombrilla más alejada saludando también a dos vecinas que conozco, de lejos, los dedos estirados dejando destellos verdes bajo el sol espeso que todo lo lentifica. Con la bolsa, la toalla y la silla en sombra, me quito la camiseta, paso por la ducha y me tiro de cabeza con el peor estilo posible. Para hacerme un largo completo tengo que ir esquivando a la chiquillería. Buceo un poco y avanzo entre chapoteos escandalosos, mis músculos se estiran abriendo caminos verdes brillantes en el agua, las uñas tensas, la carne apretada recibiendo el frío, olvidando mis anteriores trabajos mal pagados. Recuerdo que todavía me quedan cuatro meses de prestación por desempleo, y eso me da cierto margen para

seguir intentándolo en lo mío. Esta idea me viene bien para olvidar la amenaza de Amazon que pesaba en mi cabeza desde que hablé con Mario. Hago algunos ejercicios agarrada al borde de la piscina y después salgo del agua y me tumbo en la toalla para secarme al sol. El olor a hierba no es capaz de serenarme, como si se abriera paso en él otro de asfalto recalentado, polvoriento, sin sombra. Como si la frescura de césped trajera el cemento y la sequedad de calles no tan lejanas. Veinte son los minutos que hay andando hacia ese mundo. El sol castiga aunque sean casi las ocho de la tarde. Bebo un poco de agua, me siento a la sombra y abro el libro del escritor celebrado y soporífero, dispuesta a concentrarme si él me lo permite, si es capaz de hacerme olvidar esta sensación de cactus mojado, oscilante entre el frescor y la aridez. Aquí la hierba fresca, allí la hierba quemada, los porros sin fin, el humo flotando sobre un territorio que, de alguna manera, ya es también un poco mío. A pesar de todo entro en la lectura y avanzo con fuerza de voluntad por la trama simple y el lenguaje rebuscado, pero al final desisto cuando llego a la página cincuenta. No hay nada interesante que pueda encontrar ahí, mañana mismo lo devuelvo a la biblioteca pública, menos mal que este no lo he comprado. Hubo un tiempo en que compraba sus novelas porque me parecía que ese hombre tenía algo interesante que decir y sabía cómo hacerlo. Me tragaba sus gerundios, metáforas rebuscadas y kilos de adjetivos como quien devora hamburguesas del McDonalds. Él, número uno en las listas sin dejar de ofrecer comida rápida. Yo, adolescente entusiasta al fin y al cabo. Reconozco que estaba demasiado influenciada por *Babelia* en esa época. Si alguna vez he vuelto a abrir sus libros, buscando la posible razón de mi interés, no acierto a adivinarla, pues nada la justifica más allá de aquellos gustos fácilmente moldeables por el mercado, lectora joven falta de buenos consejeros, que devoraba como si fueran perritos calientes los nuevos suplementos literarios surgidos de la transición política española y luego pedía dinero a mi padre para ir a la librería, que ya lucía el libro en el escaparate. Cuando nos lo presentaban todo con el mismo entusiasmo con el que Fani me

presenta en Pasión Nails los colores de uñas de esos catálogos siempre nuevos que son el mismo catálogo de siempre.

Suelto el libro, extiendo los brazos y las manos frente a mi cara para admirar mis bien limadas y cortas uñas verdes, imaginando en su lugar aquellas otras de porcelana, largas, con dibujos y piedras que brillarían bajo el sol con otra autoridad, decoradas e inasequibles a los desalientos que las rodean, dispuestas para rápidas autodefensas felinas mientras añoran tormentas de verano y culos de perfecta redondez, cercadas siempre por nubes secas y humeantes de marihuana y hachís, por la hierba quemada, por la autovía interminable.

Job

Llegó a casa al día siguiente, después de una semana trabajando fuera, y lanzó una gran sonrisa ante las uñas verdes, como Candela había pronosticado. ¡Uñas béticas!, dijo. Después de comer los tres juntos, él se acostó a dormir la siesta, Candela bajó a nadar con una amiga y yo me puse a estudiar y hacer exámenes del nuevo curso online Igualdad de Oportunidades: aplicación práctica en Servicios Sociales. Más tarde bajé a la piscina con una toalla y un libro de poemas de Diane di Prima, prolongando alegremente la engañosa sensación de estar de vacaciones. La novela del escritor famoso y plúmbeo la devolví a la biblioteca esa misma mañana, tras comprobar que, en todos estos años, no había conseguido dominar su egocentrismo alimentado con kilos de adverbios y adjetivos sobrantes. Me mata de aburrimiento el despliegue de conocimientos intelectuales en cientos de páginas donde la verdadera literatura feroz, capaz de prender conflictos o de reventar la bolsa, no está ni se la espera.

Cuando al final de la tarde regreso de la piscina, estimulada por el baño y por la relectura de esta poeta de la generación *beat* donde los canónicos nunca se detienen, volvemos a encontrarnos en el salón. Job, ejemplar varonil de secano en quien las piscinas y las playas solamente despiertan un enorme aburrimiento, se afana en la guitarra eléctrica con *Badge,* un tema que intenta perfeccionar desde hace semanas y se le resiste. Ah, otra vez estás con Eric Clapton, le digo, y me repite que esto es de Cream, no de Clapton, de Cream, el grupo donde estaba Eric Clapton al principio, insiste como si no me lo hubiera contado ya mil veces, y añade, antes de seguir, que no la compuso él solo sino con George Harrison. Y a mí qué me importa, pienso sin decir nada mientras lo miro, a pesar de sus repeticiones irritantes, como a un desconocido que pasa a mi

lado por primera vez y tiene algo inconcreto que me gusta, capaz de estimular mi entumecido instinto heterosexual y de hacerme sentir la atracción de lo incógnito. Casi azorada salgo del salón y continúo mirándolo sin que me vea. Supongo que la banda sonora de Diane di Prima sería muy parecida a la nuestra: Clapton, Cream, George Harrison, Beatles…

Acabo de leer un poema suyo, «Elogio a mi marido».

> Supongo que tampoco habrá sido fácil vivir conmigo,
> mis rencores, mis altibajos, mis exigencias de
> intimidad,

Desde que pasa más tiempo fuera de casa, encuentro cierto placer en observar a Job cuando no sabe que lo estoy haciendo. En los días de soledad a veces cierro otros libros y vuelvo al libro de Job, a las frases hechas de mi madre y de mi abuela, y anoto en el cuaderno medio pringoso que me llevo a la cocina lo primero que me venga a la cabeza sobre lo que estaba escribiendo antes o escribiré después de cocinar.

> y tú, interrumpiéndome en medio de mil poemas…

Y él interrumpiendo las líneas de pensamiento que desarrollo mientras trabajo en la casa. Es difícil no interrumpirnos en esta convivencia constante, agotadora. Viene bien suspenderla a veces, pero me entristece que sea porque está haciendo un trabajo duro, única alternativa para que puedan darse estas separaciones. Pruebas de sonido a pleno sol, viajes incómodos, empresarios avariciosos, músicos famosos llenos de soberbia y egocentrismo a quienes quiero que perdamos de vista de una vez por todas. Deseo que llegue pronto su jubilación, ya hemos tenido suficiente, querría para esa gente castigos divinos si creyera en ellos, pero el Job de la Biblia se empeña en aguarme la fiesta, advirtiendo que los indeseables no suelen ser, sin embargo, castigados.

> Paz gozan las tiendas de los devastadores, y están seguros los que provocan a Dios, como si todo lo hubiera puesto Dios en su mano.

Cuando leo el libro de Job y juego a cambiar la palabra «dios» por la palabra «mercado», encuentro resonancias cercanas a nosotros. Nosotros hace décadas, optimistas y desentendidos, sin un porqué, del rumbo fatal del capitalismo, cuando esperábamos que todos los trabajos irían desembocando en mejores condiciones, que la especialización se valoraría y se pagaría mejor, que el dios mercado nos elevaría y nos protegería con su mano invisible. Hasta que pronto otra crisis llegaba que lo barría y lo empeoraba todo dejándonos sin respuestas, llevándose los pocos ahorros que hubiéramos podido conseguir, debilitándonos.

> Y cuando esperaba el bien, sobrevino el mal; cuando esperaba la luz, vino la oscuridad.

Las malditas crisis recrudecen el conflicto entre nosotros, pero tenemos que aceptar que no es entre nosotros donde está el conflicto, pues la batalla decisiva ha de ser librada fuera. Llevo años imaginando nuestra intimidad en estos términos bélicos.

> Y me levanto en la asamblea para gritar.

Siempre lo hemos sabido: las batallas tenemos que librarlas juntos. Más de treinta años llevamos, en realidad, librándolas. Ese tiempo es un búnker que ejerce presión sobre mi cabeza, espacio protector pero también claustrofóbico del que deseo escapar. En pocas asambleas gritábamos nosotros. Tengo siempre encima una especie de culpabilidad por no participar lo suficiente, por no implicarme en algún movimiento que de verdad pueda ser transformador, en vez de encerrarme a escribir. Pero salir a las protestas de las calles de poco nos ha consolado nunca, pues al llegar a casa los plazos de la hipoteca y los recibos del agua, del gas y de la luz penden de nuevo sobre nuestras cabezas y, equivocadamente, dirigimos la rabia contra nosotros mismos, haciendo el juego sucio al dios mercado.

pero nos aferramos el uno al otro

como si cada uno creyera que el otro es la balsa…

Ahora la poeta *beatnik* acude en mi ayuda rescatando los ocultos mecanismos que nos unen y separan.

Cuántas veces dijimos el dinero, el maldito dinero. Resistir, resistir juntos, no necesitar lo que nos dicen que necesitamos, no rebajarnos para conseguir cosas materiales, mantener esa especie de íntima dignidad ante nosotros mismos. Job como varón obstinado en quien no ha hecho mella la sociedad de consumo, sin una muesca individualista a la que agarrarme para echarle algo en cara. Job soltando frases insensatas que no dejan de flotar por mi cabeza. No tenemos dinero pero lo que más importa es que no dejemos de querernos. Certidumbres suyas que unas veces me iluminan y otras me irritan, pactos en alta voz para no dejar que el polvo de la codicia exterior invada la casa, nos enfrente y nos consuma, aunque con esta falta de dinero sea tan difícil resistir sin dividirnos del todo. Y así meses, años, décadas. Te quiero. Lo dice más que yo. A veces no soy capaz de responderle y no me queda otra que dejar sus palabras flotando por ahí solas, perdidas en el éter hogareño. Me quema por dentro sentirlo y no decirlo. Decirlo aliviaría dolores internos, pero no siempre me resulta fácil. No me sale hacerlo solo por ser amable con él, gastar mi turno de réplica amorosa por no dejarlo colgado. Tanto tiempo juntos y todavía pretendo usar los *tequieros* sin desgastarlos, que salgan solos y queden flotando en las habitaciones como esas partículas de polvo que vemos al trasluz. No llevamos la cuenta de cuándo fue la última vez que flotó un «te quiero» en el aire doméstico, ni de quién lo dice más veces. Aunque Job sepa que es él, nunca me lo ha echado en cara. Tal vez por eso estas ganas mías de trabajar fuera y ganar dinero, todo el que no gané en los años de madre a tiempo completo y a ser posible más, para que él descanse de una vez y pueda tocar la guitarra sin fin, aunque eso dificulte una escritura que nunca sé si va a acabar llegando a alguna parte. Dinero para aligerar el peso de los recibos sobre nuestras cabezas y que Job deje de trabajar duro, de pensar en el trabajo, y pueda lanzar los *tequieros* sin sentirse inútil cuando se agota su resistencia ante el desempleo o los trabajos mal

pagados. En verdad deseo que no se rompa esa coraza suya de serenidad y paciencia que a mí me desespera tantas veces.

> Y más radiosa que el mediodía surgiría tu existencia, y la oscuridad sería como la mañana, y vivirías confiado de lo que te esperaba, y, sintiéndote protegido, te acostarías tranquilo.

Es capaz de dejar las miserias laborales al otro lado de la puerta de casa, como deja las familiares a este lado cuando sale a trabajar. Capaz de rechazar las lógicas del mercado y de la vida en pareja, que tantas veces vienen a ser la misma, lógica difusa de propiedad privada que él ignora aferrado a su guitarra, capaz de no alterarse por vivir bajo esas normas que me desestabilizan.

> ¿Cómo es que viven los impíos,
> envejecen y se acrecienta tanto su fortuna?

Pero aquí estoy yo, almacenando su rencor y aguardando en silencio el momento oportuno para proyectarlo sobre los devastadores, a quienes él responde con música despojada de resentimiento. He comprendido ya que esa es su manera de resistir, siempre lo ha sido. Lo he despreciado por eso. Lo admiro por eso. Ahora solo quiero que descanse de todo y se dedique a tocar la guitarra eléctrica aunque me ponga la cabeza como un bombo con el mismo repertorio de siempre.

Espiar su concentración. Hay un placer oscuro en este entretenimiento. Miro, sin que me vea, sus dedos largos evolucionando sobre el mástil y las cuerdas de la guitarra, y recuerdo a Fani recitando a Lorca.

> Empieza el llanto
> de la guitarra.
> Se rompen las copas
> de la madrugada.
> Empieza el llanto
> de la guitarra.
> Es inútil callarla.
> Es imposible
> callarla.

Llora monótona
como llora el agua,
como llora el viento
sobre la nevada.
Es imposible
callarla.

Estos versos me llevan a *While My Guitar Gently Weeps* de George Harrison, la preferida de Job. Nunca han dejado de gustarme sus manos. Recreo esos dedos largos en otras circunstancias, tal vez abriendo un libro que me leerá en voz alta, o exploradores, húmedos, desenvolviéndose en mí con la misma precisión que exigen los botones de una mesa analógica de sonido. Sola en casa, después de días sin verlo, he llegado a tocarme pensando que era él quien lo hacía, y he dejado después que se me escape el significado de esa acción absurda, llevada por las prisas cotidianas. Él nunca tiene prisa. Vamos a diferentes velocidades. La nuestra es una relación a dos velocidades, por eso me parece que no funciona, le dije a Marisa la otra noche. Aunque otras veces, y por el mismo motivo, me parece que sí.

A ver si te aclaras, Pepa, dijo ella, que menudo cacao tienes. ¡Pero si se nota que tu marido te gusta, y es tu hombre! ¿A qué viene comerse tanto el coco?

Mi hombre, dicen a menudo. También mi madre lo dice. Mi hombre. Y yo mirándolo desde puertas entreabiertas como a un desconocido. Algunas veces bastan estas separaciones para que vuelva a gustarme, aunque poco haga por hacérselo saber, como si me costara encontrar la ocasión. Podría darle esa alegría, ahora, pero todavía alargo la espera. Cuando sucede es un gran momento, pero después hay una cascada de requerimientos diarios. Eso es seguramente lo que temo y me retrasa. Job no comprende bien lo puntual. Si volvemos a tenerlo, si lo tiene hoy, olvida toda elipsis por larga que haya sido, como quien encuentra algo que nunca debió perder y querrá seguir teniendo cada día. Colocarme frente a él sin decir nada, mirando cómo toca la guitarra, y pedirle en voz baja que me tocase a mí, sería traer al presente ese algo, una reparación de tantos actos que nos ha ido quitando la costumbre. El fulgor

apagado que cada cierto tiempo intentamos recuperar, las premuras del cuerpo, la urgencia del placer. No usamos ya esa palabra, «placer». Tampoco «deseo». Tampoco «pasión». Se nos han ido desgastando las palabras. La única pasión que pronunciamos ya es la que lleva el nombre de mi salón de manicura. Acaba de cambiar al *Wonderful Tonight.* Esa me la cantaba muchas veces, al principio, con la guitarra acústica. ¿Seguirá pensando en mí cuando la toca ahora? ¿Se acordará de aquellas ferocidades?

Tengo la sensación de almacenar más recuerdos que él. Nunca decimos ya hacer el amor, aunque tampoco hayamos dejado de hacerlo del todo, espaciado, con otros ritmos, de otras maneras, atemperados. Con los nuevos colores en mi cuerpo.

Voy a preparar la cena, lomos de bacalao con una pimentada, ya tengo cortados en tiras los pimientos verdes y rojos con la cebolla. He puesto a enfriar un vino blanco. Observo mis uñas verdes dudando si convertir la cena en algo especial. Tengo puesto todavía el bikini, voy descalza, las plantas de los pies sucias, el pelo oliendo a cloro reseco, mi sudor aumentando por minutos debido a la excitación del espionaje. Está anocheciendo fuera. Es la hora en la que todo puede hacerse. No parezco estar muy *wonderful* que digamos *tonight,* aunque él lo siga cantando con esa convicción y sin pensar en mí. Sacar las copas buenas, el mantel de lino amarillo, que haya velas en la mesa, ducharme antes, lavarme bien el pelo, ponerme esa camiseta de tirantas que a él le gusta, escotada y larga, que cubre mis glúteos naturales casi como un vestido. Romper la contención. Debe de hacer ya décadas que no decimos que hacemos el amor. Lo que hacemos nosotros es follar. Sacaré el wok y en veinte minutos tendré lista la cena, pero míralo, no creo ni que tenga hambre, con la guitarra se le olvida todo, ahora se ha equivocado y empieza de nuevo, si no me muevo yo él no pierde nada, qué va a perder, si ni siquiera espera la que se le puede venir esta noche encima. *Oh my darling… You are wonderful tonight…* Y así se llevaría este tres horas más, pienso mientras saco el aceite de oliva virgen, añado un poco al wok y espero que se caliente

antes de echar la pimentada con cebolla. De ahí saltaría a su repertorio de los Beatles y si te vi las uñas ni me acuerdo, si tuve problemas en el trabajo, menos, si me espiaste detrás de la puerta ni me enteré.

> Te olvidarías entonces de las penas, o, si de ellas te acordaras, sería como de agua que pasó.

Por qué eres tan retorcida algunas veces. Y qué quieres, ¿follar? ¡Pues dímelo y ya está!, me dijo la última vez que me puse el vestido-camiseta y la cosa acabó en bronca porque antes de follar pretendí hablar de sentimientos, de lo que siento yo, de lo que siente él, y ahí Job se lía, mira para otra parte o lanza opiniones inconvenientes, nunca las que yo quiero escuchar. A lo mejor esa fue la vez que me dio permiso para un amante joven, no me acuerdo. La cebolla y los pimientos chisporrotean en el aceite escaso, los muevo un poco con la espátula de madera y saco salsa de soja del frigorífico para añadir unas gotas al final. Desde la ventana de la cocina miro la calle con sus árboles, iluminados por las farolas. Las jacarandas nocturnas me hacen pensar en el barrio desarbolado, alejado de nosotros. Y yo qué espero aquí mientras el mundo me reclama fuera, a qué clase de paraísos pretendo acceder, adónde creo estar dirigiendo mis pasos, ensimismada, ensoberbecida, creyéndome dueña de mi deseo y del suyo, como si lo exterior no afectara a esta cápsula de *tequieros* errabundos, flotantes. Deberías rechazarme más, Job, haberme rechazado más veces en el pasado, haberte esmerado en enseñarme a ser rechazada como te esmeraste en enseñarme a hacer el amor, los quince años que separan nuestras fechas de nacimiento, esos que decíamos que no importaban, siempre como péndulos oscilando sobre nosotros, sobre tu entereza bíblica, sobre mi impaciencia. Dos velocidades. Tu corazón alegre todavía, ligero como las notas de una canción de los Beatles. Mi corazón compacto, endurecido como una uña por los esmaltes de la rutina. Hasta el moño ya del *wonderful tonight* mientras friego la tabla y los cuchillos, me seco las manos en el delantal y saco los platos, a ver si cambia, qué carca, qué pesados son los tíos algunas veces, vivir con el

mismo durante mucho tiempo es como haber convivido con cinco diferentes, es conocerlos a todos. Por más que rechace generalizar sobre los hombres y meterlos en un mismo saco, a veces me iluminan estas seguridades, visto uno, vistos todos, en cuanto esté listo el bacalao con pimientos subo la escalera, me ducho y me pongo esa prenda roja descolorida con un pantalón corto. Bajaré oliendo bien, con la cara hidratada y limpia le pediré que preparemos juntos la mesa para una cena especial, cenar juntos con velas, poner a funcionar algo que ni espera ahora mismo, todo mi proletario *sex appeal* envolviendo al obrero de la música. La risa que nos dan esas parejas de las pelis americanas que en cuanto abren la puerta de la casa ya se están desnudando a mordiscos y se dan golpes contra las paredes y los muebles y se ponen a follar como descosidos en plan incómodo, en vez de irse a un colchón o por lo menos a un sofá, nos impediría en cualquier caso hacer lo mismo, arruinaría el intento, pero más o menos así de exagerado me imagino en la cocina lo que puede pasar luego: directamente, con determinación, yo excitada por su sencillez de músico artesanal, alejado de la feria de las vanidades; él, radioso y radiante como el Job de la Biblia.

Excitación. Esa palabra y sus derivaciones también las usábamos al principio, antes de que todo se fuera simplificando más y derivara en calenturas, calentamientos, estar calientes como este wok al fuego, sin más palabrería. Venga, pimientos listos, ahora a dorar el bacalao en el mismo aceite, pimienta recién molida por encima, poca sal para que a Job no le suba la tensión, que bastantes cosas le van a subir si la cena termina como me estoy imaginando. Es un alivio escuchar ahora una canción de Coldplay que se sale de su repertorio clásico. Al menos ha tenido la iniciativa de tocar algo diferente, es un detalle prometedor, todo avanza a buen ritmo, ya está la pimentada con bacalao servida en la vajilla buena, copas de vino blanco sobre el lino amarillo. Así sucede a veces, la mesa bien vestida y nosotros mal, de andar por casa. Qué bien, mi camiseta preferida, ¿qué celebramos hoy?, dice Job soltando la guitarra y mirándome el escote, sin apreciar esos contrastes de estilo entre la mesa y nosotros. Se sienta frente a mí

visiblemente contento, su atención alternando entre el bacalao y la camiseta, desentendido de los devastadores del mundo.

Y yo qué sé, cualquier cosa nos vale, que has vuelto de tu viaje, la camiseta de Pink Floyd que llevas, mis uñas verdes, que te haya salido ya de una puñetera vez el *Badge* de los Cream, que vayas a jubilarte pronto…

La guitarra reposa en el sofá. Brindamos, probamos y aprobamos los pimientos en su punto. El verde de mis uñas resalta en la copa fina contra el vino blanco y frío. Job dice que está bueno el bacalao y que por qué precisamente uñas verde Betis. Que no es verde Betis, que es verde brillante, respondo mientras doy un trago largo al vino, dispuesta a introducir el tema que no ha dejado de rondar estos días por mi cabeza y por mi ordenador. ¿Te acuerdas de la Flaca?

Qué Flaca, ah, sí, la yonqui de la que me hablaste que tenía los labios operados, ¿no? Qué mal me ha sonado lo de la yonqui, Job. ¿Pero lo es o no lo es? Pues para entendernos, Pepa, de alguna manera la tendremos que llamar. Y entonces le cuento lo de las operaciones estéticas, cómo se están esculpiendo algunas mujeres de allí el cuerpo a base de prótesis y de quitarse costillas, destrozándose la columna vertebral. Mi ánimo se viene abajo al imaginar juntos cómo evolucionarán esos implantes conforme ellas vayan envejeciendo.

Le digo que podría venir un día al barrio, como hacíamos antes. Me refiero no solo a llevarme o recogerme, sino a tomarnos una cerveza por allí, ni siquiera hace falta que esté abierto el salón, ellas se van a la playa pronto pero los bares nunca cierran, imagina unas cañas en un bar de allí en pleno agosto, sería un plan muy nuestro.

Qué tentador, dice Job mientras se levanta y viene hacia mí, me da un beso en la boca y me coge las tetas breve pero firmemente, antes de ir a la cocina a sacar queso del frigorífico para tomarlo después del bacalao. Lo veo alejarse en la corta distancia. No es verdad que sean todos iguales. Es diferente a los que humillan y desprecian a las mujeres, y también a esos que pretenden deslumbrar con sus conocimientos pero en la vida son torpes, enceguecidos por egos rígidos, demasiado

endebles. Su ego es flexible y por eso fuerte. No ha sido deformado por la avaricia ni por la egolatría: a pesar de los desastres que inmerecidamente le ha enviado el dios mercado, ha forjado esa resistencia a lo largo de sesenta y cinco años. Podría contarle esto que estoy pensando, pero sigo comiendo sin hablar. Job hace lo mismo y después comienza un juego al que hace tiempo que no jugamos, tal vez porque ha intuido que pensaba bien de él. Esta telepatía a la que no damos nombre ha arraigado entre nosotros con la fuerza de una planta trepadora, envolviendo los gestos cotidianos en anticipaciones y coincidencias asombrosas con una inexplicable naturalidad, la misma con que entramos automáticamente en este juego.

Se trata de decir lo que nos gustaría hacernos, pero como si no nos conociéramos de nada. Lo hemos practicado en bares, en casas, por calles conocidas o de ciudades nuevas, en hoteles. Él dice lo que le gustaría hacerme ahora y yo respondo aquello que quisiera hacerle yo. Conocemos las reglas: todo ha de ser enunciado sin apasionamiento, como quien dice, no sé, parece que va a llover. Pero no decimos eso, decimos palabras que han de ser pronunciadas mirándonos a los ojos con seriedad. Tampoco vale reírse. Palabras que se nos habían quedado enganchadas en las inercias de la rutina y ahora, después del vino, recuperamos como si les hubiéramos dado una capa de esmalte, renovadas y frescas. Decimos chupar, decimos comer, decimos follar y todo lo decimos así, distantes, serios, como si de verdad hiciera falta no conocernos para lograr el deseo que nos haga salir de lo que conocemos, como extraños desbordados por la absoluta franqueza.

Más de treinta años jugando a juegos como este, Job...

¿Te acuerdas de cuando un pueblo entero murmuraba que no íbamos a durar juntos ni un año?

Pero aquí seguimos.

Tú, tocando a Eric Clapton.

Yo descubriendo a Diane di Prima.

> Nos tambaleamos a través del silencio y chocamos en
> lo más profundo del otro
> damos tumbos de un lugar equivocado al otro

como niños que salen a jugar de noche sobre un barco
y el barco se escapa de sus amarras, y ellos observan
las estrellas
sobre las que todo desconocen, intentando descifrar
hacia dónde se dirigen.

Lunes

Las once de la mañana de cada lunes, hora en que Fani acude puntualmente a su cita, se ha convertido en el momento más esperado de la semana. No sé si esto es bueno, ni para qué, no me detengo a analizar qué indica ni me demoro en lecturas psicológicas. Recibo la alegría previa a su llegada como un mandato natural que me activa y se extiende conforme se acerca la hora del encuentro, estimulando zonas dormidas, anestesiadas. Mañanas de lunes. Ha llegado una alegría nueva y algo querrá decir. Ignoro si se trata de la alegría del encuentro o es la pura alegría del atrevimiento, que remueve lo estancado. Eso hacemos cada lunes, atrevernos a estar juntas, cruzar las fronteras que tienden a separarnos, rasgar la rigidez del tejido social, maraña de hilos que tiran de nosotras en direcciones contrarias. Atreverse, atravesar, atrevimiento, a través. Por las ventanas de casa se cuela una corriente que renueva el aire. En cada nueva cita es más intensa, porque el sencillo hecho de estar otra vez juntas es señal inequívoca de que permanecemos, resistimos, cumplimos con horarios y trabajos. Mañanas de lunes. Nuestra constancia es la mayor osadía, no claudicar en la tarea, seguir.

Fani sale con su novio o amigas los fines de semana, y a veces viene un poco resacosa. Yo también puedo estarlo aun sin haber salido, quizá tras una última cena bíblica como la del otro día, botella y media de vino con buen sexo capaz de reparar los huecos anteriores, las elipsis de un tiempo asexuado que ya no medimos, siempre más largo en su memoria que en la mía. Como predije, Job convierte cualquier nuevo acercamiento físico, ya sea improvisado o ideado con cierta planificación por mi parte, en un asidero que le ayuda a salvar alegremente esas elipsis y estimula su optimismo natural animándolo a seguir, aquí no ha pasado nada, fue un lapsus,

seguimos funcionando, follamos con normalidad, no ha dejado de gustarnos, está más que superado. Con la normalidad de hace veinte o treinta años, quiere él decir. La que hace tiempo ya dejó de ser normal.

Fani y yo solemos tomar té verde con menta, caliente o frío, durante las dos horas largas que pasamos juntas, aunque a veces ella pide cocacola fresquita con limón. Antes apenas compraba pero, desde que Fani viene, no faltan cocacolas en la nevera. Sé que nuestro compromiso semanal no depende de refresquitos con limón, pero ni siquiera en eso quiero defraudarla. El encuentro de cada lunes es como llegar a un sitio que nos parece accesible pero adonde sin embargo no ha sido fácil llegar. El segundo día, cuando llevaba un rato largo esforzándose en la lectura y detecté que estábamos llegando a un punto de saturación tras el que no iba a merecer la pena el esfuerzo, tuve el atrevimiento de ponerla a escribir. No me refiero a un dictado como el que hicimos el primer día, Fani: quiero que vayamos un poco más allá y escribas algo propio, tuyo. Se trata de partir de cero, para relajarte un poco de la lectura, expliqué ante su cara de asombro. Desde el primer dictado rechacé el *mimamámemima* y utilicé fragmentos cortos de novelas o cuentos de escritoras como Ana María Matute, Marguerite Duras, Natalia Ginzburg. Sus nombres no parecían decir nada a Fani, pero algún poso en ella habrían de dejar.

¿Faltas de ortografía? No importan ahora mismo, olvídalo, no tengas miedo de las faltas de ortografía, solo voy a leerlo yo y no le contaré a nadie lo que escribes. De las faltas que salgan ya nos ocuparemos al corregir. Ahora en lo que debes concentrarte es en contar algo con tus propias palabras y frases, como cuando hablas, que lo haces muy bien, pero escribiendo, ¿entiendes?

Ay, Pepa, no sé si… Pero vale, venga, dijo, prestándose al juego con su gran capacidad de adaptación. Para romper el hielo, propuse y expliqué el ejercicio sencillo de los «me acuerdo», que ya había puesto antes en práctica en un taller de escritura que hice para una asociación de mujeres. ¿Pero qué son los «me acuerdo»? Como fogonazos, Fani, rescates de

momentos vividos, sin importancia, ¿sabes? Esas imágenes o escenas que apenas recuerdas y que están escondidas en tu memoria pero que ahora, escribiendo, vamos a rescatar. Todas, absolutamente todas, tenemos una memoria familiar valiosa, que merece la pena visitar de vez en cuando, incluso sacar a la luz, ¿no crees? Fani asintió sin convicción, como por no dejar mi pregunta flotando en el aire, intentando asimilar esa verdad que hasta el momento nadie le había hecho ver. Volvían a mi memoria las mujeres del barrio primero, el valor escaso que dan a sus vidas. Si alguien lo destaca, necesitan tiempo para vencer la sorpresa inicial, asimilarlo para poder creerlo e incorporarlo más tarde a lo que se dispongan a hacer, ya sea una entrevista de trabajo o una ristra de *meacuerdos.*

Fani: respira profundo, relájate y prepara tu viaje interior. Vas a entrar en tu propia memoria, a ver qué te cuenta, seguro que te sorprende.

Es inusual verla sin certezas a las que agarrarse, ella que sabe transitar por territorios diversos sin vacilar apenas, los físicos, los estéticos, las tribunas psicológicas de estilista desde las que me habla en más de una ocasión. Ver a Fani así, adentrándose en un terreno incógnito después de ser sorprendida por propuestas mías que no esperaba. Dar la palabra a Fani. Vamos a rescatar los olores, los sonidos, los sabores, las texturas, las palabras familiares llenas de todo eso, ¿vale?

Qué atrevimiento el mío, arrogarme el poder de darle a alguien la palabra, como si me perteneciera. Por qué centrarme solamente en tratar de enseñar a Fani a leer y a escribir mejor, cuando puedo intentar que paladee las palabras como nunca le han enseñado, que experimente la potencia y la elasticidad del lenguaje. Que aprenda a activar todo ese poder latente. Darle la palabra a Fani en mi espacio doméstico sin que me cueste nada. Darle la palabra a Fani, menuda presunción, como si fuera una propiedad privada que solo nos perteneciera a mí y a las mujeres como yo, capaces de leer mientras el tren avanza sin darnos cuenta de que somos observadas, admiradas por otras como ella. De dónde viene esta incomodidad que siento ahora. Quizá de esa intención equivocada, de dar la palabra

como si fuera mía, como si se la hubiera quitado antes, como si en otro tiempo nos hubiéramos apropiado de la palabra que una vez fue compartida, patrimonio común que giraba ante el fuego mientras la usábamos y el fuego nos calentaba: allí me veo con Fani, en un tiempo remoto, trayendo la primera palabra que nos hermana, la fogata primera.

No menos de media hora cada lunes escribe Fani en mi salón familiar mientras suena de fondo un disco de Pata Negra que rescaté para ella y de paso para mí, atrapada como estoy en la música de Job, dominante en todas las casas que hemos habitado, Eric Clapton, los Beatles, Jimi Hendrix, Pink Floyd, Led Zeppelin, David Bowie, Frank Zappa, América, Lynyrd Skynyrd y todo el catálogo anglosajón de los 60 y 70, solo interrumpidos en pausas largas por Bach y Beethoven, cuyas sinfonías el melómano Job es capaz de distinguir con unos pocos acordes. Habían sonado en nuestros sucesivos salones de alquiler y siguen haciéndolo en el salón hipotecado donde Fani se esmera. Durante años han estado fundidos sus gustos con los míos, eso creía yo, pero ahora creo más bien que estaba mi gusto confundido, anulado, absorbido por el suyo, aplazando posibles descubrimientos por esa verdad suya, mil veces repetida, de que después de los setenta no se había hecho nada nuevo que mereciera la pena. Si me paraba a pensarlo, me parecía extraño haber admitido acríticamente sus inamovibles verdades musicales. En este como en otros asuntos, es cada vez más firme la molesta sensación de haberme amoldado, de verme adormecida en esa comodidad que más me va incomodando conforme cruzamos años, décadas.

A veces dejo sola a Fani en el salón de casa, con su expresión de niña reconcentrada en una tarea difícil que se esfuerza por cumplir. Como había imaginado, cuenta con un catálogo de imágenes frescas, vívidas, que me dejan sin habla. Un catálogo tan lleno de colores como los de esmaltes que despliegan ante nosotras en el salón de uñas. El patio verde y oscuro de su abuela en el pueblo, lleno de geranios rojos, con un jilguero cantando en una jaula amarilla. Su padre sano y alegre todavía, tocando la guitarra mientras ella lo escucha y le baila

y aprende a cantar con él, en mañanas azules de verano. La madre con el pelo recogido y la bata de flores rosas, en el piso del barrio, un séptimo, friendo churros para su tropa monegasca en mañanas invernales de domingo, mientras canta canciones de Rocío Jurado. De joven, además de maestra, también quiso ser cantante, y ni siquiera luego, con los disgustos de la vida, había dejado su madre de cantar, contaba Fani, tanto por escrito como de viva voz, pues cada lectura en voz alta de un *meacuerdo* suyo traía una explicación posterior debidamente acompañada por movimientos hipnóticos de brazos, cabeza y melena. Aparecían en los *meacuerdo* las discusiones con Carolina porque no quería prestarle a Fani su muñeca Barbie, pero también las siestas llenas de risas con la Caro. Calor, braguitas nuevas con dibujos de colores, persianas bajadas por las que se cuelan hilos de luz. De niña, ella los llamaba los agujeros del día. El Alberto siempre se las arreglaba para comerse más churros de los que le correspondían en el reparto, mojándolos en azúcar, y había sufrido accidentes en las liguillas de fútbol, que hacían a las hermanas visitar hospitales. Más tarde era él quien la guiaba o acompañaba por las calles del barrio, hermano protector. Me acuerdo de que muchas veces yo no quería dormir la siesta porque en la ventana estaban los agujeros del día... Había olores de salitre y sabores de pescado frito de Chipiona, donde todos los veranos pasaban quince días en un piso de alquiler. Gente que cantaba, bailaba y gritaba bajo los toldos, en la playa o en la casa de la abuela. Me acuerdo del día en que el Alberto, rojo como un tomate, le metió una hostia a un amigo suyo porque me cogió una teta. Imágenes de Fani previas al desempleo paterno, anteriores a la última o penúltima crisis, y muy pocas del desempleo feroz que hundió al padre en la bebida. Lo que vino después apenas era rescatado, salvo escenas más recientes, con su novio, José, en hoteles de playa, a la orilla del mar, en viajes a Barcelona, donde José tenía familia. Debido a su juventud, tampoco había mucho más que rescatar: lo que de verdad importaba era facilitarle ese paseo por los vericuetos de su memoria fresca.

Le hago leer los *meacuerdo* en voz alta. Quedan flotando por el salón, rítmicos, y mi pensamiento se acompasa a ellos mientras me inspiran títulos de posibles relatos o novelas, que se van imponiendo, contundentes. Gente que grita debajo de los toldos, gente que grita debajo de los toldos. Después corrijo en el cuaderno las faltas ortográficas y de puntuación, poniéndole algunos ejercicios y pidiendo que vuelva a escribir lo mismo en su casa, sin faltas. Allí puede alargar los recuerdos que quiera, o escribir otros nuevos. Avanza bien, pone empeño, trabaja, envía mensajes cada vez mejor escritos. Ambas seguimos siendo constantes, nos afanamos en esa permanencia que llena de alegría mis mañanas de lunes.

Conforme iba sabiendo más de la vida de Fani, crecía mi curiosidad por su madre: deseaba conocerla, me daba cuenta de que desde la primera vez que Fani habló de ella y la nombró, yo había deseado con todas mis fuerzas conocer a la Keli, pero se me hacía difícil intentarlo. Estaba constreñida por calcular tanto mis movimientos, callar en el salón de manicura una y otra vez, con la espontaneidad cercenada. Yo misma me había impuesto esa parálisis, una mesura desmesurada, difícil de soportar. El domingo me dije que a la mañana siguiente propondría a Fani una cita para encontrarnos con Keli en algún sitio, en mi casa, por ejemplo, si ellas querían. ¿Por qué no hacerlo así, con naturalidad? Ya estaba bien de tanto dar vueltas y de poner excusas para todo. El deseo de conocer mejor a alguien no debería apoyarse en excusas.

Fani me ha pedido cocacola desde el primer momento, alegremente dispuesta a un chute de azúcar con limón a las once de la mañana. Nunca he visto a una resacosa tan enérgica y vital. Sus resacas solo son perceptibles para ella. La observo mientras bebe y al momento dos palabras se me escapan sin premeditación. La Keli, digo. La Keli qué, dice Fani, mirándome. Entonces digo que me gustaría invitarlas a ella y a su madre a una paella en mi azotea. Me ha sonado brusca esa invitación, tal vez debería añadir explicaciones que la justifiquen. Explico que, como ahora paso bastante tiempo sola en casa, podría venir su madre con ella. Un encuentro de mujeres, digo, y sobre la marcha propongo que traigan a los

niños también, los hijos de la Caro, el Christian y el Iván. Os traéis los bikinis y bañadores y bajamos con ellos a la piscina. Podéis venir antes de irte a la playa con tu novio, mañana sería perfecto, para qué nos lo vamos a pensar más, que tampoco hay que planear tanto las cosas. Fani parece desconcertada por la propuesta, a pesar de mis explicaciones.

Propongo que bajemos, le enseño la piscina y, mientras paseamos por los jardines comunitarios, sigo añadiendo detalles a mi fantástico plan. Dedicaría mi día a ellas, bajar aquí con los niños, ya está viendo que es una urbanización pequeña y todo está bien cuidado, aquí pueden correr y jugar sin riesgo de que se escapen a la calle, y a los niños les vendrá bien un cambio de aires, como a todo el mundo.

Fani, un poco apabullada por mi verborrea, sonríe y explica que sus sobrinos saben nadar porque la Caro los llevó para que aprendieran en la piscina municipal, donde ya apenas pueden ir porque la Caro tiene unos horarios locos en la cafetería, y a ella le da mucha lástima tener que dejar a los niños con la abuela, allí en el piso, en pleno verano. La posibilidad de traer a sus sobrinos me surgió como un intento de vencer en ella posibles resistencias, y después lamenté no haber pensado en los niños desde el principio, aunque el día de piscina y juegos compensaría ese descuido. Tampoco la paella que pensaba prepararles se iba a quedar atrás. Yo puedo estar subiendo y bajando, hago el sofrito, le decía, me doy otro baño si hace falta con vosotras y, cuando queráis, subimos, echo el arroz y a comer.

La clase ha terminado. Fani no niega ni confirma nada, dice que primero se lo tiene que decir a su madre pero que no sabe si querrá venir, porque es muy suya. De todos modos me pongo en marcha en cuanto Fani se va: llamo a Luisa, mi carnicera, para que el martes a primera hora me tenga troceado un pollito de corral. Al día siguiente iré a recogerlo al mercado y compraré un arroz bueno, gambas, calamar, mejillones, judías verdes… Lápiz en mano voy anotando en la libreta pequeña de la cocina ingredientes para una paella y una ensalada, pero un mensaje de Fani me paraliza: su madre no tiene claro lo de venir a comer. Y empiezo a culparme, tendría que haber sido

menos espontánea, haber amarrado esto mejor, esperar a conocernos casualmente en Pasión Nails y allí cruzar con Keli las primeras palabras, felicitarla por su hija, habríamos podido conectar sin problemas, después de todo somos de la misma generación, dos *boomers* unidas por el objetivo inmediato de una manicura perfecta. *Haber si vamos no lo se xq es muy sulla t lo dije Pepa,* escribe Fani en respuesta a mis porqués. Es hora de aparcar otra vez los rodeos. Marco su número de teléfono. Al otro lado, escucho a Fani con ruido de niños al fondo. Todos juntos, imagino, en el séptimo piso. Se lo estoy diciendo, Pepa, que sería irnos mañana a tu casa con los chiquillos, pero mi madre es muy cabezona, tú no la conoces, dice que le parece muy buena idea lo de la piscina para los niños, pero que vaya yo sola con ellos, que ella es más de playa. Mira, dile a tu madre de mi parte que no le dé tantas vueltas a las cosas, Fani, que yo soy tan cabezona como ella y no puede dejarme tirada con toda la paella casi en marcha, que lo estoy preparando ya todo. Tú la conoces y sabrás cómo hacerlo, venga, no os lo penséis dos veces, mañana muy temprano voy al mercado y a las doce os espero en casa. Fani se ríe, vale, déjame a mí, dice, y cuelga el teléfono.

Pero al poco recibo otro mensaje: *Nada k no hay manera Pepa haber si otro día cuando vuelva de la playa la puedo convense.*

A ver, a ver… Vale, cuando queráis, yo estaré aquí en septiembre. Que lo pases muy bien en la playa, respondo con una decepción que oculto a duras penas bajo iconos de sombrilla de colores, un velero navegando y caritas besuconas.

Al día siguiente recogeré el pollito de corral que he dejado encargado, lo haré en salsa y lo congelaré, para cuando vuelva Job de sus últimos bolos.

El resto de la jornada alterno el curso de igualdad con la escritura y la limpieza a fondo de cocina, baños y escaleras, sin renunciar a la idea de que, a la vuelta de Fani, su madre cambie de opinión y me deje cocinar para ella y sus nietos, hacer que se olvide un rato de su heredero Alberto y se tome conmigo unas cervezas, preparar una paella donde nada falte, ser por un día como amigas de la infancia que se reencuentran

después de tiempo sin verse, unidas por el aroma antiguo de un sofrito mientras vestimos chanclas y bikinis de colores alegres, desentendidas de aquello de lo que a solas no somos capaces de desentendernos.

Ser unas pocas horas gente junta, gente alegre, gente que come y grita debajo de los toldos.

El armario

Primer miércoles de septiembre, seis y media de la tarde. Enfilo el camino con zapatillas de deporte, ropa cómoda y uñas visiblemente descascarilladas, impresentables, como si las hubiera invadido un hongo extraterrestre capaz de dejar rastros *verdebetis* bien agarrados a la superficie. Llevo algunos días agarrotando los dedos con formas extrañas, intentando ocultar las uñas al ir a pagar en el mercado, al hablar con vecinas o al tomarme una cerveza por ahí con Job, con la intención de que nadie se dé cuenta. Pero no hay manera de ocultar esto.

Voy a hacerme las manos, los pies, las piernas, el bigote y las cejas. Hoy he introducido en mi excursión periférica un elemento nuevo y excitante: Job vendrá a recogerme a las ocho de la tarde. Esta vez voy a dejar que me recojas, le dije en la última cena erótico-festiva. Y no solo eso, sino que tomaremos juntos unas cañas en el bar de los comerciales que hay detrás de Pasión Nails. Allí, sin ir más lejos, estrenaré mi *look* total.

Cuando entro, la Flaca está al lado de la puerta, a punto de salir. Eleva sin decir nada la mano extendida casi a la altura de mi cara, con urgencia. Le digo sin agrado que hoy no tengo nada suelto. Ella se aleja, hosca, precedida por sus labios recauchutados. Mucha gente hoy, también niñas. Todas las descascarilladas que esperábamos con ganas el final de las vacaciones de nuestras estilistas. Ante mis ojos se desplegará un nuevo catálogo de colores. Volveré a hacer un acto de fe al creer que el catálogo es de verdad nuevo, teniendo en cuenta que siempre me parece el mismo. Esta vez vengo dispuesta a darme un color morado, con el que celebraré haber finalizado, en la segunda quincena de agosto, el curso sobre Igualdad de oportunidades en los Servicios Sociales, enhorabuena a mí misma, tiremos otra vez la casa del color por la ventana de

Pasión Nails. También celebro que mi novela vaya avanzando, y que nadie lo sepa. No comentar con la familia qué hago todo el tiempo hace que me sienta como una especie de heroína rebelde. Se trata de una rebeldía de baja calidad, pues tampoco es que la familia muestre una curiosidad extrema, acostumbrada a verme como una vulgar madre-niña-menopáusica a un ordenador pegada, haciendo cursos o escribiendo cosas que de momento nadie va a leer. Mario se quejó de mi actitud el día del cocido, después de haberme pasado la mañana sudando en la cocina para contentar sus caprichos culinarios. Has estado un poco arisca, me dijo al día siguiente por teléfono. Llamó cuando yo estaba concentrada en la escritura tras cometer el error de no apagar el teléfono, ni silenciarlo. ¿Y qué esperaba? Nunca estoy a la altura de lo que parecen esperar mis hijos. Su amigo Carlos me cayó muy bien, estuve charlando con él y sacándole información sobre su trabajo en los almacenes de Amazon, supermercado cósmico indecente donde las mujeres se dejan las lorzas trayendo y llevando cajas, si es que son capaces de aguantar el trajín. Creo que fui amable y que a los dos les gustó mucho la comida. Qué más quieren. Si están saliendo juntos que lo digan y ya está, o es que voy a tener que imaginarlo todo y tratar como novio a cada amigo que trae. Algo así le dije por teléfono, sin ser capaz de prestar atención a lo que me decía, arisca por qué, arisca con quién, ¿contigo? ¡Pero si te he dado un achuchón en cuanto nos hemos visto, como siempre! ¿O te refieres a Carlos? ¿Estáis saliendo juntos o qué? A veces Mario y yo no conseguimos llegar a acuerdos y hablamos con una irritación creciente que hizo que él me dijera sin más explicaciones: no es nada serio, mamá, que parece que siempre estás queriendo emparejarme. Zanjé la conversación absurda diciendo que tenía que seguir escribiendo, sin darle apenas tiempo a despedirse. Queriendo emparejarlo, queriendo emparejarlo. Así es como traduce mi interés por su vida.

Hoy vengo decidida a hacer prevalecer mi criterio sobre el de Fani: será un color morado, diga lo que diga ella. Podría ceder también ante un violeta, pero de esos tonos no va a sacarme.

Me recibe muy alegre, deseando que me toque el turno para contarme, en voz muy baja, que voy a flipar cuando lea todos los *meacuerdos* que ha escrito en la playa, sorprendida de cómo le han venido a la cabeza los veraneos pasados con su familia. Mira qué decidida viene hoy la Pepa, dice contenta, cuando le comunico que ya traigo elegido ese color que aprueba calladamente, sin la resistencia agresiva que mostró ante el crema. Extiendo los dedos y ella despliega ante mí las uñitas de plástico de esa parte del catálogo. Madre mía, cómo me traéis hoy todas las uñas, qué lástima, coño, no se os puede dejar solas, dice, cogiéndome las manos y evaluando de un vistazo los hongos extraterrestres. Moraditos hay unos cuantos, añade, no sé si lo quieres más claro o más oscuro, o mira, estos violetas también quedan muy monos. Con ganas de terminar para tomarme unas cañas con Job en el bar de la esquina, el proceso de inmersión que más me apetece hoy, elijo un morado fuerte, zanjando pronto el asunto. No quiero demorar los procesos estéticos a los que estoy a punto de someterme. Me dejo hacer el borrado químico habitual mientras delante de mí desfilan mujeres de distintas edades, unas esperando, otras sentadas, pendientes de los jugueteos de sus hijos o nietas más pequeñas, que entran y salen por la puerta, pasando del aire acondicionado al bochornoso calor de la tarde de septiembre. Las Yaizas, las Zoraidas, las Zulemas.

Por el local se elevan conversaciones a las que no presto tanta atención como otras veces, harta de no ser capaz de intervenir, entregada a mi tuneado con toda la frivolidad que me pide el cuerpo. Ya tengo una mano morada. He decidido el mismo color para los pies mientras las clientas elevan sus voces a mi alrededor, entrando en vericuetos dialógicos que nunca habían desarrollado en mi presencia. El mariconeo. Faltaba esto, claro, no solo iban a ser las niñas con manicura, las honras que entregar a los padres, los hímenes impolutos antes del matrimonio. Qué me creía yo, ¿que iba a salir de aquí hoy sin bigote, con cejas perfectas y dejando destellos morados a mi paso, sin haberme escandalizado antes por un nuevo muestrario de opiniones que no puedo digerir? La conversación que está imponiéndose hace que me remueva incómoda en la

silla y retraiga la mano derecha sin darme cuenta, haciendo que Fani me llame al orden. La palabra «maricón» sobrevuela hoy el salón de manicura. No sé de quién están hablando. Sigo sin romper la especie de cobardía que me impide participar de sus conversaciones. Quizá sea dejadez, comodidad. No sé qué nombre darle a lo que me atenaza. Habría sido liberador ser capaz de llevarles la contraria desde el principio, dar mi opinión sobre todos los asuntos espinosos que canalizan sus energías. Nadie me ha pedido esa opinión, es cierto, pero tampoco yo les había pedido a ella sus opiniones contundentes sobre la virginidad, el sexo fuera o dentro del matrimonio, las edades correctas para no ir al matrimonio demasiado tarde, como si el maldito matrimonio siguiera siendo lo que nos hace medir los tiempos de nuestras vidas, por encima de todo.

Te digo una cosa: prefiero un hijo drogadicto a un hijo maricón. No es la primera vez que escucho decir eso a mujeres como ellas, pero ahora, a mis cincuenta años recién cumplidos, siete de la tarde del primer miércoles de septiembre, me niego a seguir guardando silencio en Pasión Nails. La mujer repite su afirmación de que prefiere un hijo drogadicto. El mariconeo y todas sus derivaciones lingüísticas han llenado el salón de un rumor insoportable que me ocupa la cabeza. Quién coño lo está diciendo. Las miro a todas. Maricón el hijo, sí, pero te digo una cosa: mariposón el padre también, lo que pasa es que algunas cosas no se pueden decir, dice una por lo bajo. Pues bien que lo estás diciendo tú, pienso yo, todavía muda pero con mi garganta calentándose a un ritmo acelerado. No sé de quiénes hablan. Y a mí qué me importa de quiénes están hablando. He retirado mi mano a medio pintar de las manos de Fani. Solo tengo el pulgar y el índice morados. Fani me mira. Seguramente mi cara ha cambiado a un rubor súbito, decidida a romper todos los hielos que yo misma me había puesto por delante desde el principio en Pasión Nails.

¿Quién ha dicho que prefiere un hijo drogadicto a un hijo maricón?, pregunto ahora elevando la voz, mi garganta activada sin pedirme permiso. Muchas me miran, ninguna responde, seguramente lo ha dicho la misma que sigue sin

parar de hablar. ¿Pero cómo podéis decir eso? Insisto, elevando la voz: ¿hay aquí más mujeres que prefieran un hijo drogadicto a un hijo homosexual?, pregunto sin dejar de mirar a la que ha hecho esa afirmación. Todas me miran calladas mientras yo me crezco y sigo, con un súbito afán: porque se llaman así, no sé si lo sabéis, las personas que se sienten atraídas por personas de su mismo sexo. Siento que me va rodeando un interés explosivo, anormalmente silencioso. Déjalo, Pepa, dice Fani, sujetando otra vez mi mano a medio pintar. Intento respirar profundo, inspirando un chute de acetona homófoba. ¡Se llaman homosexuales!, digo casi gritando, mi tono de voz mimetizado con los habituales del salón de belleza. En serio: ¿nadie tiene aquí hijos ni hijas, ni un amigo, ni una amiga que lo sean? Todas callan y yo las miro a todas.

Pues mira, Pepa, no, dice Hortensia, que le está haciendo los pies a Yasmina. Y te digo una cosa: hijos drogadictos no quiero ni tengo gracias a Dios, es lo peor, pero si me dan a elegir, tampoco los quiero maricones, qué necesidad.

¡Maricón, maricón!, grita una de las niñas que juega con otras, entrando y saliendo del local, y todas ríen escandalosamente. Expulso con rabia un flujo de anhídrido carbónico empapado en porquerías químicas y me dan ganas de salir corriendo, pero decido resistir, embravecida. Ah, pues mira por dónde, yo sí, digo. Tú sí qué, dice Hortensia. Que yo sí tengo. Te voy a decir lo que tengo, dirigiéndome ahora solamente a Hortensia pero hablando para todas, pues sigo reclamando atención grupal. Tengo una buena amiga, de las mejores, de esas a las que les puedes contar todo y nunca te van a traicionar, de esas con las que puedes contar lo mismo para las penas que para las alegrías, y resulta que mi amiga, además de ser una bella persona, también es lesbiana, ¿sabes? Se escuchan unas risitas. ¡Tortillera!, se oye decir a alguien, seguido de más risitas. Me da igual, lesbiana, bollera, tortillera o como llaméis aquí a las mujeres que aman a otras mujeres. Todas callan. Resulta que se casó hace dos años con una mujer, y están felices juntas. Fani se está mordiendo los labios con los ojos muy abiertos por la deriva que estoy tomando, incómoda

por estas confesiones que nadie me ha pedido, conteniendo sus ganas de llamarme al orden mientras continúo.

Y además tengo cerca otra joya, un diamante de verdad, no como esos de pacotilla que os ponéis en las uñas, digo señalando las garras kilométricas de la que está siendo terminada de tunear por Conso, en la mesa de al lado. Yo tengo un diamante de los buenos, de los que no se rayan con nada. Es mi hijo, y es actor.

Uy, uy, uy, cuánto artisteo en tu casa, ¿no, Pepa? Tu hijo actor, tú escritora… dice Fani, en un intento por aliviar la tensión.

Y qué le pasa a tu hijo, ¿es maricón o qué?, pregunta agresivamente la mujer joven y obesa que está sentada en el sofá de escay, despertando una expectación general en espera de mi respuesta a esa pregunta. Nunca la había visto antes. Es una de las que lleva la batuta de este cotilleo homófobo. Alguien se ha dirigido a ella diciendo su nombre. Azucena. Maricón… Pues sí, mira. Mi hijo es maricón. Noto que mi cara ha enrojecido de pura rabia. Nunca lo había llamado maricón, y menos así, ante un atento público que parece odiar a los maricones. Un rumor inmediato, seguido de un silencio, sucede a mi respuesta. Bueno, mujer, no pasa nada, Pepi, dice por fin Hortensia mirándome con pena. Aquí cada una tiene lo suyo y te digo yo que de pocas cosas nos asustamos ya.

Ah, no, pero es que me está asustando a mí que penséis así, porque para mí eso no es ningún problema, Hortensia, ¡es lo que os estoy queriendo decir, que no es ningún problema eso, que no te enteras! Yo también me asusto de pocas cosas, por qué te crees que vengo, ¿es que hay mucha gente de fuera que venga a tu salón?

No, desde luego, dice Hortensia, algo achantada. La única de fuera que viene eres tú.

Ya, claro. ¡Y luego os quejáis mucho de que a la gente de fuera le da miedo este barrio! Pues fíjate qué poco me asusto yo de todo lo que dicen que tenéis aquí.

Casi puede verse ahora la barrera entre ellas y yo, un muro que yo misma estoy apuntalando con materiales inflamables al invocar esa segunda persona del plural, metiéndolas en el

mismo saco a ellas, a todo el barrio, separando mi normalidad de la suya, mi cuerpo de los suyos, mi vida de sus vidas.

Una cosa os digo: no sé si vuestros hijos son como el mío, que vive solo y es independiente, que trabaja desde los diecinueve y se fue de casa con veinticuatro años, que me regaló con el dinero que ganaba mi primer ordenador, donde escribí mi primera novela y ahora estoy escribiendo la segunda, y os digo una cosa: orgullosa estoy de él. ¡Súper orgullosa de él!

Metiéndolas en el mismo saco, como hace toda la gente que no es del barrio y nunca entra allí. Como si mis trabajos anteriores o mis visitas perseverantes al salón de manicura no hubieran servido de nada, anuladas por las fuertes inercias que tiran de nosotras en direcciones contrarias hasta separarnos por una trinchera. Y, lo que puede ser peor: sin decir que la novela que estoy escribiendo va sobre ellas, o quizá sobre mí intentando entrar en ese saco.

Fani asiente con la cabeza y me mira intentando calmarme, con unos gestos que parecen decir: yo esto del mariconeo lo tengo superado, Pepa, por mí no te preocupes. Pero yo sigo hablando, sigo el cauce del río que me desborda el cuerpo y continúo, elevo el índice con uña morada flamante de la mano terminada, mirándolas a todas, ya pendientes de mí. Mi hijo no es ningún problema para mí, ¡al revés! Lo que sería un verdadero problema sería tener un hijo drogadicto o delincuente, eso sí que sería un problema que no me dejaría vivir tranquila, pero resulta que mi hijo no me ha dado nunca ninguno de esos problemas, ¡ninguno! Y ya está. Me da igual que os riais, os podéis reír todo lo que os dé la gana. Ninguna está riendo ahora, en realidad, pero es que ni las miro, ensimismada como estoy en mi discurso vehemente. Porque es que en mi familia eso no es ningún problema, ni para su padre, ni para su hermana ni para mí es un problema eso, ¡a ver si os enteráis, que no es un problema! El problema lo tiene un hijo maricón que le oiga decir a su madre que preferiría que fuera yonqui.

Es que en este barrio pensamos así, Pepi, dice Hortensia, quien sorprendentemente, en vez de querer expulsarme, me

mira con cierta admiración por estar siendo capaz de llevarles la contraria a todas.

Sí, dice Yasmina conciliadora, con un pie puesto en el regazo de Hortensia, que le pinta las uñas de amarillo pollito. Aquí las cosas son así, mejor que no te salga ni maricón ni bollera, vamos. Y me mira condescendiente, como si yo estuviera intentando una batalla perdida de antemano.

Ah, respondo sin dudar, pues entonces qué pena me da de los chavales maricones y las chavalas bolleras de este barrio, qué difícil se lo estáis poniendo al decir estas cosas, de verdad. ¡Es que aquí no hay de eso!, dice Azucena otra vez. Se ha levantado del sofá y está moviendo su cuerpo hinchado y obeso, con un pantalón vaquero muy ajustado que pone en letras grandes a la altura de sus glúteos *Don´t touch my ass,* hacia la mesa de Conso, quien todavía no ha dicho ni mu y se dispone a adecentarle esas uñas ruinosas que lleva.

¡Pero qué me estás diciendo! ¿Que aquí no hay, me estás diciendo? Todas callan de nuevo. Yo sigo. ¿Sabéis cuántos habitantes tiene vuestro barrio? Mueven las cabezas, se encogen de hombros. No lo sabéis, claro, no tenéis ni idea. Pues yo sí lo sé, porque lo he buscado en internet. Más de cinco mil personas vivís en este barrio.

Coño, mira, no sabía que fuéramos tantos, dice Yola.

¡La mitad sobra, a tomar por culo!, grita Azucena, sentando su *ass* en el asiento, frente a Conso, y todas se ríen como pudiendo soltar por fin una energía contenida.

Cinco mil novecientas personas, casi seis mil sois. ¿Y me estáis diciendo que aquí no hay personas homosexuales? ¡Venga ya, coño!

Ahora soy yo la que se ríe, fuerte, con todo el cuerpo me río, sin dejar de mirar de frente las caras pendientes de mí me río, conteniendo las ganas de llamarlas ignorantes, pensando en sus hímenes intactos o perforados, culos recauchutados y costillas desechadas para que los trajes queden preciosos, de todo eso me río con una risa que me sale disparada del estómago, de las uñas moradas, del coño.

¡Ay, la Pepa, cómo es!, dice Fani, acompañando mi risa con

una visible incomodidad. Me han estado mirando todo el tiempo como si fuera la primera vez que oyen hablar así a alguien. Seguramente es la primera vez que oyen hablar así a alguien. Esto sí que ha sido una intervención en toda regla, la *performance* que acabo de marcarme, ya está bien, ya estaba bien de tanto estar callada, disminuida, tragando barbaridades que no podía digerir. Cuando dejo de reír veo que siguen mirándome, a ver si digo algo más que las escandalice. Así que decido añadir algo para contentar la curiosidad de mi público atento. ¿Sabéis qué pasa? Pues os lo digo yo: lo que pasa es que si llevan desde que nacen oyendo que sus madres prefieren hijos drogadictos a hijos maricones o a hijas lesbianas, seguro que se esconden, yo también me escondería, pobres chavales y pobres chavalas. Porque existir, existen, ya os digo yo que existen.

¡Bueno, pero pocos, Pepi!, dice Yaiza, y añade que de eso mismo estaban hablando antes, que hay muy pocos, y a los que hay más o menos se les nota.

Se les nota, se les nota… No tenéis ni idea, digo despectivamente sin añadir más, extendiendo con una sonrisa relajada el dedo anular para que reciba la primera capa de morado y, con el alivio de quien acaba de salir de un armario enmohecido donde se asfixiaba, miro a Fani mientras ella me pinta con cuidado, miro fijamente a Fani pensando de dónde vienes, Fani, dónde te has criado, qué dice tu madre de esto, ¿también la Keli odia a los maricones?, ¿también ella prefiere que su príncipe Alberto, en vez de maricón, esté como está, haciéndole la vida imposible a todo el mundo? Recuerda, Fani, esos versos de Lorca de la guitarra que leímos el otro día: *Es inútil callarla. Es imposible callarla.*

Esperando que pasen cosas desagradables, que Hortensia me expulse, que alguna me insulte, llego a pensar en irme y dejar a medio hacer mi tuneo integral, pero Pasión Nails, salón-esponja capaz de absorberlo todo, sigue a ritmo de reguetón como si aquí no hubiera pasado nada, y pronto nos recomponemos, ellas eligiendo colores nuevos del catálogo, las niñas entrando y saliendo como no han dejado de entrar y salir

durante mi apasionado discurso, no impulsado por un afán pedagógico sino por el simple y puro desahogo, que hace que me sienta tranquila como nunca en los últimos tiempos, alejada de ansiedades laborales, dispuesta como vine a depilarme y salir sin bigote, con cejas impolutas y uñas moradas de manos y pies, del brazo de mi pareja heterosexual, príncipe no homófobo que vendrá a rescatarme y me llevará al único bar que permanece abierto en los comerciales, junto a la tienda de comestibles, dando la espalda al pastel de fresa.

Antes de que me depilen las cejas, le pongo un mensaje a Job para que se venga ya. Llega cuando estoy pagando y dejándole a Hortensia un euro y medio de propina. Entra en el local, da las buenas tardes, añade algo así como qué calor hace fuera y que fresquitas estáis aquí, ignorando el episodio que ha tenido lugar. Todas lo miran con un respeto extraño. Tal vez su barba canosa y corta, su pelo canoso y menos corto, su figura flaca a contraluz, le hacen parecer un patriarca gitano capaz de ejercer autoridad sin elevar la voz. Job nunca eleva la voz. Salgo con él, aliviada y despidiéndome con amabilidad. Como si allí no hubiera pasado nada.

En unos minutos estamos ya en una mesa exterior del bar de los comerciales, junto a otra donde dos mujeres, que acaban de salir con bolsas de la tienda de comestibles de al lado, toman cañas mientras algunos niños y niñas corretean alrededor. Lo espero en la mesa y él se encarga de sacar dos cervezas con un plato pequeño de aceitunas y otro de cacahuetes. Suena a todo volumen la voz de Camarón dentro del bar y, entre los hombres que van y vienen, veo desde fuera, acodado en la barra, al príncipe Alberto, que palmea a compás junto a un vaso de tubo repleto que acaban de servirle. No parece el mismo así, recién duchado, con zapatillas nuevas de deporte, unos vaqueros y un polo azul, limpio, seguramente todo lavado y planchado por Keli, guardiana de su dignidad. No le cuento nada a Job.

En la primera caña, que bebemos con prisa, empujados por los cerca de cuarenta grados del ambiente, tampoco le cuento los sucesos de un rato antes en Pasión Nails. Estoy frívolamente concentrada en mis nuevos colores, mirándome el

morado de las uñas de manos y pies, tocándome el bigote inexistente y delineando con un dedo el arco perfecto de mis cejas mientras observo con descuido los movimientos de los parroquianos. En la segunda, ya, lo cuento todo, la salida del armario en el salón de manicura un rato antes, el alivio al romper silencios equivocados.

Y de qué te extrañas, Pepa, que pareces nueva, dice Job riéndose. Como si no supieras mejor que nadie dónde te metes…

Ocupamos el espacio como si viviéramos en los bloques y hubiéramos bajado al bar de siempre. Después de todo no es el primer bar de barrio marginal donde tomamos cañas, mimetizándonos con un entorno que tampoco está, después de todo, tan alejado del nuestro. Un perro flaco y pulgoso ronda las mesas del exterior rozándose con las patas de plástico, y yo recuerdo de pronto una frase de Audre Lorde, mujer poeta que amaba a otras mujeres, que apunté hace meses en el cuaderno de notas del móvil, y que ahora leo, primero en silencio, para mí, memorizando, y a continuación proponiendo un brindis para lanzarla en voz alta ante el patriarca Job.

Con un gesto lo invito a hacer que choquen nuestros vasos de tubo, doy un trago largo y después recito, mirándolo a los ojos, con toda la solemnidad que permite el rastro de espuma rubia sobre mi bigote recién depilado:

> Yo iba a morir, más tarde o más temprano, tanto si había dicho lo que quería decir como si me había callado.

Mis silencios no me habían protegido.

Vuestros silencios no os protegerán.

Keli

Al día siguiente, jueves, recibo a media mañana una llamada de Fani. Que mi madre se ha enterado de lo que dijiste ayer en el salón y dice que vale, que vamos a tu casa con los niños y nos comemos esa paella, si es que la invitación sigue en pie, claro. Contengo una alegría desmesurada. Por supuesto que sigue en pie, y si quieren mañana mismo las espero con todo preparado. Quedamos en eso. Cierro con entusiasmo la página de *Infrajobs,* vuelvo a llamar a mi carnicera, planifico ensaladas posibles subiendo por las escaleras que nos conducirán a la azotea entoldada, donde friego el suelo de barro y las dos mesas, esponjando los cojines exteriores para procurar a mis invitadas la comodidad que se merecen. Keli me acompaña, pues todo lo hago sin dejar de pensar en ella, la rubia natural que ya veremos si es tan rubia o se trataba de una exageración de Fani, la que sabe pisar la calle con taconazos, la que ha aceptado venir por lo que sucedió ayer en Pasión Nails, mi firmeza al defender, mi salida materna del armario. Por lo menos tres veces me he arrepentido sin convicción de aquello desde ayer, y tres he vuelto a reafirmarme recordando lo bien que pude luego respirar, lo bien que me sentaron esas cervezas frías con Job en el bar de al lado.

Una alegría nueva ha venido a acomodarse. Esta vez es morada. Se parece a la del lunes la alegría de este día que precede al encuentro. Llegarán después de las doce y antes de la una, en eso hemos quedado. La casa huele a limpio, mañana a las ocho y media de la mañana iré al mercado, prolongaré esta alegría comprando todo lo necesario para el arroz y la ensalada, una buena lechuga con tomates rosados, carnosos, cebolleta que cortaré muy fina. Habrá vino blanco y tinto, cerveza tan rubia como la Keli de dieciocho años, no sé qué

beberán pero quiero abundancia principesca en el primer encuentro, que nada nos falte, cocacolas, zumos para los niños, una sandía grande, helados para el postre. Hoy se ha ido Job, no volverá hasta el lunes, mejor, que ningún hombre interfiera en nuestra conversación: seremos solo mujeres, comeremos, beberemos, romperemos los silencios que de nada hasta ahora han sido capaces de protegernos.

Hace calor a las once y media de la mañana del viernes. Sobre una tabla fileteo ajos y pimientos que añado al aceite de la paella para el sofrito. Rallo también dos tomates maduros para más adelante, después del pollo. Llegan justo cuando estoy troceando un calamar. El timbre suena dos veces, pulso el botón del portero automático y abro la puerta. ¡Pasad, pasad! Los niños vienen con gorras, camisetas, bañadores y manguitos de plástico ya puestos, portando pequeñas mochilas como si fueran de excursión. El corazón me late en la garganta. Pepa, te presento a mi madre, Francisca, y a mis sobrinos, el Christian y el Iván. Los niños dicen hola y Francisca y yo nos damos dos besos de saludo. Bienvenida a casa, Francisca: tenía muchas ganas de conocerte. Y yo a ti, responde ella quitándose las gafas de sol, y añade que puedo llamarla Keli, como todo el mundo, mirándome con ojos verdes muy claros festoneados de rímel, la boca carnosa y pálida, sin pintura, la cara limpia, hidratada por la crema de protección solar. Su pelo, de un rubio oscuro y algo rizado, sujeto con dos pasadores a la altura de las sienes, no parece teñido. Lo lleva bien cortado en media melena, sin apenas canas. Advierto en ella el aire generacional que siempre reconozco en las de mi edad, año más o año menos. La esperaba más envejecida. Lleva puesto un vestido fresco, azul claro, sin mangas, bajo el que se adivina un bañador, también azul. La carne de los brazos, lisa y apretada. Se me vienen a la cabeza el polo y los vaqueros recién planchados de Alberto, dos tardes atrás, en el bar de los comerciales. Todavía cuando nos fuimos guardaba él la compostura, charlando con unos y otros, sin parecer el mismo que había hecho aquella entrada dramática en el salón de uñas, semanas atrás. Un buen tío, un tío querido.

Ambas nos miramos con atención, de arriba abajo. Calza sandalias de playa plateadas y lleva las uñas de los pies pintadas en varios tonos de azules, como las de las manos, impecables, cortas. Yo voy todavía en pantalón corto, camiseta y zapatos de deporte, lo que llevaba puesto al hacer la compra, cubierto por un delantal que empieza a acalorarme. Pasad, pasad al salón y dejáis por ahí las bolsas, que estoy haciendo el sofrito para la paella, ya tengo echado el pollo, el delantal en un momento lo cambio por el bikini y nos bajamos. Fani se lleva a los niños al salón. ¿Te ayudo en algo, Pepa?, pregunta Keli en la cocina. Mira, traemos un vinito y unos tomates del pueblo de mi suegra, que he estado allí con los niños una semana mientras la Fani estaba en la playa con el José. Y coloca en la mesa las dos bolsas que trae. ¡Gracias, Keli! Qué buena pinta tienen los tomates, puedes ponerlos ahí, encima de la mesa. Y este rioja me encanta, nosotros lo compramos muchas veces.

Qué bien huele, dice ella, y señala la paellera sobre el fuego de gas. Te ayudo en lo que quieras. Se desenvuelve con la misma soltura que su hija.

Hoy déjate de ayudar, que de vez en cuando se merece una un descanso. La invito a que se siente a la mesa de la cocina. Desde allí, con un vaso de agua fresca que me ha pedido, lanza su primera sonrisa al decir: me he enterado de la que liaste el otro día en el salón. Como Fani, ella también va al grano, sin necesidad de preámbulos se lanza, rompe el hielo, demuestra por qué ha venido, me hace ver que sabe algo de mí mientras añado el calamar al sofrito de pollo con verduras. Me empiezo a reír, dando vueltas a todo con una espátula de madera. Añado también la ralladura de tomate, que chisporrotea, enciendo la campana extractora y elevo la voz, sin dejar de reírme. ¡Sí, sí! ¡Creo que la lie en el salón!

¡Mejor!, contesta ella, acompañando mi risa. Hace falta liarla de vez en cuando porque, si no, te comen con papas.

¿Quieren tomar algo los niños antes de bajar a la piscina? Y nosotras también podemos tomar algo…

No sé, pregúntale a la Fani… ¡Fani!

Keli saca un pasador plateado del bolso playero y se recoge

el pelo en un moño. No puedo evitar una mirada de asombro, que capta al vuelo. Te esperabas otra cosita más estropeada, ¿no?, pregunta señalándose a sí misma y llevándose las manos a la cintura. Fani, que acaba de entrar en la cocina, se ríe. No empieces, mamá. Me esperaba otra cosita, pienso yo, pero digo que no sé. ¿Otra cosa? ¿Qué cosa? No me esperaba nada en concreto, ¿qué me iba a esperar? Creo que me he puesto roja. Ya la Fani te habrá contado, sigue diciendo ella, ignorando mi hipocresía. Me ha dicho que conoces al Alberto. Sí, tu hijo, digo bajando la voz y removiendo los ingredientes del sofrito. Sí, mi cruz, dice la Keli sin dramatismo alguno, dando el último trago al vaso de agua. Fani pregunta si puede abrir el frigorífico, que los niños quieren cocacolas. Saco vasos y una bolsa de patatas fritas, para que ella misma lo prepare todo. Entra Candela en la cocina, saluda, coge un plátano y vuelve a subir a su habitación, medio dormida todavía, evitando participar en esto.

Qué guapa tu niña, muy rubita, así era yo, dice Keli. Desde arriba, Candela me manda un mensaje diciendo que hoy no come en casa porque ha quedado con Rosa, y que no le insista. Lo esperaba, no le insisto, me da igual, nada va a enturbiar mi día con la familia de Fani. Subo a ponerme el bikini mientras me esperan en el salón.

Ya en la piscina, los niños pasan por la ducha con su tía y se lanzan al agua con los manguitos puestos. La abuela me dice que no quiere bañarse porque ella es más de playa. Entonces, yo tampoco. Prefiero estar a su lado, dos reinonas bajo la sombrilla, gafas de sol, crema solar, sentadas en las sillas plegables y ligeras. Soy más de playa que de piscina. A mí me gusta nadar. Enviudé joven, sí. Mi marido está hoy trabajando fuera. Me ha dicho la Fani que eres escritora. Qué calor. Bueno, escritora… Las frases inacabadas flotan entre nosotras mientras nos soleamos las piernas. Mis nuevas uñas moradas, las suyas en degradado de azules, los ojos verdes, verdes muy claros, de verdadera rubia natural. Sí que puede tener algo de Grace Kelly en sus facciones, que habrían sido aún más finas hace treinta años. Intento recordar si alguna vez ha tenido

lugar en casa un encuentro como este, capaz de soliviantarme desde días antes y que ahora me despierta el deseo de prolongar el estar junto a ella sin hacer nada, mecidas por las voces de los niños que juegan en el agua con otros y con Fani, cuando el mediodía se estira dejando tras de sí un aire ondulante, un lento espejismo de desierto. Han atravesado en coche el desierto interminable que nos separa, los veinte minutos que mido al andar salvando barreras de su barrio al mío, los mundos trenzados en torno a ellos, que se repelen como el agua y el aceite.

Cerca de nosotras el agua clorada, las palmeras, el olor a hierba. Muy mono tu bikini. Tengo lorzas. Yo soy más de bañadores, también con lorzas, pero me dan igual… Tampoco te creas que a mí me importan mucho… Te sienta bien ese azul.

La Keli y la Pepa, pienso satisfecha, como si se tratara del título de algún relato por venir. Relajadas, como amigas que se reencuentran y retoman la confianza sin grandes alharacas, hablando de cualquier cosa como si los años no les hubieran pasado por encima. Esa ligereza llega como un espejismo que se ondula entre nosotras. Después pasamos tiempo sin hablar, amodorradas, adormecidas, hasta que Keli me dice: Estos estarán ya arrugados como garbanzos… Y después grita: ¡Fani, saca ya a los niños! Sobresaltada por su inesperado tono barriobajero, me enderezo, abro los ojos y me quito las gafas de sol: ¡qué susto me has dado, coño, Keli! Y ella se ríe. ¡Ya he visto el brinco que has pegado en la silla! Pero con esta gente, como no sea a gritos, no hay manera. Se levanta y va a la ducha. La sigo. Nos duchamos. ¡Un ratito más, abuelaaa!, se oye gritar a uno de ellos desde el agua. Déjalos un rato, Keli, ¿y si nos vamos nosotras a casa, y Fani que suba luego, cuando quieran? Así podemos ir preparándolo todo. Keli. Keli. Keli. Me complace columpiarme en su apodo principesco. Nos secamos al sol antes de entrar al frescor de la casa, con persianas bajadas. En la nevera esperan botellines helados de cerveza. ¿Qué necesidad habría de contarnos nuestras vidas? Por eso lo que hacemos es sacar unas aceitunas y dos botellines que

beberemos sin vasos, brindando antes —el brindis, idea mía—: ¡Por nosotras!

Por nosotras, repite ella, desacostumbrada a brindar.

Le pregunto si no sería mejor echar el arroz al sofrito aquí mismo, en la cocina, para no tener que encender arriba otro fuego. A ella le parece bien. Saco las gambas arroceras, añado el caldo y el arroz. Mientras se hace la paella hablamos de los ingredientes, del *fumet* de pescado, de cómo lo hago yo, de cómo lo hace ella. Candela colabora, antes de irse da dos o tres viajes subiendo mantel, platos, vasos, botellas, cubiertos, el cucharón grande para servir la comida. Agradezco su ayuda con una sonrisa cómplice y le pido que refresque con la manguera el suelo de arriba, para cuando subamos. Pronto llega Fani con los niños, asegurando a la abuela que los ha duchado ya, para quitarles el cloro. ¡Vienen coloraos!, protesta Keli, cogiendo por los brazos a los niños, que se escapan otra vez. ¡Venirse pacá un momento! Y comienza a peinarlos con un peine grande que ha sacado de su bolsa de playa. ¡Fani, échales la crema para después del sol y que se pongan las camisetas!, ordena con firmeza.

Fani es también la encargada de subir la paella, cubierta con papel de aluminio, que colocamos en la mesita plegable que ayer saqué a la azotea. Candela ha dejado puestos en la mesa grande el mantel y los platos. Fani y yo llevamos cuencos con ensalada y aceitunas aliñadas. Keli dice: qué pedazo de azotea, y se acerca a mirar las macetas antes de sentarse. El suelo de barro, húmedo, absorbe los colores ácidos de los bañadores, nuestras voces, los gritos de los niños, los finos hilos de sol que pasan por los ojetes metálicos del toldo. Ojalá tuviera yo una azotea como esta… Los niños pasan de la sombra al sol, en el espacio que no cubre el toldo grande. ¡Os vais a achicharrar! Hay una nevera de corcho blanco llena de hielo, botellines, agua y latas de refrescos. A mí también me encantan las plantas, Pepa, en eso somos iguales. Acomodo entre los hielos un verdejo y el rioja que han traído. Esto es vida, dice Keli. Empieza a fumar sentada en el sillón grande y acolchado que le he reservado a ella, me ofrece un cigarrito, que rechazo, y deja que le sirva una cerveza fría. Le acerco un cuenco con

aceitunas aliñadas. Me gusta servir a Keli, ver cumplido mi deseo de acogerlas en casa, juntas y con los niños de Carolina, la primogénita. Gracias, pero es que llevo unos meses sin fumar, a ver cuánto aguanto. Siento el cosquilleo del puro presente. Fani y yo todavía no nos hemos sentado. Nos tomamos de pie los botellines y comemos aceitunas mientras terminamos de colocar en la mesa los cubiertos, las servilletas de papel y los vasos. Keli no para de mirar las plantas mientras da caladas a su cigarrillo. Pues yo no dejo el tabaco. Así que escritora… y jardinera, dice complacida, mirándome con curiosidad. Le acerco un cenicero de barro. ¡Qué grandes los ficus, parecen árboles! Los niños no paran de corretear, Fani dice que es del hambre que tienen. Aquí hace falta la sombra y el frescor de las plantas y del toldo, si no, nos achicharramos, explico a Keli, quien de vez en cuando se remueve en el sillón mirando a los nietos, dispuesta a dar los gritos que hagan falta para que se sienten. He sacado las copas buenas para los vinos. Qué lujo, Pepa, a mí también me gusta el vino en estas copas. ¿Qué queréis, blanco o tinto? Yo también saco la vajilla buena cuando invito a gente, que me da mucho coraje tenerlo todo ahí guardado sin usar. Si se rompen, que se rompan. Ellas, tinto; yo, blanco. A estas alturas no me voy yo a agobiar porque se me rompan cuatro copas, Pepa. ¡Abuela, mira el Iván, no me deja la pelota! Fani me ayuda a abrir las botellas con el sacacorchos. ¡Christian, no te asomes a la baranda que esto está muy alto, vete con el Iván y que deje la pelota quietecita! ¿Pongo música? A mí me da igual, Pepa, con esta gente gritando no nos vamos a enterar de nada, responde Fani. Retiro el papel de aluminio que cubría la paella. ¡Venga, a comer! El arroz humeante. Qué buena pinta, Pepa. ¡Sentarse ya! Fani saca el móvil y le hace una foto a la paella antes de que yo meta el cucharón. Para mandársela al José, dice, y me pregunta si también puede subirla a sus historias de Instagram. Vale, me da igual, yo lo que quiero es que me haya quedado bien, porque siempre que hago arroz me pongo nerviosa. Esto no puede estar malo, huele que alimenta, Pepa. Cuidado, que quema un poco todavía. Enciendo el aparato de radio que tenemos arriba, sintonizo una cadena con música pop y rock de

los ochenta y noventa. ¡Queremos un cocacola!, grita Christian y repite Iván. Las voces se van moderando ante el olor de la comida. Cuidado, no nos vayamos a quemar. No queda nadie de pie. Casi a la vez abrimos la boca y probamos el arroz. Un segundo de silencio. Ya no quema. Muy bueno, dicen ellas. Los niños comen con ganas. Fani me cuenta que José y ella están cerrando ya una fecha para la boda. La felicito. ¡Otro brindis! Le pregunto a Keli si está contenta con esa boda. Será en otoño, que tampoco queremos esperar mucho, sigue contando Fani. Keli dice que sí, que ella no ha presionado, pero que ya era hora. Que las van a criticar porque será sin pañuelo, pero a ellas lo del pañuelo les da tres pitos, y a ver por qué no va a poder celebrarse una boda sin pañuelo. Se nota que a los niños el baño les ha abierto el apetito. Iván, el más pequeño, me dice: yo voy a ir a la boda de mi tía Fani. ¡No hables con la boca llena!, grita Keli, sobresaltándonos otra vez con el volumen excesivo de su voz antes de darme tiempo a responder a Iván. Les digo a los niños que cuando terminen, si quieren, pueden bajar al salón, y hasta echarse una siesta en el sofá. A Keli le parece muy buena idea y pide a Fani que se los lleve. Son buenos, Pepa, pero hoy están soliviantaos con la novedad de venir a tu casa. En el congelador hay helados, Fani, y en el frigo media sandía. Hay días que, de verdad, me tienen hasta el coño. Qué ganas tengo de que le cambien a la Caro los horarios. ¡Helados, helados!, gritan los niños entrando ya en la casa. Nosotras tres estamos dispuestas a repetir un plato más del arroz que se conserva caliente bajo el papel de aluminio. Cuando Fani se va tras ellos, pongo más vino en las copas. Al quedarnos solas me dice Keli que para qué quiero una azotea tan grande. Le cuento que hace tiempo que estoy pensando en hacer allí, en la esquina más alejada, un cuartito para poner la lavadora, que incluso habíamos pedido presupuesto, pero nunca nos llega. El desempleo, la crisis. ¡Ja! ¡Qué me vas a contar a mí de crisis!, dice dando un trago al vino y encendiendo un cigarrillo. Entre plato y plato, añade, como si yo le hubiera pedido explicaciones. Esto se ha hecho en los restaurantes de toda la vida, que ahora ya no te dejan ni fumar. Me mira de arriba abajo y sigue dándole vueltas a lo del

cuartito. Habrá que ver el presupuesto que os han hecho, que hay por ahí cada bandido... Con dos duros os levanta aquí mi Alberto un cuartito cuando queráis. Si vieras el que le ha hecho a mi suegra en el patio este verano… En tres días le ha hecho él solo un cuarto de sándwich. ¿De sándwich? Es la primera vez que oigo eso. Hija, no me digas que aquí tus vecinos no han levantado cuartos de sándwich, con estas azoteas tan grandísimas que tenéis. Y comienza a explicarme que es un material nuevo, más ligero que los ladrillos pero que sirve de sobra para lo que necesito. Fácil instalación, fácil limpieza, en un pispás su Alberto nos lo pone, como se lo ha puesto a su abuela. Pienso en el dinero que guardo para ese cuarto que parece una quimera, los casi mil euros que he conseguido mantener a salvo de las precariedades. Y Job, este verano, está ganando dinero, pienso también, sorprendida por esa verdad como si acabara de descubrirla, como si nunca me diera permiso a pensar en ello, llevada por los miedos a la economía futura. Me lo repito en silencio como un mantra mientras escucho a Keli y doy un trago al vino: Job, este verano, está ganando dinero. Se abre la puerta y entra Fani. Dice que los niños se han quedado tranquilos abajo, con los helados y viendo dibujitos en la tele, repantigados en el sofá. ¿Sirvo yo el arroz, Pepa? Asiento con la cabeza y me dirijo a Keli: ¿y cuánto me cobraría tu Alberto por esa obra? Cruce rápido de miradas entre ellas. Fani estaba levantando el papel de aluminio de la paella pero se queda quieta, con el cucharón en la mano, que dirige a la madre con expresión severa. ¿Ya empezamos, mamá? ¡No le hagas caso, Pepa, que está obsesionada con buscarle trabajo al Alberto!

¿Y eso qué tiene de malo? ¡Es un buen albañil! ¿O no lo es? ¿Vas a decir ahora que no lo es? Me enderezo en la silla, dispuesta a impedir una discusión que nos distraiga del asunto que ha tomado prioridad en mi cabeza. Déjala, Fani, he sido yo la que le he hablado de una obra que nos gustaría hacer aquí arriba.

Coño, pero es que nos has invitado a tu casa, tu piscina, te has currado este pedazo de paella, y no me gusta que… ¡Tú te callas, que ni siquiera sabes lo que estábamos diciendo!, grita

Keli, enardecida. ¡Tranquilas! Venga, Fani, sirve el arroz y vamos a comernos otro plato con toda la tranquilidad del mundo. Digo esto convencida de que debemos contenernos las tres. Contención, contención. Yo tengo que contener la desconfianza. Fani, la vergüenza. Emociones equivocadas que no parecen abrumar a Keli. Fani baja la cabeza, suspira, sirve arroz en los tres platos, toma un trago de vino y se sienta. Les cuento que tengo tantas ganas de hacer ese cuarto que hasta he ahorrado algo de dinero, y como ahora Job está trabajando mucho… Que me cuente lo del sándwich, que me cuente lo de Alberto.

¡Pero mamá, que ella vio al Alberto la otra mañana en el salón y no sabes cómo iba! Intento poner paz informando de que lo he visto dos veces: una estaba mal y la otra estaba bien. Eso no lo sabes, Fani, el otro día en el bar, con mi marido. Y que comprendo la desesperación a la que te puede llevar el paro. ¡Y yo qué voy a saber, si no me has contado nada!, dice Fani, hablándome como si yo hubiera cometido alta traición. Keli la mira triunfante, los ojos echando chispas. ¿Lo ves? ¿Lo ves como muchas veces hablas sin saber? Después baja la voz. Mira, Pepa, yo creo que tú, como eres escritora, a lo mejor comprendes estas cosas mejor que otra gente: mi hijo tiene problemas con el alcohol cuando no trabaja, ¡pero tiene problemas precisamente por eso, porque no trabaja! Porque tú a mi hijo le das un chapú y él, haciendo ese chapú, es el más formal del mundo, un buen trabajador, con eso lo digo todo, y no es porque sea mi hijo. Respondo que no lo dudo. Pero… comienza Fani otra vez. Déjalo, Fani, le pido. Déjanos hablar.

Y así, calmadamente, continuamos charlando mientras comemos arroz, bebemos vino y compartimos sombra. Vuelven a hacerme preguntas sobre mi novela, sobre la escritura. Les pido que al bajar me recuerden que les regale a los niños un cuento infantil que me premiaron hace unos años y publicaron con ilustraciones, del que me quedan algunos ejemplares. Anda, hija, te han dado hasta un premio y luego dices que no sabes si eres una escritora, ¡ya te vale!, señala Fani, atenta

siempre a mis incoherencias. Y cuando Keli dice como para sí misma, mirando a los ficus, qué cosa más bonita tiene que ser eso de escribir, algo se activa dentro, burbujea, solicita acomodarse entre mis certezas débiles, pues nunca antes escribir, mi hábito más antiguo, fue visto o vivido así, como una cosa bonita. Ignoro si lo será, pero me ha gustado que a ella se lo parezca y que esa idea se sume a la conversación de tres mujeres que comen, beben y hablan debajo de los toldos, desentendidas un rato de las crisis pequeñas, cotidianas, de la crisis mayúscula que amenaza con hundirlas a diario.

Alberto

Creo que a Job no le pareció una idea brillante eso de meter en casa al hermano alcohólico de Fani. Lancé la propuesta tres días después de aquel arroz compartido y de que Keli y yo nos hubiéramos dado, bajo el toldo, los números de teléfono, dispuestas alegremente a sortear el control de su hija sobre nuestra comunicación futura. Todas sabíamos que no se trataba de iniciar una amistad inocente. Ella quería que le diera trabajo a su hijo, y yo necesitaba un albañil de confianza.

Job había llegado muy avanzada la noche, en la madrugada del domingo. Lo dejé descansar y al día siguiente, ante un gazpacho frío, le resumí la jornada fructífera del viernes, dando algunos rodeos antes de llegar al núcleo duro de la cuestión, que me encantó la visita pero después me harté de fregar platos, copas y vasos cuando se fueron, que ha llegado el momento de que nos planteemos hacer arriba ese espacio para la lavadora y poner en la cocina un lavavajillas. Tarde o temprano encontraré trabajo, Job, tú estás trabajando mucho y todavía me quedan unos meses cobrando el desempleo. A lo mejor, ahora que estoy en casa, es buen momento para hacer esa obra, ¿no crees?

Él nunca ha sentido la misma urgencia que yo por ese ni por ningún otro cambio que tuviera que ver con la casa. Cambiar de sofá o de cama, cuando se estaban cayendo de viejos, fueron acciones que exigieron largas batallas psicológicas de las que salí triunfante, venciendo a base de determinación su alergia a Ikea, quebrando su terco anticonsumismo, que me desespera porque me hace parecer consumista a mí. Cuánto he aborrecido sus conformismos absurdos y mil veces repetidos del estamos bien así, gastar por gastar, ¡un lavavajillas para qué, si ya fregamos nosotros! A veces no sé si achacar sus

resistencias a la edad o a la cabezonería, fatigada de combatir esa inercia del estamos bien así que se hace fuerte ante cada necesidad mía de renovación.

Durante la clase del lunes con Fani, Job estuvo durmiendo. Continuamos avanzando por el *Poema del cante jondo* en lecturas que ella hacía cada vez con más fluidez. Su inteligencia natural seguía centelleando en nuestro salón, rodeándola de un aura brillante que casi podía verse. Escucharla leyendo esos poemas, o hacerla leer en voz alta lo que acababa de escribir, eran actos que tenían el poder de alejarme de todo como ninguna sesión de meditación había logrado nunca. Sus buenos recuerdos, escritos y leídos por ella, tenían en mí un efecto balsámico: conseguían alejarme de mi mundo, lograr en el salón de casa la extranjería que ningún alejamiento físico habría sido capaz de ofrecerme.

Lo noté cansado cuando bajó a la cocina sobre las tres de la tarde. Traía en el cuerpo todo el calor que se concentra en el piso de arriba. No era hora para tomar un zumo ni un café, así que saqué el gazpacho del frigorífico apresuradamente, mientras él se refrescaba en el baño contiguo. No podía dejar que se hundiera la nueva decisión que ya funcionaba en mi cabeza como algo más que posible, el compromiso casi adquirido con Keli a la vez que la posibilidad de mejorar la casa con un trabajo impecable y de bajo presupuesto. Estaba siendo un verano duro para Job, el último verano antes de jubilarse. Llegas de nuevo al trabajo después de largos paréntesis forzosos de paro y ya no eres el mismo que antes de los paréntesis: estás reblandecido, débil, las durezas del mercado de trabajo han hecho mella en ti, todo ese peso sobre tus espaldas con la jubilación llamando ya a la puerta. Pero Job nunca, jamás, verbaliza esos cansancios, siempre desentendido de la edad y sus crisis, como si los años que cumple solo fueran excusas festivas para hacer nuevas barbacoas, reunirnos con gente amiga y luego si te he visto no me acuerdo, edad recién estrenada, cuántos años, los que sean, qué más da, nunca le importan. Mis crisis de los treinta, cuarenta y cincuenta, cada vez más contundentes y a las que

nadie en casa ha prestado la más mínima atención, las ha zanjado diciendo que él solo pensaba tener una crisis de esas cuando cumpliera los noventa años.

Ahora volvía a poner trabas, que a lo mejor deberíamos seguir guardando ese dinero por si acaso, que además no conocemos a ningún albañil de confianza…

¡Yo conozco a uno!, afirmé sin vacilar y, dando un trago al gazpacho, lancé el nombre ante su expectación. Alberto.

Alberto. ¿Qué Alberto? Yo guardaba silencio y él me miraba, hasta que cayó en la cuenta. No será… Sí, interrumpí de inmediato. Es el hermano de Fani y el hijo de Keli. Job abrió los ojos como si no pudiera creer lo que le estaba proponiendo: ¡No! ¿Ese que me contaste que…?

No sé por qué le cuento tanto a Job. Por temporadas he logrado distancias saludables, guardando para mí detalles de mis trabajos, de las relaciones nuevas que entraban y salían de mi vida, como él suele hacer siempre con naturalidad. Pero últimamente vuelvo a contarlo todo, ¡todo! No sé por qué. Puede que sea otro efecto del desempleo. No guardar silencio. No resguardarnos de la intimidad total que amenaza con tragarnos por el sumidero de la rutina.

¡Ah, te acuerdas de eso!, dije, intentando rebajar la escandalosa sorpresa que se dibujó en su cara. Bueno, a lo mejor exageré un poco al contártelo, ¡no fue para tanto! Es un buen tío que tiene problemas, como todos los de la construcción ahora. Tú y yo sabemos bien lo que es estar parados, así que deberíamos evitar la desconfianza hacia los parados, en vez de reproducirla. ¿O vamos a ser como la gente que ha desconfiado de nosotros?, añadí sin demasiada convicción, improvisando aceleradamente motivos para que Job viera la necesidad de contar con Alberto. Pero estás…, ¿estás loca? Una pregunta retórica que podría haberme enfurecido, pero que enfrenté con una sonrisa leve y otro silencio. Hacía calor en la cocina y ya nos habíamos bebido el gazpacho. Los dos frenamos con unas pocas frases contenidas lo que podría haberse convertido en una bronca. Finalmente, sin llegar a estar convencido del todo, Job dio su brazo a

torcer, aunque propuso conocer antes a Alberto. Que nos explique eso del sándwich y nos dé un presupuesto en persona. Me levanté dispuesta a disimular mi sensación de triunfo acercándome a él, abrazándolo por detrás mientras seguía sentado. Ya he pensado en eso, cariño. Creo que podemos quedar con él en el mismo bar del otro día, ¿vale? ¿Te apetecen unas cañitas en el barrio?

Yo sabía que lo que teníamos que salvar no era la cuestión económica, sino la desconfianza. Teníamos que armarnos de confianza para dejar en manos de Alberto la construcción del nuevo espacio que vendría a facilitarnos la vida. En un momento Keli y yo nos pusimos de acuerdo por teléfono: concertamos la cita para dos días más tarde, miércoles a las nueve de la noche en el bar de los comerciales. Ella no vendría, pero su hijo estaría allí como un clavo, anunció con firmeza antes de colgar. Imaginé luego sus preparativos para la ocasión, las advertencias al príncipe Alberto sobre los protocolos a seguir. Tienes que estar bien estos días, déjate de borracheras, hoy y mañana si acaso unas cañas y pa casa, y ve haciendo el presupuesto para la Pepa y su marido. Lo miras bien, hablas con el de los materiales y lo apuntas todo bien clarito en un papel. De allí tienes que salir con trabajo, ¿me oyes?

El miércoles, cuando nos dirigimos al barrio en coche, me acompaña el eco de esas advertencias imaginadas durante los días previos. Alberto llega fresco, recién duchado y limpio, como lo vi la segunda vez. Acabamos de pedir la primera cerveza. Me levanto de la mesa y me acerco a saludarlo: ¿Alberto? Hola, soy Pepa, no sé si te acuerdas de mí. No se acuerda, claro está. Lo invito a sentarse con nosotros, le presento a Job y pregunto qué quiere tomar, dispuesta a entrar en el bar a pedirle una cerveza. Job y él se dan la mano. Cuando salgo con la cerveza para Alberto, veo que ya han entrado en el asunto, sin preámbulos. Muchas veces me he preguntado por qué, en la mirada clara con que pretendo observar y comprender los barrios, las mujeres alcanzan ante mí una imagen de alta definición mientras que los hombres,

verdaderos ocupantes y protagonistas de la calle, suelen salir desenfocados, dejando en mi cabeza un álbum de fotografías borrosas. Ahora que lo tenemos ante nosotros siento que el foco se ajusta dándome con precisión, de una mirada, la textura masculina del barrio en días amables. Pantalones vaqueros y camiseta limpia de algodón, planchada por alguna mujer de la familia. La de Job también está limpia, pero sin planchar. Me están irritando sus muestras de desconfianza hacia Alberto, demasiado expresivas. Lo mira de arriba abajo mientras le hace preguntas para tirarle de la lengua, que si lleva mucho tiempo de albañil, que dónde ha trabajado antes. Obliga al otro a un resumen curricular que tal vez no esperaba. Obras grandes, dice Alberto. Cuando estaba la burbuja en todo su apogeo. Habla con frases cortas y claras, va al grano, añade nombres de constructoras. Contratos buenos, con pagas extra, en condiciones. Me empiezo a impacientar ante lo que parece una entrevista fría de trabajo. A veces lanzo frases como «nosotros también sabemos lo que es estar en paro», intentando suavizar el interrogatorio y facilitar el acuerdo, pero pronto me doy cuenta de que me ignoran, pues no recibo de ellos la más mínima señal de escucha. Actúan como si me hubieran expulsado de su conversación desde el principio, obedeciendo a una especie de acuerdo tácito en rechazar mi papel de maestra de ceremonias. Hacen que cada frase conciliadora mía parezca fuera de lugar porque no las responden, ni siquiera me miran. El perro pulgoso del otro día pasa a veces y se roza con una pata de la mesa. ¡Vete, Chuqui! ¡No es feo el Chuqui!, dice Alberto. Observo de reojo que Job parece estar venciendo la desconfianza poco a poco, con miradas menos inquisitivas y tonos de voz más amables cuando se dirige a Alberto. Tal vez él también lo nota. No puedo saberlo. Al hablar me ignora: solo mira a Job. Total, que de un tiempo a esta parte —continúa— lo que me sale son trabajos puntuales, arreglos en casas particulares y cosas así. Las empresas han dejado de contratar como antes. Ahora estoy construyendo un cuarto exterior también, en una parcela de aquí al lado.

Y tanto, dice Job, después de un silencio. Las de la

construcción y todas las empresas han dejado de contratar como antes. Y ahora, cuando contratan, pagan menos.

Sí. Hijos de puta… Los dos asienten ante esta última afirmación de Alberto, se callan y dan un trago a las cervezas, conformes con esa visión común del panorama empresarial mientras siguen pasando de mí y yo los observo como a desconocidos.

Sin alargar más los preámbulos, Alberto por fin me mira y comienza a hablar de las bondades del sándwich, material milagroso de fácil colocación, muy buen aislante. ¡No habré levantado yo habitaciones de sándwich!

Ha respondido a todas las preguntas del otro desconfiado y ahora demuestra que trae pensadas las soluciones para mis problemas. Sabe vender su experiencia. Tiempo total de trabajo: cuatro días, cinco como mucho, a jornada completa. Todo lo completa que haga falta, dice. En ese tiempo os tengo edificado el cuarto, con toma de agua y electricidad, con puerta y ventana, ya me dijo mi madre los metros que son y he preparado el presupuesto. Job me mira enarcando las cejas, tal vez le sorprenda que yo haya dado datos a la madre, medidas concretas en una comunicación que desconoce. También me ha dicho que tenéis la casa llena de escaleras, así que llamaré a un colega que venga conmigo, para subirlo todo entre los dos. Mira a Job y le dice: mi colega también es albañil, hemos faenado juntos más de una vez. Por la mano de obra os voy a llevar lo mínimo, no os preocupéis, aunque eche más horas cobro en lo que quedemos ahora y ya está, pa no complicarnos la vida.

Con la certeza del que está ofreciendo un servicio de alta calidad a precio competitivo, nos alarga el papel que trae preparado. Presupuesto total: 1500 euros, materiales incluidos, todos convenientemente especificados en el papel. Ahora daríamos 700 para los materiales, y él se encarga de eso y de todo lo demás. Con una última cerveza y tres montaditos de lomo, cerramos el trato. Mejor dicho, lo cierran ellos. He dejado que me ignoren, no podía hacer otra cosa, centradas mis energías en facilitar el acuerdo que con tantas ganas he

propiciado. Dos hombres enflaquecidos nos miran desde la barra del bar, como si estuvieran al tanto de la conversación que Job y Alberto acaban de mantener.

Una semana más tarde, el día acordado, Alberto se presenta en casa acompañado por uno de ellos. Lo reconozco por su melena de pelo graso, su camiseta sin mangas y esos ojos pequeños que brillaban mientras nos miraba desde la oscuridad interior del bar. A pesar de la flacura propia de los exyonquis vapuleados, tiene muy marcados los músculos de los brazos. Lo suben todo deprisa, pesa poco el sándwich, Job está hoy en casa y les echa una mano. Me quedo en la cocina preparando un salmorejo y fantaseando con el futuro lavavajillas que casi puedo ver funcionando ya aquí abajo, mientras arriba espero a que termine una lavadora de ropa delicada que más tarde pasaré al tendedero desplegable. Me veo escribiendo dentro del sándwich porque llovizna fuera, antes de tender allí dentro —se acabaron los tendederos de ropa en el salón o las habitaciones—, salir a la lluvia y bajar al interior de la casa para seguir escribiendo. Escribir dentro del sándwich se aparece como imagen poderosa que me interpela desde su claustrofóbica verdad, la metáfora apropiada para tantos años de escritura doméstica. Como si toda la vida hubiera escrito, en realidad, dentro de un puto sándwich. Se va a acabar eso de subir barreños llenos de ropa mojada por los dos tramos de escaleras, me digo para animarme, y después llamo a Mario por teléfono para darle la noticia de que la obra ha comenzado, y le cuento mis proyectos hogareños, conversación que él concluye diciendo que por fin voy a cumplir una de mis fantasías de clase media (menos mal que no ha dicho de menopáusica): lavavajillas y un cuarto para la ropa.

Los dos primeros días, Alberto hace un trabajo impecable, dejando levantadas y bien fijadas las paredes del cuartito, que han colocado aprovechando el muro de la azotea para la pared del fondo, y es más espacioso por dentro de lo que parece por fuera. El segundo día nos pide un anticipo de cien euros. Job se lo da sin preguntar para qué, en lo que considero un exceso de

confianza. Tampoco hay que pasarse. Pero no digo nada. Esa misma noche, cenando en la azotea después de irse Alberto con el amigo, siento la excitación del cambio que dará vigor a nuestra convivencia. ¿Ves cómo podíamos confiar en él?, pregunto con satisfacción, internamente aliviada por creerme triunfante en esa apuesta de riesgo que supone, además, un apoyo para Alberto y su madre. Job se suma con ganas a mi explosión de buen humor, asiente y me recuerda que se marcha a trabajar a las siete de la mañana y estará fuera tres días, a ver cómo sigue la obra mientras tanto. No debe preocuparse, me encargaré de todo.

A las ocho de la mañana, Alberto no se presenta. Espero inquieta casi una hora antes de mandar a Keli un mensaje al que ella responde con vaguedades, aunque con la corrección ortográfica que le falta a su hija. Espera, he ido a llamarlo y está muerto en la cama, a lo mejor llega en un rato. Supongo que Keli también creció con la convicción de que las hijas superarían a las madres en conocimientos. Nos sucedió a nosotras, que pudimos estudiar más que nuestras madres. Me pregunto, sin tiempo para reflexionar pero dispuesta a pensar en ello más adelante, a qué se debe que una hija tan lista como Fani sepa menos que su madre, fracaso absoluto de nuestras expectativas, interrupción brusca de una línea ascendente de progreso que habíamos interiorizado por equivocación.

¿Cómo que a lo mejor, Keli?, respondo, añadiendo infantilmente dos iconos de cara de asombro total rematados por uno de cara roja indignada, como la que tengo ahora.

Tarda un poco en contestarme, veo en la pantalla que está escribiendo, que para de escribir, que se lo piensa, que continúa, borrando tal vez, corrigiéndose, buscando las palabras adecuadas. Finalmente, envía esta frase despojada de iconos: Me ha dicho el Alberto que la cosita está quedando bien, Pepa.

Eso te lo diré cuando termine. ¿Qué le ha pasado? Mira, esto hay que hablarlo y dejarnos de mensajitos, te voy a llamar.

Es ella la que me llama sin pérdida de tiempo, para

contarme, con voz nerviosa y retadora a la vez, que acaba de poner la cafetera para su hijo, que le parece que ha llegado muy tarde esta noche, y a lo mejor un poco perjudicado. Qué cruz, añade, como esperando de mí una empatía automática.

Joder, y cómo va a colocar hoy el techo si viene perjudicado, digo yo.

Pepa, te dije que mi Alberto sabe trabajar y eso ya lo tienes que estar notando, ¿no? Yo enmudezco al otro lado antes de contestarle que la cuestión no es esa, y que ella lo sabe. Que no se haga la tonta. Que la cuestión, repito, es que hemos puesto nuestra confianza en él, y le recuerdo que saber trabajar incluye llegar a tiempo al trabajo, ¡o por lo menos, llegar! Y que es ella la que se ha hecho responsable de Alberto ante mí. Hicimos un trato nosotras dos, Keli, no sé si te acuerdas.

Keli responde, con una rabia impensada, que si yo también voy a culparla a ella de lo que haga su hijo, como todo el mundo, que si yo tampoco voy a valorar al Alberto, como todo el mundo, que no sé yo lo que es aguantar eso, el sufrimiento que tiene encima, todo el mundo, a todas horas, blablablá. La escritora, dice ahora, con una acidez que atraviesa el teléfono hasta escocerme. La-es-cri-to-ra, repite tajante, recreándose en cada sílaba. La escritora que yo creía que comprendía las cosas un poquito mejor que los demás. ¡Por lo menos un poquito, hija, que me hace mucha falta!

Absolutamente desconcertada por ese giro de la conversación, vuelvo a enmudecer, lamentando sin palabras el anticipo de cien euros que le dimos ayer a su hijo. Ella aprovecha mi silencio para carraspear, cambiar la voz a un tono más neutro y añadir, antes de colgar sin esperar respuesta: Espera, Pepa, que están llamando abajo, será la Caro, que me trae a los niños, ¡hablamos luego!

No vuelvo a llamar ni a escribir a Keli en todo el día, en un gesto de orgullo quizá mal entendido. Se me hace largo ese tiempo sin respuestas, pendiente a todas horas del teléfono. No contesto a un mensaje suyo que llega a las cinco de la tarde, diciendo que el Alberto ha tenido que ir al centro de salud porque está indispuesto, que tiene cagaleras. Y a mí qué me importan las cagaleras del Alberto, por qué tiene que darme

ese detalle indeseado. Ni siquiera me creo lo del centro de salud. Aprovecho la tarde para avanzar en la escritura sacando fuerzas de la ira. Consigo casi dos horas de concentración y después leo un mensaje de Job, que me pregunta cómo va la obra de la azotea. No le respondo. Por la noche, antes de acostarme, le escribo lo siguiente a la madre sufridora: Un día de retraso, Keli, y espero que no haya más. Dile a Alberto de mi parte que lo espero mañana a las 8 de la mañana. Ella responde con rapidez diciendo que ahí estará como un clavo, que lo siente mucho todo, de verdad, y que gracias por comprender la situación del Alberto, desde luego se nota que no soy como las demás... Me duermo a duras penas, enfadada por esa coba innecesaria, lamentando esta situación en la que me he implicado sin pensarlo dos veces.

A las 8 en punto de la mañana llega Alberto con el amigo flaco. Viene sorprendentemente despejado y fresco, como recién salido de una sauna. Pienso intrigada en la misteriosa labor de su madre para lograr esa contundente depuración de toxinas. Qué diablos hará para que ese cuerpo, que ayer sería un escombro, desvencijado, ahora se me aparezca fibroso y sobrio, dispuesto a la acción.

Entra alegre, da los buenos días sin apenas mirarme y dice: ¡Venga, vamos al tajo, que eso lo tenemos ya finiquitao! No pide disculpas, como si el paréntesis etílico no hubiera sucedido, y yo tampoco pido explicaciones, arrollada por esa determinación de albañil dispuesto a hacer su trabajo por encima de todo, contenta por el simple hecho de que se haya presentado para hacerlo. Les ofrezco café, que ambos rechazan. Me quedo abajo preparando mi desayuno mientras ellos comienzan una intensa jornada de trabajo en la azotea. A las once subo a llevarles agua. Más tarde, sobre las doce y media, les ofrezco cervezas frías con aceitunas. Ahí hacen un parón, sacan dos bocadillos enormes, que habrá preparado Keli con pan blanco y crujiente, y yo, entusiasmada al ver que ya está colocado el techo del cuartito, decido tomarme una caña con ellos. Hace calor arriba, están sudando. Les invito a sentarse conmigo bajo el toldo. El amigo dice que este calor no es nada

para lo que ellos están acostumbrados a aguantar. No me han dicho su nombre todavía, ni yo lo he preguntado. Deben de tener la misma edad, rondando los treinta y cinco, aunque el amigo está envejecido por hábitos más contundentes que parece haber dejado atrás. Vuelve esa especie de fascinación muda, nunca reconocida ante nadie ni enunciada en alta voz, que me provocan los yonquis recuperados de los barrios infames. Eso es quizá lo que me lleva a preguntar su nombre. Que al final ni nos hemos presentado, digo. Perico, dice él, achicando aún más los ojos en una especie de sonrisa. Y tú Pepa, añade. Perico el de los palotes, dice Alberto dándole una colleja. ¡Buena gente! Amigos desde la escuela.

Imagino a Perico sufriendo y venciendo salvajes abstinencias activadas por avisos de muerte ajena o propia, superviviente a pelo, sin clínicas de desintoxicación a su alcance e incapaz de plegarse a las exigencias de tratamientos gratuitos tipo Proyecto Hombre. Tal vez este amigo suyo de la infancia lo haya apoyado o acompañado de alguna manera en su desintoxicación, cuando él estaba más fuerte, todavía trabajando con contratos, casado todavía, sin el alcohol todavía desbordando el horizonte.

Mientras tanto, Alberto está contándome los pasos que quedan para que yo pueda disfrutar de mi flamante cuarto para la lavadora. Parecen ser menos de los que esperaba. Afirma que hoy van a dejar listo lo principal, y luego, en dos días como mucho, rematarán los detalles, enchufes, puerta, ventana, pintar por dentro la pared del muro, que tan bien han sabido aprovechar y da una verdadera solidez al sándwich, qué sé yo, no me concentro bien en todo lo que dice, porque me estoy preguntando ahora si esos dos días que quedan para terminar serán mañana y pasado o quizá se alarguen, en caso de que él baje esta noche al bar de los comerciales y se lo beba todo, llevado por la euforia del trabajo bien hecho. Me ha pedido por favor si le puedo adelantar otros cien euros. Me he negado de inmediato, afirmando que no tengo dinero en casa y que eso de pagar se lo dejo a mi marido, quien prefiere liquidar todo de golpe, cuando de verdad lo de arriba esté finiquitado. Entro voluntaria e interesadamente en esas lógicas

masculinas que intuyo que ellos comprenden y que refuerzan mi negativa a adelantarles la pasta: eso es cosa del marido, y el marido hoy no está. Lo aceptan sin insistir, terminan los bocatas kilométricos y las dos litronas frías, fuman dos cigarrillos seguidos cada uno y vuelven al tajo. Yo también. Entro en la casa dispuesta a alternar mi tiempo entre la cocina, el curso de igualdad y las visitas desesperanzadas a *Infrajobs*. Me da tiempo a terminar un choco en salsa, hacer el último examen de mi curso online e iniciar la lectura de una novela corta de Natalia Carrero que me alegra la jornada. Una escritora que tan bien sabe, y cuenta, lo que supone escribir dentro del sándwich de la familia. Continuaré con ella a la hora de la siesta, tumbada en la cama mientras escucho el crujir de las anillas del toldo bajo el viento caliente que se ha levantado y los martillazos ocasionales que bajan de la azotea. Candela entra en mi habitación quejándose del ruido. Sobre las seis y media de la tarde, oigo abrirse la puerta de la azotea y la voz de Alberto: ¡Señora! ¡Esto ya está finiquitao por hoy! No volveré a pedirle que me llame Pepa ni que me hable de tú. Después de todo, el tratamiento distante de señora no me parece mal, para qué tantas confianzas si luego puede pasar lo que ya ha pasado.

Se van sin el dinero anticipado que esperaban pero sonrientes, cargando cada uno con una bolsa grande de basura. Lo habrán dejado todo recogido y limpio. Podría haberles pagado esos cien euros en metálico, pero me lo ha impedido la desconfianza. Los acompaño a la puerta y después subo los dos tramos de escalera a gran velocidad. Una vez arriba, primero miro el cuarto desde fuera, comprobando que apenas le quita espacio a la azotea. Después entro en él como la creyente que accede a un lugar sagrado. Lo recorro llena de alegría y contento, haciéndome al nuevo espacio, imaginando jornadas simultáneas de lavado de ropa y gozosa escritura. Mañana pintarán el muro interior que hoy ha quedado húmedo, alisado con cemento. Un trabajo impecable. A punto estoy de llamar a Keli para contárselo y darle esa alegría, pero me contengo, todavía me cuesta, ya lo haré. Si todo sale como está previsto, en dos días subirán la lavadora y cobrarán lo acordado.

¡Lo principal está hecho!, le cuento a Job por teléfono esa noche. Falta pintar por dentro la pared de piedra, colocar la toma de agua, la ventana, los enchufes y dejar puesta la lavadora. ¿Ves cómo podíamos fiarnos de Alberto? Lanzo sin premeditación esa pregunta tramposa y falsa pues, aunque yo misma sigo desconfiando, no he podido resistir la tentación de proclamarme vencedora en la batalla de la sospecha clasista, prometiéndome a mí misma no comentar jamás con Job el día perdido de ayer, ese agujero negro que estuvo a punto de tragarse mi confianza en Alberto y en su madre, los reproches de Keli contra la escritora retumbando al otro lado del teléfono y resonando en mi cabeza todavía. Contar. No contarlo todo.

La noche

Durante el verano la noche y el día imponen sus músicas extremas sobre los cuerpos y las ciudades, sobre mi jardín con pies de barro. Se suceden las cadencias del sol y la luna, las chicharras y los grillos en la doble vida de la azotea. Suelo subir después de que la hoguera de cactus, ficus y geranios a plena luz haya sido absorbida por la oscuridad blanca, amarillenta, de la dama de noche, que abre sus flores. Es cuando riego descalza la tierra caliente y siento la presencia del barrio entre las macetas, poderoso como el perfume de las flores nocturnas. El barrio brota del barro húmedo con una contundencia que me impide recordar qué sentía antes de todo, adónde me volaba el pensamiento en momentos iguales, los últimos veranos encima de la casa. Es como si hubieran pasado más rápido que éste, sin profundidad alguna, como si yo no hubiera aprendido nada en esos veranos, cuando no estaba desempleada sino de vacaciones, con los pies sobre el mismo barro y los ojos cerrados y los grillos. Retiré de la azotea las macetas que pedían más agua, las que se quemaban con el sol salvaje que el toldo, año tras año, solo consigue tamizar a duras penas. Cuando cierro la manguera me gusta extender los pies encima del suelo antes de que el agua se evapore y solo quede una humedad caliente. Procuro no regar todas las noches. Hace tiempo eran otros los barrios que se colaban en esta humedad. Con los pies extendidos doy algunos pasos absorbiendo el agua que queda en el suelo. Parece que hace mucho, mucho tiempo, de aquellos otros barrios, como si la vida fuera de verdad muy larga. Como si los barrios pudieran ser muy diferentes entre sí y no como los hombres, cuando a veces me parecen todos iguales aunque no lo sean. Keli se descalzó sobre este mismo suelo. Todavía, en el verano que se estira hacia octubre, cuando de noche subo para

quedarme sola entre las plantas, recuerdo toda clase de momentos con ella y me veo en la azotea como la primera vez, como si de verdad estuviera estrenando este lugar donde llevamos viviendo más de veinte años. Hicimos proyectos juntas, llegamos a acuerdos que se han cumplido. Aquí está el cuarto de la lavadora, flamante en la esquina más alejada de la azotea, blanco bajo la luna como una rebanada de sándwich. Cuánto hace del arroz, ¿era jueves o miércoles? Una, dos, tres semanas. Desgrano los días y las noches como si se tratara de un amor de verano, el toldo mecido apenas por un viento suave y caliente que sube del desierto, las madrugadas tórridas. Comimos arroz descalzas. Le gustó de verdad mi jardín de macetas. Fuimos bastante sinceras aunque ella, días más tarde, me engañaría por teléfono. Se fijó mucho en los ficus. Casi árboles, repitió. Sé bien que no se trató de un engaño premeditado. Tenía que improvisar algo, lo que fuera, a ver qué iba a hacer. Y desde luego que no le faltan recursos para la improvisación. Se las sabe todas. Habíamos bebido juntas cerveza, gazpacho y vino. Mis uñas moradas. Sus uñas azules. Sería demasiado simple verlo todo como un engaño. Lo que más me incomodó fue que, conforme ella me iba hablando por teléfono y la rabia me subía desde el estómago, también la comprendía, la estaba comprendiendo a mi pesar. Me molestaba darme cuenta de cómo Keli, liándome de ese modo, trastocando mis palabras, estirando sin vergüenza sus toscos ejercicios de disuasión, estaba consiguiendo lo que quería: que yo la comprendiera. Su hijo acababa de faltar a mi casa, su lugar de trabajo, sin dar explicaciones, traicionando su compromiso con Job y conmigo. Era uno de esos momentos en que no puedes ni quieres comprender demasiado, como cuando exploté en el salón de manicura, dos días antes de su visita a casa. También me pregunté más tarde por qué había saltado con esa determinación ante los comentarios homófobos, después de meses callando ante tantos otros que dolían igual. Momentos de hasta aquí hemos llegado y vale, sí, sois todas muy primarias, cerriles, por eso actuáis así, sé incluso por qué lo sois, lo puedo comprender, miradme, vengo aquí como una más aunque no lo sea ni pretenda serlo, pero ya está bien,

muchas veces a qué viene tanta comprensión inútil, para qué. Había estirado al límite mi paciencia en el salón de manicura, soportando todas esas verdades equivocadas, brújulas que las guían. Todos esos lugares comunes sobre el matrimonio, la virginidad, la longitud y preparación perfecta de las uñas para cualquier momento de la vida, para toda ceremonia posible, bautizos, pañuelos, bodas, comuniones. No me mintió por mentir, ya me había dado cuenta en la comida de que no era esa su naturaleza. Al terminar la paella dijo que tenía calor y yo le refresqué las piernas y los pies con la manguera abierta, primero a modo de lluvia y luego con un chorro contundente, mientras ella fumaba sobre los cojines. Ya entonces había dicho que escribir le parecía algo bonito. Mojé también a Fani. Después me mojé yo. Las tres nos reímos bajo los cosquilleos del agua. Más que una mentira en toda regla, lo que intentó fue dar rodeos, liarme, llamándome la es-cri-to-ra con una rabia más grande que la mía, que recibí como una bofetada injusta. Ahí se pasó, se estaba pasando y ella lo sabía perfectamente, con todo el descaro del que es capaz, que es mucho. Yo intentaba oírla como si no me pareciera la misma de unos días antes, en realidad deseando que no me lo pareciera, engañándome a mí misma, porque no solo era la misma sino que lo parecía, estaba siendo ella misma a tiempo completo, era la Keli intentando confundirme, suavizar la traición, exigir que la comprendiera a ella con tal de no reconocer mi enfado merecido por la actitud de su hijo. La sequedad que envuelve los veranos del sur se queda muchas veces en nosotras. No es que estuviera haciendo esfuerzos para que yo comprendiera al hijo, pues ella misma sabía que no había excusa posible, sino para que la comprendiera a ella. Seca ella, seca yo, secos los toldos de las azoteas, que extienden sus velas en medio de los incendios furiosos del verano como barcos condenados a no llegar a buen puerto. El barrio colándose aquí a través de sus pies. La Keli y la Pepa descalzas sobre el barro seco de las azoteas y de las vidas. Por qué no habré logrado sacarla de mi cabeza, una vez terminado y pagado el jodido cuartito. Me siento mal por no haberle dicho todavía que estoy agradecida por el trabajo bien hecho

de su hijo, que a veces pienso en él y en su amigo Perico como si fueran mis primos o algo parecido, unos primos revoltosos a quienes conozco de toda la vida. Por qué fui tan feliz comiendo arroz con ella. Todo lo estaba haciendo por proteger al hijo y para que yo la comprendiera. Debería llamarla ahora, buen trabajo el de tu hijo, ojalá no le falte, es un buen albañil, se merece lo mejor. Ya he pagado el dinero, pero le debo eso. Por qué costará tanto decir unas palabras sencillas capaces de alegrarle la vida a una mujer. No debería ser difícil, no debería contenerlas como contengo los *tequieros* a Job, total para qué, si sabemos que los silencios no sirven ni salvan de nada. No debería costar tanto ser un poco generosa. Pero han pasado los días y Fani ha vuelto a casa con ganas renovadas, pidiendo dos sesiones semanales, así que viene también los jueves a la hora de la siesta y seguimos con Lorca como si nada hubiera sucedido. En clases intensivas continúa leyendo y escribiendo, agitando su memoria abajo en el salón, la misma que ahora sube a mi cabeza en la azotea nocturna, detalles de una vida que resplandece aunque ella no lo sepa, pues también ante Fani contengo la emoción y no suelo estirarme en elogios, también despliego ante ella mi racanería mientras las paredes de casa me devuelven como un eco todo el peso de su vida verdadera. En los silencios, en las elipsis de la novela corta de esa vida, vuelve a salir su madre sin haber sido nombrada, pues Keli ya siempre puebla mi imaginación cuando escucho leer a su hija en voz alta, cuando, aunque solo el padre y la hermana y el hermano salgan con Fani en algunos *meacuerdos,* yo sigo viendo a la madre detrás, friendo churros, asando sardinas, metiéndose en el mar dando gritos como una niña, de la mano del hijo y de las hijas, porque no sabe nadar, porque vio el mar por vez primera cuando era una muchacha rubia ya crecida y aunque le encanta el agua también, en el fondo, le da miedo. Cantando por Rocío Jurado con la bata rosa recién estrenada en el séptimo piso recién estrenado. Venían de las corralas de la noche. Arrastraban una densidad de historias de vida que nadie tuvo tiempo de escuchar mientras los cambiaban de sitio, cuando el país oscuro se iba barnizando a toda prisa con brillos falsos y corría hacia la modernidad y el

consumo sin querer mirar atrás. La Keli y yo éramos niñas todavía, y pronto adolescentes. La democracia trajo islotes de bloques altos de viviendas sin nada alrededor, desiertos de protección oficial, depósitos de pobres. Y la droga. Pienso en los barrios primeros donde trabajé. Me acuerdo también de Perico y de su delgadez de exyonqui vapuleado. Cuerpos masculinos idénticos, en formación, haciendo guardia en las calles y esquinas de las barriadas, que parecen surgir de este suelo de barro caliente y nocturno. Perico y los demás con esa herencia a cuestas, hombres deshidratados, avellanados, que se habían metido en vena la travesía del desierto que habían hecho sus madres, sus padres, sus abuelas, los abuelos que habían sobrevivido, todo ese ejército perdedor de pobres. Había que realojarlos dejando campo libre a la modernidad, a la especulación en los centros de las ciudades. Venían de las corralas de esos centros urbanos y también de pueblos que se despoblaban porque en las ciudades hacía falta gente para engrasar la maquinaria. Llegaban de una pobreza de huertos y acequias y casas blancas a otra bien distinta. De una sombra de macetas y patios vivos a la sequedad de los bloques de pisos de doce alturas, en barrios recién creados, sin colegios ni parques, sin árboles, sin sombra, sin centros de salud. Bloques hechos en serie. Y solo un poco más tarde, en una generación, cuerpos deshechos en serie. Imagino ahora a Alberto bebiéndose la madrugada del verano que se estira hasta octubre. Alberto alejado de sus hijas, dos niñas, por un abogado cabrón, me había dicho Keli el día del arroz que se ha enquistado en estas noches. O acaso iba a creerme yo que por hacer mi cuartito iba a dejar de beber. Un abogado cabrón que se buscó la mujer, dijo. La mujer. También habían contado que Alberto, cuando era un chaval, había seguido estudiando después del instituto, algo técnico que no recuerdo ahora, pues toda esa información que iban soltando sin filtro, desordenadamente, pisándose una a otra, sin darme tiempo a reaccionar con las preguntas que siempre se me acumulan, me confundía y me abrumaba. Fuera la que fuera esa formación profesional avanzada que hacía Alberto con buena nota, tuvo que dejarla por la muerte del padre, y meterse en la construcción. Dos niños mi Caro, dos

niñas mi Alberto. Al nombrarlas se le iluminó la cara. Ahora soy incapaz de recordar sus nombres y sin embargo puedo ver con claridad, movida por los prejuicios y sin tener ni idea, a un Alberto bebiéndose su buen trabajo en lugar de entregando el dinero para las niñas a su ex. Así la llamó también Keli, su ex, y de ella no dijo el nombre, seguramente ofendida por una separación cuyas causas en el fondo comprendía pero no le apetecía reconocer ante mí. Su Alberto, su Fani, su Caro. Así que a ella también le costaba comprender. Mi Mario, mi Candela. Aluvión de posesivos indicando sin que nos demos cuenta nuestra condición de madres posesoras, de las que no se creen del todo que sus hijos e hijas sean los hijos y las hijas de la vida, me imagino qué contestaría Keli si le digo que los hijos son los hijos de la vida en vez de nuestros, si le leyera ese poema de Khalil Gibran que me aprendí de memoria cuando fui una madre casi adolescente, como ella:

> No vienen de ti sino a través de ti y aunque estén contigo no te pertenecen (…)

Tú eres el arco del cual tus hijos, como flechas vivas, son lanzados (…).

Deja que la inclinación en tu mano de arquero sea hacia la felicidad.

Menos teorías con eso que ya nos las sabemos todas, diría la Keli, quien seguramente me sorprendería conociendo el poema tan bien como yo. A lo mejor tendría razón. A lo mejor nos hemos aprendido ya todos los poemas y ahora nos reímos de esos poemas y de los desapegos que quieren vendernos. Tu hijo bebiendo cervezas sin fin, Keli. Tu hermano, Fani, habiendo terminado con maestría todos, absolutamente todos los detalles de mi cuarto salvador y yo aquí racaneando mi emoción, sin compartir, sin atreverme a decirlo, sin dirigirme a tu madre, ni siquiera una llamada. Ahora que ya has conocido el Lorca del principio y has buceado también en tus propios principios. Cuando ya te veo preparada para todo y poco más puedo hacer por ti. En el último encuentro me has dicho que quieres

escribir una carta. Como si yo tuviera que darte ese permiso. Una carta a tu madre que debo corregir, que quieres que corrija. Como si yo pudiera corregir esa carta. Mamá Keli, has escrito, y ahí ya me he dado cuenta de que yo no tenía nada que decir. Te debo una boda, has escrito también. Y vas a tenerla, mamá. Vamos a celebrar con toda la gente, la chacha y el chache Alberto y sus niños que son nuestros también. Quiero verte guapísima en mi boda, como tú eres. Estos días me he acordado escribiendo de tus batas de flores y tus canciones cuando cantabas por Rocío Jurado, como siempre. Y yo te doy las gracias por seguir cantando, mamá.

Así ha sonado el eco de esa carta en el salón y mi imaginación ha vuelto a las corralas, a la vida comunitaria de patios y macetas y vecinas que conversan a diario antes de ser realojadas en viviendas verticales, y he pisado descalza el barro una vez más y he regresado en silencio a mi jardín del pueblo con las estrellas de cristal y a las mujeres que bailan y las guitarras que lloran y la memoria del agua. Y la noche.

La boda

Saray, la hermana de Conso, es *wedding planner.* Me enteré en una de mis primeras visitas a Pasión Nails. Hasta ese momento no se me había ocurrido incluir ese exotismo en el exiguo espacio que el mercado de trabajo dejaba disponible para ellas. El nuevo empleo se sumaba a los relacionados con la manicura, expandiendo ese espacio cuyos límites, que tan segura estaba de conocer, se volatilizaban ante mí como una mancha de acetona. Lo pronunciaba cada una a su manera. Cuando intentaba hacer una especie de media aritmética con sus dicciones, obtenía un *güedinplani* que me empujaba, excitada, a indagar. Desde el principio quise saber más sobre ese trabajo que nombraban con desenvoltura, así que aguzaba el oído cada vez que salía en las conversaciones. *Wedding planner.* Después de la clienta de doce años que vi en una de mis citas, hubo otra aún más pequeña, de diez. En un momento determinado, mientras Conso le pintaba las uñitas en tonos azules, llegó a asegurar que de mayor iba a ser *güediplane,* como su tía preferida, Saray, quien la llevaba ese día a hacerse su primera manicura. Cuando Fani empezó a venir a casa me atreví a preguntar y comprobé que era un trabajo normalizado entre ellas. Había un programa en la tele que seguían cada semana. Se titulaba *La wedding planner.* Bodas de ensueño, había dicho Fani. Me contó que la suya iba a ser algo más sencilla, de no volverse loca, y que iba a contratar a la Saray no porque fuera la hermana de Conso sino porque la Saray era la mejor, y ella quería que su boda fuera algo muy original. Algo que nadie haya hecho antes, Pepa, que por algo no soy como las demás, ¿o tú me ves a mí como las demás? Algo moderno, dijo. Sin pañuelo ya a estas alturas, claro, y sin alargar mucho la cosa.

Con estas alturas supuse que se refería a una mezcla confusa de edad avanzada para casarse —sus veinticuatro años— y de

virginidad perdida sin pañuelo. Porque la Fani ya se había escapado con el novio, como decían. Ya habían viajado solos. Ya habían hecho el amor. Y, cuando te has escapado, no hay pañuelo, no hay boda. Pero ella quería boda. Resonaban todavía en mi cabeza las voces de las otras diciendo que iba tarde.

Fani quería que su boda empezara y acabara el mismo día, porque para qué alargarlo si después de todo se iba a casar sin pañuelo y más que nada para darle una alegría a su madre, sobre todo para eso. De nuestras conversaciones saqué más información sobre la prueba ritual que sanciona la virginidad de la novia, celebrada con vehemencia por mujeres y por hombres que luego se rompen la camisa. *Soy gitano, y vengo a tu casamiento*… Parece que las bodas con novias virginales y pañuelos felizmente ensangrentados se extienden más de un día. Hasta que se acabe todo el alcohol, dijo, y explicó que siempre están visibles en las bodas las botellas de whisky y de todo lo demás. Quise saber cuál era la bebida protagonista. El whisky, dijo ella. *A partirme la camisa*… Conforme se acercaba la fecha de la boda, Fani me iba haciendo partícipe de la celebración que estaba organizando mano a mano con Saray. *La camisita que tengo*… Todo el rato se me venía a la cabeza Camarón de la Isla. Ya tenían elegido el sitio, un salón en las afueras de la ciudad. Pero que no me creyera yo que iba a ser el típico salón con mesas largas y todos sentados, no: en su boda estaría todo el mundo de pie. Ante mi asombro, me explicó que lo importante de la boda iba a ser el escenario, música en directo con un grupo muy conocido en el barrio, que hacen un trap flamenco con mucho *flow*. Supuse que era más o menos lo que hace Rosalía, y pensé en preguntarle más tarde a Candela sobre esa música que, de entrada, no tenía clara en mi cabeza, pero Fani buscó por su cuenta en el móvil e inmediatamente me mandó por WhatsApp dos o tres canciones de ese trap, mientras seguía hablando de la fiesta ideada a medias con su *wedding planner*. Vamos a poner mesas altas bien repartidas y otras largas pegadas a la pared, con la comida allí.

Al parecer estaba siendo complicado convencer de ese

formato a Keli y a la madre de José, porque decían que a ver cómo iban a aguantar las abuelas de pie tanto tiempo, y ellas mismas con los taconazos y las plataformas. Me imaginaba a Fani negociando duramente con Keli la novedosa logística del banquete. Saray había encontrado solución a eso: pondrían unos *sofales* para la gente mayor, y sillas plegables. Es que el abuelo del José no puede ni andar, ése lleva ya la silla incorporada, vamos. Mi abuela también está un poco torpe, se cansa, y mi madre se ha comprado unas sandalias plateadas, preciosas, ¿eh?, pero con unos tacones exageraos.

De estos y muchos otros asuntos querría siempre tomar notas en el acto para dejar bien fijado todo detalle posible, incluso grabar su voz, pero me lo impiden el pudor y el respeto a Fani, como si conversar sin tomar apuntes ni grabar lo que me cuenta fuera una escucha más respetuosa. Seguramente lo es. Llevo meses repitiéndome que esto no es un trabajo ni yo soy una socióloga que entrevista, para su investigación, a una informante más, a una mujer que colabora de manera voluntaria, previamente advertida de su papel, pues de nada he advertido a Fani, ni siquiera de que estoy usando mis vivencias con ella, y las suyas propias, como materia prima para una novela que pide ser escrita a vuelapluma. Una bolsa que se va llenando sin pedir permiso. No. Nuestras conversaciones no deben ser escritas ni grabadas: deben ser de igual a igual, pues como iguales nos hemos embarcado en nuestras travesías por el desierto. En pocos meses hemos consolidado una relación de clienta y estilista que después ha ido a más, al cruzarse con otra de profe y alumna. De ahí pasamos a la ocasional de anfitriona e invitada, con madre y sobrinos, a compartir un día de piscina, arroz y toldo. Una jornada que me hizo devenir parte contratante en negro de su hermano albañil, siguiendo los deseos de Keli para su heredero y contraviniendo a Fani. Somos aventureras que cruzan temerarias un desierto social, tierra de nadie en la que pocas entran. Tal vez por eso a veces todo es entre nosotras ligero y esponjoso. Nuestros roles escapan alegremente de todo control, leves plumas que flotan y luego se pierden en el aire,

aligerando el mundo. Esa ligereza parece muy capaz de vencer los miedos pesados que tenía sobre la nuca y amenazaban con hundirme, el día que salí de casa llorando y caminé rápido hasta parar, hipnotizada, frente a la puerta de Pasión Nails.

Creo que también me frena un sentido del ridículo. Verme escribiendo en papel o en pantalla mientras Fani me habla sería una situación así, ridícula, que me haría parecer sospechosa, una friki incapaz de comunicarse abiertamente. Así que *sofales* para la gente mayor, y sillas plegables, anoté en la memoria más inmediata. Perderme sus gestos, la expresividad que emana de su cuerpo cuando cuenta y habla. Y los demás a bailar y a comer, seguía diciendo Fani, porque comida no va a faltar, y whisky habrá pero no para más de un día. Si se cansan pronto, que se cansen, así termina antes la boda, porque no hace falta estar dos o tres días seguidos, como en el bodorrio de la Vanessa, que parecía que aquello no iba a acabarse nunca. Eso ya está antiguo para mí, Pepa. Tanto tiempo para qué. Yo el tiempo lo quiero para irme pronto con el José, dejar contenta a mi madre y nosotros a lo nuestro, al viaje secreto que tenemos preparado. De momento se iban a ir a vivir a un piso de alquiler en el mismo barrio, nada de meterse en casa de alguna de las madres, como hacían casi todas. Y, si no llegaba pronto el piso de protección oficial que había solicitado, ya se comprarían algo fuera del barrio, un poco más allá, había dicho, porque, ya que daba ese paso, quería notar el cambio de verdad.

No era posible saber cuántos días o semanas llevaba decidiendo si incluirnos en la lista de invitados, pero la invitación no llegó hasta que Alberto concluyó la obra. Justo una semana más tarde, con el trabajo pagado, la lavadora instalada ya en el flamante sándwich que corona una esquina del tejado de la casa, mientras esperábamos la inminente llegada e instalación del lavavajillas en la cocina, llamó Fani para invitarme a su boda. A mí y a mi familia. Yo todavía seguía instalada en un racaneo emocional que me impedía haberle contado a Keli mi satisfacción con la obra de su hijo.

Su llamada me sorprendió en un feliz estado de emparedamiento, clasificando ropa sucia según colores, antes de dejar puesta una primera lavadora de ropa blanca y salir a escribir a la azotea. Que le dijera cuántos íbamos a ir. La boda sería a finales de octubre. Imaginé a Keli decidiendo con ella y dando el visto bueno a esa invitación. Le dije que tendría que hablarlo en casa. Cuando viniera el lunes le daría una respuesta. Antes de despedirme, pregunté si pensaba seguir el plan que me contó de una celebración con todos de pie. Dijo que por supuesto.

Después de esa llamada, mi imaginación comienza a desbocarse. Primero pienso en las piernas de Job, donde han hecho mella los años de trabajo duro y dos operaciones sufridas tiempo atrás. Cada vez se cansa más si tiene que andar mucho o estar mucho tiempo de pie. Después me lo imagino felizmente sentado en uno de los *sofales,* entre el abuelo de José y la abuela de Fani, que tendrán más o menos su edad pero tal vez parecerán mayores. O no, quién sabe. Nada sabemos. Puedo verlo allí disfrutando de la música y de la conversación, pues tiene la virtud de ser sociable y hablar con todo el mundo. Desde el sofá me mirará mientras yo bailo sola al ritmo del trap flamenco que suena en el escenario, coreando incluso algunas de las letras, que conozco por haber escuchado en bucle, para irme ambientando, los temas que me mandó Fani y otros que yo misma buscaré estos días. El ambiente incógnito me estimulará tanto que, después de haber comido y bebido de pie, y tal vez con cubata y medio en el cuerpo, estaré desperdigada por la pista, olvidadas por completo las pesadumbres ordinarias, casa, desempleo, *Infrajobs,* alejada toda crisis, desmelenándome como una invitada más que celebra el casamiento. De esta manera paso, sin transición, de la sorpresa inicial por haber sido invitada a verme ya integrada en el jolgorio gitano o entreverao, una cosita intermedia, moderna, como dicen Keli y Fani. Esa mixtura llega como un aviso de futuro excitante que hace vibrar las paredes del sándwich recién estrenado. Es un día nublado de finales de septiembre. Afuera esperan el ordenador y los cuadernos,

dispuestos sobre la mesa de la azotea para un festín de escritura solitaria. Salgo del sándwich casi feliz, tanto por estrenar el nuevo espacio de lavado como por el estímulo que supone esa invitación, todo lo que promete la boda de Fani, mi cuerpo bailando junto a otros de uñas larguísimas y empedradas con minúsculas piedras brillantes, glúteos naturales y operados, melenas bien peinadas, recogidas artísticamente, con postizos, ropa recién estrenada que se ajusta a cinturas imposibles, a caderas de redondez perfecta y a otras no tan perfectas. Gorduras sin complejos, libres de cualquier reparación quirúrgica, agitadas por la energía musical que todo lo uniforma, la gente en pie, entrando en la mixtura de lo nuevo y lo clásico que Fani lleva meses diseñando con Saray. Para nosotros todo será nuevo. Llevamos décadas sin ir a boda alguna. Cuando ya gira el tambor de lavado con ropa blanca, en lugar de seguir con la novela me sorprendo buscando información en internet sobre bodas gitanas, sin pensarlo dos veces. Intento conocer todo lo posible de esas ceremonias para poder reconocer más tarde las rupturas que Fani está dispuesta a perpetrar, escandalizando a más de una. Encuentro gran variedad de grabaciones de bodas auténticas, en montajes de video que a veces duran más de seis horas o lo resumen todo en unos treinta minutos. Las novias gitanas de YouTube parecen princesas hindúes. Se las ve en sus casas, ya vestidas, antes de salir, celebrando y posando con su familia y amigas. Siempre de blanco inmaculado, lucen vestidos suntuosos de largas colas vaporosas y cuerpos bordados en pedrería, coronas de reinas, maquillajes muy elaborados. Novias sin mácula. Los banquetes son explosivos, alegres, con bailes, cante y palmas a compás. Los vestidos de las invitadas, que van de largo sin excepción, lo llenan todo de colores. ¿Irá Fani de blanco? Y yo qué me pondré. No recuerdo haberme comprado ropa para ocasiones semejantes, más que un vestido corto de seda, en tonos verdes, pero eso fue para mi propia boda, que después usé en otras y para salir alguna noche. Cuánto hace que no salimos de noche. Además, el gasto del cuartito nos ha dejado con lo puesto.

Cuando comuniqué la invitación a la familia, Mario y

Candela declinaron sin poner muchas excusas, pero Job aceptó de buena gana. Avisé a Fani de que seríamos dos. Ella me dijo que, si queríamos verla salir, podíamos quedar en la puerta de su bloque. Me mandó la localización. Estaba cerca de Pasión Nails. No quería perderme eso por nada del mundo.

Salimos de casa mejor vestidos que de costumbre. Job con su traje de chaqueta gris claro de verano, polo y zapatos negros; yo con vestido de viscosa y chaqueta de lino, rosa pálido. Buscando en los armarios ha aparecido toda esta ropa casi sin usar. Calzo sandalias de cuero con tacones razonables. Deseché otras más altas y menos usadas porque tuve presente la escasez de sillas y mi posible participación activa en el jolgorio. He ido a la peluquería y se me nota. Llevo hecha la manicura francesa en manos y pies, como la que usa Fani habitualmente. Respetó sin protestar esa elección mía para su boda, mientras me borraba los rastros ruinosos del ciclo morado. Me siento cómoda con estas uñas discretas, en tonos naturales. Dejamos el coche en el aparcamiento contiguo al pastel de fresa. Han puesto pequeños ramos de flores amarillas en las paredes de entrada al bloque, la puerta abierta de par en par. Pueden verse desde fuera en el pasillo de los buzones, que están festoneados de guirnaldas. Hemos llegado con tiempo de no perdernos la salida de la novia. Nunca había visto así de engalanado el portal de un bloque. No sé qué me produce una ternura inesperada, si el portal con sus buzones vestidos de gala o la visión de la novia que ya sale, decidida, entre mujeres que la jalean y cantan letras mil veces repetidas pero personalizadas para cada ocasión. *Qué guapa va la novia, la Fani, mírala. Qué contenta la madre, también qué guapa va…* Ambas reciben una lluvia de pétalos de rosas cuando salen a la calle. *La niña de la Keli, que la vamos a casar...* Los pétalos alfombran la acera por donde pisan sus tacones de vértigo, antes de entrar a un coche tipo limusina que las espera cerca, alquilado para la ocasión. Hay mucha gente haciendo fotos y grabando la escena con teléfonos móviles. Saray da instrucciones a un joven con cámara profesional de vídeo. Más que princesa hindú, Fani se me aparece como la hija radiante de Grace Kelly, con inusual vestido de seda en color blanco

grisáceo, gran escote, líneas rectas, falda corta, apenas por debajo de las rodillas, melena al viento, despojada de esas coronas barrocas en las cabezas de las novias que he visto en internet. No es como las demás, ya me lo dijo y ahora lo confirma su imagen transgresora. Maquillaje ligero pero excéntrico, alejado de todos los que he visto en mis indagaciones de los últimos días. Al lado de esas otras novias canónicas, ella parece punk: los ojos muy pintados con tonos negros y grises, los labios pálidos, de un carmín casi transparente, uñas kilométricas que nunca le he visto antes, perfectamente negras, con puntos de brillo que dejan destellos a juego con sus ojos. Zapatos de salón muy altos, tacón de aguja, cuero negro. Todo lo que lleva consigue una unidad sólida que la separa del resto y sin embargo es aceptado con muestras de cariño, cantes, pétalos de rosa, aunque parezcan piezas que no encajan del todo en el ambiente. Un *look* provocativo capaz de alimentar futuros cotilleos, como la boda en sí, que nace señalada en la comunidad, ajena a los protocolos de la honra de una novia que ya se ha escapado con el novio. La acompaña una Keli levemente bronceada, el pelo recogido en un moño con postizo incorporado. Abundan los postizos incluso entre las más jóvenes. La piel del cuerpo tersa. Más maquillada que Fani, con un espesor de rímel y de verdes profundos que intensifican su mirada clara, labios rojos a juego con las uñas de manos y pies, altísimas sandalias plateadas, vestido azul sin mangas, escotado, de raso y pedrería. Qué manía tienen todas con las piedras. La Caro va de fucsia y empedrada también. Son hermosas. Adivino que es ella porque sale del portal con sus niños de la mano, el Christian y el Iván vestidos como hombrecitos, mini trajes de chaquetas, chalecos y zapatos cerrados, oscuros. También es evidente el parecido de la primogénita Carolina, teñida de rubio, con su madre. Las mismas facciones finas, ojos muy claros. Hay cada vez más gente. A Alberto no lo hemos visto todavía. Pronto lo localizamos, bien vestido de traje, con dos niñas de la mano. Vestidos cortos y vaporosos, zapatos nuevos, uñas sin pintar. Casi se me habían olvidado las hijas de Alberto. Deben de tener siete y diez años, calculo mientras las miro, cogidas de la

mano de su padre, castañas como él, sin madre cerca. La vida nos va soltando información de Alberto con cuentagotas. El hermano, el borracho, el hijo, el albañil, el padre de dos bellezas que parecen quererlo mucho y que ahora miran embobadas a su tía Fani. Keli, pendiente de ella, le retira la melena cuidadosamente, despejándole la cara, y las dos posan ante los fotógrafos improvisados y los contratados. La gente nos saluda sin conocernos, con un cariño inesperado. Cuando madre e hija me descubren entre la gente, hacen un gesto leve de saludo principesco sin prestarme más atención de la debida, yo una más entre todas. Saray sigue organizando, dando con uñas doradas sus órdenes de *wedding planner*. Todo el mundo a los coches. Llegamos, siguiendo la comitiva, al sitio donde se celebra la boda, no muy lejos del barrio, en las afueras de la ciudad. José, el novio, ha llegado antes y está esperando, elegante en su traje de chaqueta negro. Los novios que he visto en internet llevaban trajes blancos, sin excepción. Cruzamos los jardines bien cuidados antes de acceder al interior del edificio. Alrededor de la pareja, dentro de un salón grande, la gente guarda silencio durante una ceremonia corta, oficiada por un hombre investido de alguna autoridad que desconozco, quien hace las preguntas de rigor. Lo nuestro fue en un juzgado, mi traje era también corto, no hubo ni la mitad de gente que ha venido a esta boda. Se trataba de aprobar el pacto de convivencia para siempre, y seguir con lo nuestro. Terminar con aquello cuanto antes. Están todas las clientas de Pasión Nails a las que conozco, con sus familias. Me han saludado en la entrada. Fani responde sí con una especie de timidez que me conmueve. José añade a ese sí, mirándola a los ojos, que cuidará de ella y la querrá toda la vida. Me fijo en las niñas y niños, callados, pendientes de las promesas, integrados en esos minutos de solemnidad. Nosotros también dijimos que sí. Después todo el mundo aplaude. A Keli y algunas mujeres más se les saltan las lágrimas, que retiran con cuidado de no estropearse las pinturas de ojos. Yo también siento el subir de las lágrimas, más emocionada que en mi propia boda. Job, a mi lado, permanece impasible: ni se emocionó entonces ni se emociona ahora. Todo lo observa con curiosidad. No recuerdo

si mi madre lloró. Creo que no. Fue una ceremonia despojada de sentimentalismo, como si nadie se alegrara demasiado. Pronto comienzan a sonar palmas al ritmo de la canción que sale de los altavoces. Dar el sí, firmar, comer y emborracharnos un poco fue lo que hicimos. No veo cuerpos cansados, ni siquiera los más viejos lo parecen. Poder seguir viviendo juntos sin escandalizar a nadie. Yo tampoco habría manchado ningún pañuelo. La melena castaña y brillante de la novia cae hasta su cintura, sobre la seda clara. Las firmas y los testigos evitan esos escándalos. Ella y José bailan en medio de un círculo de gente. Ha hecho Fani exactamente lo mismo que hice yo: casarse para que la dejen tranquila. Para acallar los rumores de antes, ignorando los que ahora despierta su *look* rompedor, desafiante ante aquello que decían sobre que iba tarde, sobre que a lo mejor ya ni siquiera iba porque se había escapado. Había manchado sus telas en la intimidad. Ir. Ir. Llegar pronto o tarde. El matrimonio como el Castillo de Irás y No Volverás con la malvada hechicera dentro. Los cuentos que nos contaron a Keli y a mí cuando éramos niñas. Me acerco a Job y lo abrazo. Me acoge como siempre, pero además me besa y me acaricia el pelo, y ahora sí creo notar cierta emoción en él. Tal vez está recordando nuestra ceremonia lejana, austera, civil. Nos separamos pronto y pasamos con el resto a un salón más grande donde todo está dispuesto como planificaron Fani y Saray. Mesas altas en torno a la gran pista de baile, camareros que avanzan con bandejas de comida y bebida entre el gentío mientras, sobre el escenario, comienzan a prepararse los instrumentos. Cogemos dos copas de cerveza fría y una minihamburgesa de langostinos cada uno. Saludo a Hortensia y Conso, bellas en sus largos vestidos de raso, también con postizos añadidos a sus moños. Por todas partes hay lujosas uñas artificiales y empedradas. Qué pasa, Pepi. Les presento a Job, le dan la mano sin arañarlo. Después, se alejan. Antes de que comience a tocar el primer grupo de trap flamenco con mucho *flow,* alguien canta flamenco sin trap desde el escenario.

Así que Pepi, ¿eh? No sabía que fueras tan famosa, me dice Job al oído. Ya hay gente bailando en el salón enorme.

Observo la original disposición del espacio, tal y como Fani me había contado. Cuando estoy buscando los *sofales* con la mirada, que localizo consecutivos y convenientemente pegados a dos de las paredes, junto a una montaña de sillas plegables en el extremo, Keli se acerca a mí y nos besamos. Le digo que está impresionante y le doy la enhorabuena por la boda de su hija. Ella responde que mira qué mona estoy cuando me pinto y me arreglo un poco. No nos veíamos desde el día de la paella. No fui capaz de convocarla a una cita las dos solas, después de todo. Viene con una nieta de la mano. Esta es mi Lola, dice, la mayor del Alberto. Alberto padre, Alberto hijo, Alberto hermano, Alberto construyendo mi cuartito de sándwich o faltando a su cita laboral porque está perjudicado, como dice su madre, siempre al cuidado de su heredero. Mira, Lola, ésta es Pepa, la escritora amiga mía y de tu tía Fani, le dice a la niña. Presentarme a su nieta es decirme sin palabras que mientras ella viva, y pase lo que pase, Alberto conservará su dignidad. ¡Hola, Lola! Qué linda te has puesto para la boda de tu tía, me encanta tu vestido. La niña dice gracias, mirándome a los ojos. Recuerdan a Alberto esos ojos y la manera seria de mirar, un aire reconocible del padre en su cara bonita. Pues más lista es, dice Keli. Se le nota, y esa es la guapura que de verdad importa, Keli. Le pido a Job que nos haga a las tres una foto con el móvil. Posamos complacidas y luego se van. Me acuerdo entonces, no sé por qué, del primer día que pasé caminando desesperada por el barrio, la primera vez que vi el salón. Esos días en los que me costaba reconocer a mi familia, reconocerme en el mundo. Seguimos bebiendo y probando los bocados deliciosos del banquete. Recuerdo cuando, algunos días más tarde, me acerqué como clienta. ¿Bailamos, Pepi?, pregunta Job sin gesto de cansancio y guiñándome un ojo. Las chicas que fumaban fuera, bajo el cartel de uñas desmesuradas, extendidas al cielo. Cuánto hace que no bailamos Job y yo. Apenas lo hemos hecho, en realidad. Después de un minipinchito moruno cada uno, comienzo a mover mis caderas imperfectas y él responde con un movimiento ágil de piernas. Intento imitar a las otras, pero es imposible adquirir sus maneras de golpe. Esa especie de baile

sincopado que parece salir disparado del vientre para extenderse desde allí a todo el cuerpo, y salir por los ojos. Hay un rumor de palmas que no cesa, como una ola que se va adaptando a las subidas y bajadas de la música, sea cual sea, cante quien cante. Bailamos mientras recuerdo mi aturdimiento frente al pastel de fresa como si fueran las torpezas de otra. Se trata de una percusión orgánica que sale de los cuerpos y se eleva sin perder nunca el ritmo. No necesita instrumento alguno, solamente el impulso que mueve los brazos. La alegría. Regresa la guitarra del *Poema del cante jondo. Es inútil callarla… Es imposible callarla…* De repente Job me pide que mire a un punto concreto. Me coge la cara, la orienta a ese punto entre el jaleo circundante. Alberto se ha lanzado al centro de la pista. Se acerca a la novia y bailan con un estilazo que no imaginábamos y nos embelesa. Al terminar, su hermano coge a Fani desde las rodillas y la eleva, con los ojos llenos de lágrimas, mientras la gente jalea más fuerte. Siento cómo otra vez vuelven mis lágrimas. El oleaje de palmas que no cesa me trae aquel paseo desesperado, empujada por la crisis. Mi desubicación en el barrio, perfecto reflejo de mi desubicación en el mundo esa mañana de abril. Hemos visto también a Perico el de los palotes inusualmente bien vestido, con camisa de chorreras, una apuesta arriesgada. Job acaba de acercarse a darle la mano y yo saludo a Perico de lejos mientras hablan. Bailo sola. Estoy sola cuando ya han dejado de cantar flamenco puro y suena en el escenario el primer compás de trap y la novia y el novio salen juntos a la pista. Los sonidos electrónicos se imponen sin alejarse de lo flamenco. Fani y José, la pareja más moderna de todas las bodas a las que he asistido pasivamente en YouTube, son empujados por esa mezcla musical que se suma a la percusión humana y a las agitaciones de vientres y caderas. La euforia rítmica se intensifica y hace que aquella desesperación mía resulte borrosa y remota, perteneciente a otro tiempo.

Todo lo que después me ha sucedido acude de golpe traído por el baile, las palmas, la música. Lo aprendido desde entonces. Mis encuentros y conversaciones con Fani, todas, comprimidas, de la primera a la última. Sus amonestaciones.

Aquel pastel de fresa entre los bloques de colores desvaídos. Cómo iba a imaginarlo siquiera esa mañana en la que salí huyendo de mi casa y de mí misma al trote, por los barrios del otro lado de la autovía, con mis ropas viejas. Tanta alegría inesperada. Mis uñas de colores. Las clases de lectura, la alegría cierta de cada lunes. Tantos ciclos lunares tiñendo de colores alegres y locos unas jornadas que venían siendo grises.

A nuestro alrededor, las niñas bailan como si fueran mujeres viejas y las mujeres bailan como niñas sabias. Los hombres y los niños lo hacen con el mismo convencimiento, más austeros, patriarcales, los brazos en alto, el paso corto, las miradas húmedas.

Hay un momento en que Fani me descubre desde lejos y comienza a abandonar el centro de la pista sin romper el ritmo. Su cuerpo esbelto y cimbrante se va acercando más sin dejar de mirarme, los brazos extendidos hacia mí. También yo sigo bailando mientras la espero, esbozo con mis caderas movimientos aflamencados a ritmo de trap. La pista se llena de luces móviles de colores que nos sobrevuelan iluminando las oleadas de uñas barrocas en alto, dirigidos al cielo los verdes y azules y negros y rojos, las piedras brillantes. Todo cuanto nos rodea es de color y fluye como la corriente de un río caudaloso, alejado de toda sequedad posible. Como si toda nuestra experiencia común se agolpase ahora mismo en los ojos y viniera con ella. Su desparpajo. Su seguridad. Su conocimiento y su intuición al interpretarme. Todos y cada uno de los colores de uñas que ha elegido para mí. También su desconocimiento. Las faltas de ortografía. Los *meacuerdos* luminosos. Los primeros balbuceos ante la poesía de Lorca. Sus ganas siempre. Siempre sus ganas, en contraste con aquella clienta desganada que la eligió como estilista. Mi debilidad de entonces. Ahora no la siento.

Edición en formato digital: 2024

Autora representada por Silvia Bastos, S.L. Agencia Literaria

Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN ebook: 978-84-1148-658-3